23214

MARTÍ

Nuestra América

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA

OBISPO 33 Y 35

1909

VOL. VII

F1408
M3
v.7

1020085196

MARTÍ

NUESTRA AMERICA

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

MARTÍ

NUESTRA AMÉRICA

VOL. VII

GONZALO DE QUESADA,
EDITOR

HABANA

IMPRENTA Y PAPELERIA DE RAMBLA Y BOUZA
OBISPO NUMEROS 33 Y 35
1909

(8045

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

F1408
M3
V.7

El 28 de Enero de este año—aniversario de su nacimiento—entró de nuevo la República en su normalidad política. ¡Ha vuelto la solitaria estrella á brillar en el firmamento de las naciones!

Ese día—en lo adelante doblemente digno de conmemorarse—vió á los Estados Unidos, por segunda vez, cumplir su generosa promesa al pueblo cubano, y "Nuestra América"—como llamara él á las hospitalarias tierras que amó como segunda patria—saludar á la heroica y sufrida hermana, testimoniándole sus simpatías y haciendo votos por su feliz y próspera independencia.

Este volumen—el VII—encierra unos cuantos de sus inagotables trabajos sobre "Nuestra América" y algo de lo que ella pensaba del Maestro, y se publica como ofrenda de gratitud á quienes nos acompañaron en aquella solemne ocasión de regocijo continental y como otro tributo más al genio que previó que Cuba, libre y soberana, sería el lazo de unión y el fiel de ambas Américas.

GONZALO DE QUESADA.

Washington, Abril 10 de 1909.

NUESTRA AMÉRICA

JOSE MARTI

Por Tomas Estrada Palma

JOSE MARTI

Si preguntáis dónde está José Martí, oiréis en coro reptir: "En el corazón de todo patriota cubano." Y así es ciertamente: allí está como espíritu que agita, como lazo que une, como maestro que enseña. Si buscáis la expresión genuina del patriotismo desinteresado y de la abnegación pronta al sacrificio, la hallaréis con exacta propiedad en José Martí.

Apóstol fervoroso, levantó con su palabra y edificó con su ejemplo. Fué tribuno del pueblo, como Tiberio Sempronio Graco, con su misma fácil elocuencia, su pasión por la justicia, su amor á la humanidad y su carácter noble. Fué agitador, propagandista, batallador infatigable, como José Mazzini, y, como él, activo, laborioso, enérgico, tenaz, irresistible en la tribuna por la fuerza de su alma y el vigor de su palabra; de atracción fascinadora en el trato social por el encanto y las enseñanzas de su conversación. José Martí vino á ser síntesis de la democracia antigua y la democracia moderna, encarnación del pueblo soberano, verbo de la libertad augusta, que tiene por dosel esplendoroso el derecho de todos, sin distinción ni privilegio alguno; por pedestal firme, el respeto á la ley y el orden estricto; por lazo de unión estrecha, el amor sincero y la fraternidad cristiana. Martí fué anatema en acción de todas las tiranías y de odiosas desigualdades; pero era anatema también de bastardos rencores, de divisiones funestas, de odio de hermanos; porque en su alma bizarra no cabían otros impul-

sos sino los de noble concordia y magnánima generosidad.

Yo le conocí en la vida íntima. En aquel corazón de luz no había un punto obscuro; en aquella alma tersa y limpia no había el más ligero pliegue, el menor doblez.

La humanidad ha perdido un apóstol; Cuba, uno de sus más devotos y entusiastas servidores; yo... yo he perdido el amigo leal por excelencia; pudiera decir un hijo amado.

T. Estrada.

JOSE MARTI

Por Nestor Ponce de Leon

JOSE MARTI

José Martí ha muerto! La tonante voz del ardiente tribuno ha quedado extinguida para siempre! No azotarán más la cara de los opresores en América sus fieras palabras! No volverán sus nobles cantos á arrancar frenéticos aplausos á sus entusiastas oyentes! No volverá su férvida pluma á esparcir por todos los ámbitos de la tierra frases de consuelo para los oprimidos, de horror á toda clase de tiranos, nobles ideas de fraternidad universal; su lira ha enmudecido para siempre!

La muerte ha sido cariñosa con él: no sufrió Martí las agonías de una larga enfermedad; no se ha *sentido morir;* no ha presenciado las angustias de la familia, ni de sus amigos que lo adoraban, al verlo extinguirse lentamente. Las debilidades de la vejez, las debilidades del cuerpo desgastado no lo llegaron á martirizar. Ha caído de súbito en la flor de su vida, como herido de un rayo, en heroica lucha, en defensa de un sublime ideal al cual había consagrado toda su preciosa existencia.

Pero su misión se ha cumplido y él tuvo la satisfacción de ver que sus sacrificios no fueron estériles. Apóstol ferviente de una grandiosa idea, lo sacrificó todo á ella: carrera, porvenir, destinos lucrativos; todo lo abandonó desde el momento en que creyó había sonado la hora de la revolución de su idolatrada Cuba. Su enérgica actividad, su poderosa inteligencia, su vasta instrucción, su portentosa imaginación, su inque-

brantable voluntad, todo lo depuso con sublime abnegación en aras de la patria, á la cual dió, por último, en ofrenda, su propia vida.

Tan noble y grande era su ideal, que abarcó toda su existencia, convirtiéndolo casi en un monomaníaco; para Martí todo cuanto existía se había convertido en sólo un fin determinado: la libertad de Cuba; muchos de sus amigos lo calificaban de loco; lo era en verdad; pero uno de aquellos locos sublimes que hacen marchar la humanidad para adelante; un loco como Catón, como Cristo, como Colón, como Wilberforce, como Garibaldi, como John Brown, á veces no comprendidos en su época, pero deificados ó glorificados después por la Humanidad, que ha recogido el fruto de sus nobles sacrificios.

¡Y un pedazo de plomo, disparado acaso por una mano cobarde y traidora, ha tronchado en aleve emboscada y en lo mejor de sus días aquella espléndida carrera, como tronchó hace años la gloriosa vida del ilustre Ignacio Agramonte! ¡Burlas crueles del Destino!

José Martí nació en la Habana el 28 de Enero de 1853. En 1869, de apenas 16 años de edad, fué sentenciado á presidio por sus opiniones políticas y mandado después á España, donde continuó sus estudios, recibiéndose de abogado en 1873, teniendo poco más de veinte años; no perdió su tiempo mientras estuvo en España: folletos, artículos en los periódicos, discursos, debates, todos los recursos de la inteligencia los empleó en luchar en la misma España en favor de la causa de la independencia de Cuba. Al trasladarse á México en 1873, ya estaba bien marcado por el Gobierno español aquel rebelde de veinte años, que había de ser el irreconciliable enemigo de la dominación española en Cuba y el apóstol predestinado de la resurrección de la patria cubana.

En México fué periodista, profesor, dramaturgo, y, sobre todo, auxiliar de la causa de la independencia de Cuba y propagandista de ideas de libertad. Ofreciéronsele lucrativos empleos en el Gobierno, que se negó á aceptar para estar libre, y pasó á Guatemala en 1877; allí se le nombró catedrático de la Universidad y continuó sus tareas de periodista, siempre con el mismo objeto: Cuba.

Apenas terminada la insurrección de 1878, pasó á Cuba, donde recibió la más brillante acogida y se distinguió notablemente por sus ideas avanzadas, de tal manera, que, considerándolo peligroso, el General Blanco lo deportó á España en Agosto del siguiente año; pero se fugó de España y en 1880 llegó á New York.

Pasó después á Caracas, donde permaneció poco tiempo, volviendo después á New York, perseguido por su idea fija.

Aquí fué Cónsul del Uruguay, del Paraguay, de la República Argentina, periodista, poeta, profesor, representante de algunas de las repúblicas americanas en las conferencias monetarias de Washington, y, sobre todo, cubano... Su idea fija se apoderó en lo absoluto de su cuerpo y de su alma; dedicóse á convencer á los vacilantes, á dar valor á los débiles, á buscar prosélitos y, en fin, á organizarlos. Hizo dejación de sus consulados, sus clases, sus periódicos, y con una actividad vertiginosa, tan pronto se le encontraba en México como en Santo Domingo, ó en Colombia, ó en los más apartados lugares de los Estados Unidos, organizando clubs, levantando fondos, preparando armamentos; y cuando la revolución, en gran parte preparada por él, estalló el 24 de Febrero último, Martí creyó, desgraciadamente, que era su deber ir allí como soldado, y á pesar de la oposición de sus amigos, se lanzó con nuestro heroico General Máximo Gómez al campo de batalla, en que halló noble y

gloriosa muerte cerca de Dos Bocas, el nefasto día 19 de Mayo de 1895.

Rudo golpe ha sido para Cuba esa muerte, pero no ha descorazonado á ningún patriota, pues la verdadera misión de Martí estaba ya cumplida. Él predicó el Evangelio de la libertad, aunó todas las voluntades, apagó todas las disensiones, organizó todas las emigraciones, las puso en fraternal relación con los veteranos de la pasada guerra y con la briosa nueva juventud que en Cuba empuñó las armas. Pocos hombres han alcanzado tanto. Honor á su memoria, que siempre se conservará fresca en el corazón de los cubanos, y que, al brillar en los fastos de la Historia, hará recordar que

"A los que mueren dándonos ejemplo,
No es sepulcro el sepulcro, sino templo."

NÉSTOR PONCE DE LEÓN.

JOSE MARTI

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

POR JUVENAL ANZOLA

JOSE MARTI

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

Tienen los hombres dotados de fuerza superior para llevar á cabo cosas extraordinarias, en el lenguaje de sus obras, una elocuencia que se impone á los espíritus, atrae y cautiva. Esta excepcional grandeza, esta fuerza superior, les son ingénitas, y por ello, ora recorran los caminos de la vida aplaudidos de la fama y espléndidamente favorecidos de la fortuna, ora anden peregrinos de la desgracia, acosados de crueles infortunios, se imponen á la expectación pública y merecen la admiración de la posteridad. Una mirada orgullosa de Mario, escondido en un pantano, bastó para infundir miedo al militar enviado á quitarle la vida. El fuego del alma, el valor del corazón, el genio, el hombre mismo, se revelan en la mirada; con razón dijo Montalvo, refiriéndose á Bolívar, que mirarle de frente era considerarse perdido.

Si á los grandes hombres, además de sus hechos singulares, les concede el cielo de modo especial las más espléndidas galas del genio de la elocuencia, adquieren aureola de gloria, con luz inmortal como bajada de las mirí ficas regiones. Napoleón es grande, acaso la figura más descollante del mundo, porque su obra no tiene paralelo en los tiempos antiguos ni modernos; pero no sabemos por qué, al estudiar su historia, más grande que el mismo Napoleón nos parece su genio fulgurante, que se revela casi en su niñez, y á los 26

años le hace admirar en Europa, y á los 30 señor del mundo, ya vencedor en las Pirámides. En horas de reflexión, para la inteligencia no hay hombres grandes, revoluciones fecundas, hechos trascendentales, redenciones posibles, donde no fulguran las ideas, donde la civilización no ha hecho sólidas sus conquistas por el imperio de los principios y el respeto del derecho. En aquella conflagración de Francia, en aquella lucha de cíclopes, en aquel centellear de esclarecidos ingenios, en aquel vasto escenario lleno de luz y de glorias militares, se encarnó el genio en Napoleón y se alzó el casi adolescente tan alto como las empinadas cumbres donde la Naturaleza, con fuerzas desconocidas, estremece la tierra, coronándola con ríos de fuego. Tal pareció aquel capitán famoso, adueñándose por su genio de la Humanidad y sus destinos. Si brilla la corona del genio en la frente de los guerreros insignes, alumbrando sus obras inmortales, por sí mismas, ¿quién podrá dejar de admirarlos, si personifican la gloria más aquilatada, y sus ideas, eternamente fijas y luminosas en las aspiraciones más excelsas, el porvenir anhelado?

En días de entusiasmo, dedicados á honrar héroes y enarrar virtudes, llegó á las playas de Venezuela un republicano insigne, un apóstol de la libertad, un egregio pensador, un hombre joven, de continente gallardo y respetable, de mirada penetrante y luminosa, de frente ancha y despejada, como para contener muchos y altos pensamientos; de modales cultísimos, de actividad constante y sobresaliente, y de tal modo comunicativo, franco y atrayente, que, recién llegado, fué dueño de voluntades, tuvo amigos y admiradores. ¿Quién no recuerda á José Martí y no sabe que sólo dejó simpatías entre nosotros, inspiró entusiasmos y vivió en propaganda de libertad y de ciencia? Aquel hombre tenía el fuego que animaba los antiguos profetas, y creía en el

triunfo de su causa con una esperanza cierta, que daba á su rostro el encanto del placer y á su palabra vencedora la elocuencia de un salvador de la patria, discurriendo ante sus conciudadanos, á presencia de los trofeos de su gloria.

La juventud venezolana, de suyo amiga de los pensadores y héroes, pues tales fueron sus ascendientes, no podía recibir sino con entusiasmo al egregio hijo de la Perla Antillana, á la cual quiso el Libertador ir á combatir con sus legiones triunfadoras, y en la cual combatieron después, ofrendándole intereses y vida, varios patriotas venezolanos. Martí respiró en Caracas brisas regeneradoras; encontró corazones entusiastas, voluntades firmes, almas inspiradas y culto ferviente por aquellos hermosísimos ideales que dieron á su constante combatir, á su generosa, gallarda vida, á su verbo fulgurante, la trascendencia de elevar y revolucionar el espíritu de sus compatriotas, de preparar y sostener aquella gigantesca lucha, de la cual surgió independiente y gloriosa la República de Cuba.

Martí, durante su estada en Caracas, agrupó en torno suyo numerosos admiradores, y su palabra sonora, con cadencias, tenía miel, y brotando de sus labios, parecía cascada de luz, de perlas, de flores, cuando hablaba de su bella patria, de su independencia, de su libertad; y parecía, también, torbellino atronador, tempestad de relámpagos y rayos, si maldecía las tiranías, sus oprobios y la repugnante miseria de la corrupción humana, cuando se ven hombres de rodillas ante los malvados victimarios de la República, conculcadores del derecho. Su pluma era estilete agudo de dos filos, que hería y rasgaba, dirigido contra los réprobos de la especie humana, contra los que, pudiendo embellecer la existencia de sus semejantes, la deshonran, la humillan, para destruir la libertad y entronizar el despotismo con su cortejo de ignominias y bajezas, cubiertas con

mantos purpurinos, como si bajo ellas no pudieran andar, despreciados de la gente honrada, los figurones del orgullo y los indiciados de deshonor.

Deseosos algunos jóvenes de recibir clase de oratoria del insigne Martí, obtuvieron su beneplácito entusiasta. Sabedor de lo que ocurría el ilustrado y benemérito doctor Guillermo Tell Villegas, nos ofreció el principal salón de su Colegio, regentado entonces en el edificio que hoy ocupa la Academia Nacional de Bellas Artes. En él, varias veces á la semana y por algún tiempo, de las ocho á las diez de la noche, vibró poderosa la voz elocuentísima de aquel peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados, todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todas las grandezas de un porvenir apenas concebible. Aquellas dos horas sensiblemente no transcurrían para los que le oíamos: estábamos encantados, habíamos encontrado el verbo de nuestros ideales, habíamos como ascendido en alas de gratas ideas, alentados por la dicha, con los corazones rebosantes de júbilo, con las almas llenas de esperanzas y de paz, á un Tabor de inmortales transfiguraciones. Cuando aquella palabra, amor de la libertad y de la ciencia, dejaba de cantarlas armoniosamente, despertábamos como de un sueño, volvíamos sobre nosotros mismos y todavía encontrábamos en el plácido rostro del apóstol la maravilla de una inspiración superior, la claridad de un espíritu iluminado. ¡Qué noches aquéllas! ¡Cuán imperecederos sus recuerdos! El Maestro nos decía preciosidades del hogar, de la familia, de la poesía, de la ciencia, de los héroes, de los libertadores, de sus impresiones, de sus tristezas, de los caprichos de la imaginación, pero siempre fijándose en cada ocasión propicia sobre los más excelentes dones de la libertad. ¿Cómo pretender que el condor se detenga en la colina y no vaya al peñascal de altísima cumbre, donde se siente libre en el espacio y ve de cerca el Sol? La palabra de Martí era inagotable y fluía límpida, sonora, elocuente, bella y pintoresca de sus labios; era él artista de obras delicadísimas; era cíclope de trabajos rudos y formidables; tenía á veces aquel encanto inefable que inspira Fenelón, ó la energía incontrastable de un escritor gigante como Bossuet, armado de dialéctica inflexible y centelleante.

Ha transcurrido largo tiempo, hemos cruzado los mares de la vida, y, sin embargo, como flores frescas recién cogidas, nos han acompañado, dulcificando nuestras penas, en nuestras vicisitudes, los recuerdos de aquellos paseos triunfales del pensamiento, de aquella elocuencia que todavía tiene vibraciones deleitables. Los recuerdos señalan en el alma, de modo perdurable, los hechos de la existencia, y son la vida con sus encantos y dolores.

En una de aquellas sesiones oratorias sirvió de tema el pueblo de Israel, y con lenguaje expresivo y sublime enarró el orador las maravillas de aquel pueblo excepcional. Creíamos que no era posible decir cosas más hermosas y poéticas, pero cuando el orador se considera en la cumbre del monte Nebo y presenta al pueblo israelita y á Moisés contemplando la tierra prometida, su elocuencia fué nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel espíritu transfigurado por el poder cuasi divino de las ideas. Con cuánto dolor nos dijo que Moisés, á los noventa años de vida, joven, sano, sin haber perdido uno solo de sus dientes, á presencia de la tierra de promisión, iba á morir, teniendo á la vista, casi al alcance de la mano, la felicidad acariciada en prolongados años de inconcebible peregrinación por arenales y desiertos llenos de peligros. Aquellas patéticas figuras conmovían el corazón, aparecían con vida

y movimiento y llevaban al alma generosos y sublimes ideales.

Recibieron de Martí saludables enseñanzas, Luis López Méndez, David Lobo, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Víctor Manuel Mago, Andrés Alfonso, Ramón Sifuentes, Gonzalo Picón Febres, José Mercedes López, José Elías Landines y muchos otros, como los nombrados, conocidos ventajosamente por su ilustración y altas ejecutorias.

El noble apóstol murió en día inesperado, por manos alevosas; debió, al sentir herido su noble pecho, al ver la tierra de su adorada patria regada con su sangre, vertida en defensa de sus ideales, parecerle menos doloroso su cruel infortunio. Dicen que los grandes patriotas que mueren por la libertad conservan en el rostro como sonrisas inefables.

JUVENAL ANZOLA.

Caracas, 1903.

ADIOS

CARTA DE JOSE MARTI A FAUSTO TEODORO DE ALDREY

ADIOS

Recibimos anoche la carta que al pie de estas líneas se leerá.

El Sr. Dr. José Martí ha partido en la mañana de hoy, y á la hora en que circule *La Opinión Nacional* estará navegando en el "Claudius", para Nueva York.

Conocíamos el nombre de este ilustrado hijo de Cuba desde la época que dirigía en México la *Revista Universal,* interesante periódico que se canjeaba con *El Porvenir,* diario que nosotros dirigíamos en Caracas hace más de quince años; por manera que, cuando á su llegada á esta capital nos fué presentado por un respetable amigo, tuvimos singular placer en ofrecerle nuestra amistad y nuestros desinteresados servicios, poniendo á su disposición las columnas de *La Opinión Nacional,* que embelleció con algunos brillantes trabajos literarios.

En nuestras desgraciadamente breves, pero cordiales relaciones, tuvimos ocasión de conocer la nobleza de alma del amigo que se ha ido, su vasta y profunda erudición, su galano estilo y bellísima forma literaria, sus eminentes dotes de orador, tan espontáneo y elocuente como brillante y rico en imágenes hermosísimas; tuvimos, en fin, tiempo sazón para conocer íntimamente aquel "candor angelical" de que nos habló don Juan Ignacio de Armas el día en que nos trajo, para publicar, su juicio sobre una de las más notables producciones de Martí: la del *Sun,* de Nueva

York, que había vertido á nuestro idioma *El Repertorio Colombiano.*

No nos atrevemos á decir, aquí, donde hay tantos ingenios patrios, que es para las letras, la ciencia y la oratoria venezolanas una pérdida la ausencia de Martí; pero sí que nosotros la sentimos con hondo pesar, porque... son tan raros en el mundo los hombres buenos, los hombres de "candor angelical!"...

Pedimos á Dios que conceda á nuestro amigo ondas benignas y días risueños, para que su viaje sea feliz.

He aquí su carta:

"Caracas, 27 de Julio de 1881.—Señor Fausto Teodoro de Aldrey.—Amigo mío:

Mañana dejo á Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza á estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido, ni me es dable responder con la largueza y reconocimiento que quisiera las generosas cartas, honrosas dedicatorias y tiernas muestras de afecto que he recibido estos días últimos. Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: á ella me debo. Y de la América, á cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

Por de contado cesa de publicarse la *Revista Venezolana;* vean en estas frases su respuesta las

cartas y atenciones que, á propósito de ella, he recibido, y queden excedidas por mi gratitud las alabanzas que, más que por esas paginillas de mi obra, por su tendencia he merecido de la prensa del país y de gran suma de sus hombres notables. Queda también, por tanto, suspendido el cobro de la primera mensualidad: nada cobro, ni podrá cobrar nadie en mi nombre, por ella; la suma recaudada ha sido hoy, ó será mañana, devuelta á las personas que la satisfacieron; obra á este objeto en manos respetables. Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos á los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa; y más si, cuando se piensa, se ama.

A este noble país, urna de glorias; á sus hijos, que me han agasajado como á hermano; á Vd., lujoso de bondades para conmigo, envía, con agradecimiento y tristeza, su humilde adiós,

José Martí."

JOSE MARTI

Por Heraclio Martin de la Guardia

A JOSE MARTI

Caer así como holocausto santo
Sobre el altar del patriotismo austero,
Cambiando el grito del combate en canto
Y trocando el laurel por el acero.
Caer allí en la patria, allí en la tierra
Que codiciaba ver con ansia suma
Cuando las justas iras de la guerra
Desató en llamas su inspirada pluma.
Cuando, siguiendo el generoso instinto
De su alma de patriota y de poeta,
Ciñe la espada redentora al cinto,
Desdeña el riesgo, al verdugo reta.
Suerte infausta seguir el alma absorta
De un sublime ideal la luz divina
Y ver que el hado su existencia corta
Cuando ya el rayo salvador fulmina.
Ver que la obra que fabrica lenta
De una noble ambición la fe constante,
Derrumba acaso allí la onda sangrienta
Que le hunde á él sintiéndose gigante.
Cuadro de horror que en convulsivo labio
Irreverente pone la blasfemia.
¿De Dios á la Justicia tal agravio?
Honor, virtud, amor, ¿así se premia?
De un pueblo desdichado la amargura
Tras largos años de implacable duelo,
¿No tiene resonancias en la altura?
¿No mueve á iras la piedad del Cielo?
Tierra hermosa de Cuba, si ya ungida
Estás por el horrendo sacrificio,

Muéstrate altiva al sucumbir vencida
En la lid, la mazmorra y el suplicio.
Todo por tí batalle, el aire, el agua,
Envenenados de la sangre al riego;
Tu misma tierra, convertida en fragua
Al rayo ardiente de tu Sol de fuego.
Y por tí todo al opresor abata,
Ya que lidiando á perecer te obliga,
Cuanto pueda luchar que le combata
Y cuanto tenga voz que le maldiga.
Que sólo encuentre eriales á su planta,
Que el monstruo de la fiebre lo devore.
Vencida tú, sobre las ruinas canta,
Y el vencedor sobre tu tumba llore.
Y tú, á quien canto, á quien postró la muerte
Sin poder contrastar hados adversos,
Ya que no tengo nada que ofrecerte
Que vaya á tí mi alma en estos versos.

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.

JOSE MARTI

POR GONZALO PICON FEBRES

LA LITERATURA VENEZOLANA EN EL SIGLO XIX

ENSAYO DE HISTORIA CRITICA

Cap. IV pgs. 153-158.
POR GONZALO PICON FEBRES
Caracas, 1906

Para terminar este capítulo no me resta sino hablar, como curiosidad histórica, de la influencia de José Martí en la juventud intrauniversitaria de 1880. Vino en este año á Caracas, precedido de resonante fama, el insigne orador cubano. Noches después de su llegada, como para manifestar públicamente el alborozo que sentía por encontrarse al fin en la patria de Bolívar, vehemente anhelo suyo desde los días más hermosos de la juventud, pronunció un elocuentísimo discurso en el que se llamó *Club del Comercio,* el cual acababa de fundarse en una de las casas de balcón situadas entre las esquinas de la Palma y el Teatro Municipal. Concurrieron al acto casi todos los hombres de letras de Caracas, la juventud universitaria y una gran masa del pueblo, y el triunfo de Martí fué extraordinario (yo puedo decirlo con certeza, porque lo presencié). De una amable revista de aquel acto, entonces publicada por mi compañero de aulas Pedro María Brito González, recojo los párrafos siguientes, para que se vea clara la hermosa impresión honda que produjo en nuestra juventud inteligente la deslumbradora elocuencia del orador famoso:

"Dió el Club su primera velada artística con motivo de la presentación en él del eminente li-

terato don José Martí, hijo de aquella Cuba que —tendida en su lecho de palmeras que salpica la espuma de los mares tropicales—fué sorprendida por la gente castellana, y que de entonces, dejando de ser la garza libre y gentil de las azules aguas, llora la pérdida de la libertad y espera ansiosa la hora de la redención.

Martí es, además de eminente literato, gran figura política. Fué esforzado adalid de las libertades de su patria; mas cuando vió perdida la obra del patriotismo cubano, por causas dolorosas y nunca bien sentidas, vino á refugiarse—peregrino de una idea sublime—en el seno de estas Repúblicas, que tienen un hogar para todos los mártires de la tiranía y que á todos pueden ellas cobijar con el manto de iris de sus glorias. Él mismo nos lo dijo, hablando de la emancipación de Cuba: "El poema de 1810 está incompleto, y yo quise escribir su última estrofa"; pensamiento que por sí solo da una precisa idea de su numen poderoso. Ya sabía todo Caracas que Martí pronunciaría un discurso en el acto de su presentación. La fama que precedía á su nombre daba derecho á esperar un éxito ruidoso. Es de noche y estamos en el Club. Todo respira animación, encantos, poesía. Los salones, iluminados *á giorno* y esmaltados de flores, cuyos aromas penetrantes se confunden con el suave y puro aliento de tantas formas gallardas, de tanta hechicera mujer que hace palidecer con los destellos de sus ojos la luz de las bujías, semeja la morada de los Genios Benéficos. Una voz de mujer hiende los aires, y después que se apaga el eco de aquel canto, que arroba y extasía los corazones, aparece Martí en la tribuna; y no palpita su pecho á impulsos del temor, sino que se pinta en su semblante la complacencia que le da la convicción de su cercano triunfo. En efecto, la realidad excedió á todas las ilusiones concebidas. No era un hombre; era el genio viviente de la inspiración, personificado en el orador, que poblaba el espacio con las armonías de su palabra, que inflamaba los corazones con el fuego de la elocuencia varonil, que subyugaba las almas con el influjo de misteriosa é irresistible simpatía. Todos prorrumpimos en frenéticos aplausos y gritos de entusiasmo al primer pensamiento vertido por los labios del orador; y aquel entusiasmo, y aquellos aplausos, y aquellas demostraciones de sincero cariño, fueron creciendo á medida que eran oídos aquellos pensamientos; ora vigorosos y enérgicos cuando imploraba al numen de la libertad, para hablar en esta tierra clásica del heroísmo; ora tiernos y delicados, pero siempre nuevos, cuando describía con mágico arrebato la belleza de nuestras mujeres y el brillo de las virtudes que resplandece en sus frentes candorosas; cuando, mensajero del porvenir, predecía á esta América, paraíso del mundo, los triunfos más gloriosos en las lides del progreso universal. Bajó de la tribuna y cayó en brazos de tantos como lo esperábamos para darle un testimonio del aprecio y respeto que merecen é inspiran las almas generosas consagradas al culto del deber y la virtud."

Martí empezó luego á escribir en los periódicos y á poco fundó *La Revista Venezolana*, de la cual no salieron sino dos entregas, porque él se vió en la necesidad forzosa de irse á New York, desde donde siguió colaborando en las columnas de *La Opinión Nacional*. Ello es lo cierto que su nombre, como trabajador infatigable por la independencia política de Cuba; su figura simpática, su prestigio como orador, el número copioso de sus escritos sobre diversos é interesantes temas ó cuestiones, el excelente elogio que hizo de Cecilio Acosta y las formas abundosas y la desbordante grandilocuencia de su estilo, extrañamente arcaico, audaz como ninguno en las imágenes, pletórico de fantasía deslumbradora como una vasta selva americana bañada á torrentes por la luz, en

ocasiones lleno de extravagantes metáforas y en otras interminable en los períodos, le granjearon la más ciega y entusiasta admiración entre algunos de los jóvenes de aquella época.

JOSE MARTI

Por F. Gonzalo Marin

MARTI

El era niño. La Habana,
tras noche lóbrega y fría,
de la embriaguez de una orgía
despertó aquella mañana.
Con su albornoz de sultana,
tinto en sangre de inocente,
cubrió del niño la frente
en que, bruñido alabastro,
su luz reflejaba un astro
moribundo de Occidente.

Sintió el espanto letal
de aquella hecatombe odiosa
y vió la plebe asquerosa
erigida en tribunal.
Un gemido maternal
se alzó en forma de plegaria,
pues mientras la victimaria
turba ¡á la Punta! decía,
un niño mártir se hundía
en la grieta presidiaria.

Hombre, traspuso el lindero;
y luego, mustia la frente,
como un fantasma doliente
corrió por el mundo entero.
De la libertad obrero,
lejos de los patrios lares,
levantó á su tierra altares
y, sacerdote ya ungido,
habló con su pueblo herido
por debajo de los mares.

Le habló. Su pueblo dormía
á la margen de un ribazo,
inerte el robusto brazo,
enteca el alma bravía.
Le dijo así: ¡Patria mía!
Esa frase solamente
oyó el indiano durmiente,
y, de entre el cieno y escoria,
se alzó asombrando á la Historia,
mirándola frente á frente.

Vedlo. En frágil barquichuelo
surca las hondas azules.
¡Un tul perdido en los tules
de la inmensidad del Cielo!
No llega con loco anhelo,
arma al brazo, el ojo alerta,
á profanar la desierta
isla que al nauta electriza...
¡Colón es quien la esclaviza
y Martí quien la liberta!

Después ¡oh! negro cendal
cubra mi cítara enferma,
la Naturaleza yerma
cante un himno funeral.
Arrope noche glacial
estos pensamientos míos,
giman los bosques umbríos,
vista de duelo la palma,
que algo de Cuba y del alma
se ha despeñado en Dos Ríos.

F. Gonzalo Marín.

JOSE MARTI

Por Numa Pompilio Llona
(ecuatoriano)

JOSE MARTI

¡Se van los buenos! ante el cuerpo inerte
Clamaba ayer, del Job de los cantores;
¡Y hoy de un apóstol y adalid la muerte
Me anuncian desde Cuba altos clamores!

Del que la defendió con brazo fuerte
Y pluma de fulmíneos resplandores...
¡Siempre al árbol del Bien riega la Suerte
Con sangre de inspirados precursores!

Mas ¿qué importan las víctimas?... ¡Cubanos!
Sin tregua combatid á los tiranos!
Pues sobre el rojo campo de pelea,

Cual los celestes grupos de la Ilíada,
Revuelan, con la lira y con la espada,
Martí, Varona, Plácido y Zenea!

Numa Pompilio Llona.
(Ecuatoriano).

MIS RECUERDOS DE MARTI

Por Enrique Jose Varona

1020085196

MIS RECUERDOS DE MARTI

Cuando Martí regresó á Cuba, en 1879, su nombre no me era extraño. Conocía de él ya un folleto político, que me había impresionado vivamente, tanto por el fervor y nobleza de las ideas, cuanto por lo insólito del estilo. Sabía que el autor, cuando lo escribió, era un adolescente; y no podía menos de sorprenderme el sello de vigorosa personalidad que se marcaba, á cada paso, en esas páginas, que parecían vibrar, como si las animara el eco de la voz de Lamennais.

Fué aquélla, época de grande efervescencia de ideas, entre nosotros. La cátedra académica preludiaba lo que había de ser poco después la tribuna política; y traía un concurso ávido de bella palabra y de nuevas doctrinas. Se aseguraba que el recién llegado poseía el don de elocuencia; y fácil, como lo he sido siempre, á dejarme encantar por la virtud de la oratoria, ardía en deseos de oirlo.

A poco de su llegada, me ofreció la ocasión apetecida una fiesta del Liceo de Guanabacoa. Nunca olvidaré el embeleso en que estuve todo el tiempo que habló Martí. La cadencia de sus períodos, á que sólo parecía faltar la rima para ser verso, mecía mi espíritu como verdadera música y con el efecto propio de la música. Al mismo tiempo, pasaban ante mí, como enjambre de abejas doradas, como surtidores y canastillos de agua luminosa, como rosetones de fuego que se abren por el éter en manojos de oro, zafiros y esmeraldas, sus palabras sonoras, en tropel de imágenes

deslumbrantes, que parecían elevarse en espiras interminables y poblar el espacio de fantasmas de luz. Era un arrullo continuado que me producía, en vez de somnolencia, deslumbramiento.

Cuando supe que había de contestarle, desperté bruscamente, y con no poco sobresalto, porque advertí que, cautivado por la melodía, poca atención había podido prestar á la trama lógica de las ideas. Mi impresión había sido artística y no intelectual. Supongo que de ello habría de resentirse la disertación con que le contesté. Todavía los primeros párrafos de ella revelan la suspensión en que me habían dejado esa palabra y esa imaginación desbordadas y cautivadoras.

Oí después á Martí otras veces, siempre con mucho gusto, pero con efecto más atenuado. Sucedió así, no porque el orador se mostrase inferior á sí mismo, sino, porque más habituado yo á su manera, mi gusto vaciado en otros moldes estaba ya prevenido y, sin poderlo remediar, á la defensiva. No tuve nunca oportunidad de escucharle ningún discurso político. Pero me doy cuenta del efecto maravilloso que debía producir, sobre todo en los emigrados soñadores, anhelosos de esperanzas, su palabra de vidente, desatada en torbellino por la vehemencia de su fe patriótica.

Nuestro trato fué breve, porque breve fué la estancia del tribuno en Cuba. Algunos años después me encontraba en Nueva York, primera etapa de mi infructuoso viaje á España como diputado á Cortes. A la mañana siguiente al día de mi llegada, estaba yo en el comedor del hotel, cuando ví adelantarse rápidamente hacia mí, con los brazos abiertos, un hombre de nervioso andar y ojos chispeantes, que me llamaba por mi nombre con acento regocijado. Era Martí, que desde ese momento me acompañó con frecuencia, hablándome sin cesar de Cuba.

Fué otra forma de hechizo la que ejerció sobre mí el orador del Liceo, pero más duradera. De

Martí, en la plática mano á mano, en la efusión espontánea de su pensamiento ardoroso, que brotaba por los labios, los ojos y los ademanes, podía decirse con verdad lo que el Cosimo de D'Annunzio dice del escultor Gadi: "Pertenece á la más noble de las castas humanas; es un vivificador".

Sí; su palabra era algo viviente que transfundía vida. Me parece verlo, el día que nos separamos, detenidos los dos en un ángulo de la reja que rodea el cementerio de Trinity Church. En medio del bullicio atronador de aquella parte, congestionada siempre, de la enorme ciudad, yo no oía sino su voz conmovida, que me conmovía; deslumbrado una vez más por su lenguaje fulgurante; enternecido por sus expresiones de afecto; confundido un instante con él en una misma tristeza por la incertidumbre que envolvía, cual pesada niebla, el porvenir de la patria; admirado yo de verlo sacudir de súbito esos pensamientos sombríos, como si ya su visión interna se alumbrara con los lejanos resplandores de una nueva aurora.

Nunca más nos encontramos; pero nos escribíamos de cuando en cuando. Sus cartas, fuera el que fuese el asunto, tenían el mismo magnetismo de su conversación. Se le oía y se le veía al través de los amplios trozos de su letra nerviosa. Escribía á sus amigos como les hablaba; las imágenes florecían bajo su pluma como en sus labios; el corazón se le derramaba tras las palabras. "Increíble es que nos esperen mayores desdichas, me decía en una de ellas; pero parece de veras que nos están reservadas humillaciones y angustias más temibles, por menos remediables, que las que le tienen á V. atribulado el corazón, y á mí como muerto en vida. Qué alegría verlo á V. entre estas penas como una flor de mármol!"

En el verano del año 94 hice un viaje á Nueva York, para verlo. De acuerdo con algunos ami-

gos, resueltos como yo á seguir á nuestro pueblo por el camino por donde se lanzara, pero que juzgábamos deber imperioso detenerlo cuanto fuera posible al borde del obscuro viacrucis, para que midiese bien sus fuerzas y los obstáculos de todo orden que habían de contrastarlo, quise intentar un supremo esfuerzo acerca de aquel hombre de gran corazón, que ya sabía de antemano mi modo de apreciar el problema y las circunstancias en que se planteaba.

Cuando desembarqué, hacía pocos días que Martí había salido para México. Me avisté con uno de sus lugartenientes, que era también mi amigo: Benjamín Guerra. Este me oyó cortésmente, sin desabrimiento; pero como quien desde luego sabe que no ha de ser persuadido. Me ofreció transmitir á Martí mis palabras; mas, cuando nos separamos, la visión que me persiguió por algunos momentos fué la de una gran obscuridad en cuyo seno se produce de súbito un gran incendio.

No he vuelto á ver á Martí, sino ahora, sobre su blanco pedestal de mármol, glorioso desaparecido que ha entrado en la inmortalidad. No sé si será un sentimiento egoísta; pero más quisiera que su mano extendida pudiera aún calentar la mía; y que su ancha frente de iluminado pudiera todavía inclinarse sobre Cuba, para dar calor á su alma con las chispas de su noble pensamiento.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

27 de Febrero, 1905.

JOSE MARTI

POR F. HENRIQUEZ Y CARVAJAL

CARTA DE JOSE MARTI A FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

JOSE MARTI

DE "LETRAS Y CIENCIAS"

¡Agradable sorpresa!

Un telegrama suyo nos dijo que estaba en Santiago de los Caballeros y que, pasado el tercero día, le tendríamos en medio de *sus amigos queridos.* ¿De dónde procedía?

De la suntuosa y activa y libérrima metrópoli americana; la de la "Libertad iluminando al Mundo"; y había entrado al territorio de la Antilla predilecta—corazón del archipiélago—por donde tuvo acceso aquel otro peregrino, genio de la ciencia, en su primer viaje de histórico descubrimiento.

Pasó sin detenerse la línea hidrográfica que separa las dos repúblicas, la Occidental de la Oriental, pisando apenas el suelo haitiano, porque ansiaba respirar nuestro ambiente y saludar, con anhelos de proscripto y efusión de antillano, la patria dominicana, la carísima patria que ha dado á la libertad y á la independencia apóstoles, maestros, mártires y héroes insignes.

Horas no más estuvo en Santiago, la viril; horas en La Vega, la tradicional; minutos en el Santo Cerro, el legendario; y en ambas cibaeñas ciudades, y en la colina enhiesta, respiró á todo pulmón, como en nuevo hogar que se gana con cariño, la atmósfera y hospitalidad y cordialidad que en aquéllas lo rodeó, y el ambiente de selva virgen y de luz tropical que lo envolvió en la cumbre.

Henchido de impresiones gratas y de melancólicos recuerdos, generadores de simpatía, hizo su jornada de viajero á través de la cordillera y de las sabanas mediterráneas y llegó complacido á la ciudad de Santo Domingo.

Llegó y se halló al punto rodeado de amigos, colmado de afectuosas atenciones, admitido como de la familia en uno y otro hogar, acogido como huésped ilustre en la Catedral Primada, donde vió con ojos escrutadores y con alma reverente los restos del Descubridor, y en el local de la sociedad "Amigos del País", donde halló reunido selecto grupo de amigos y admiradores que le daban cariñosa bienvenida.

Diversos grupos, advenidos de varios puntos de la ciudad, para quienes la lluvia no fué obstáculo, poblaban los salones contiguos á los de la Biblioteca Pública, en que la recepción se efectuaba. Corrientes de simpatía impregnaban el recinto.

Hecha la presentación por quien estas líneas escribe y saludado por don J. M. Pichardo, con sentidas frases, en nombre del auditorio, se oyó un vago rumor de ondas y de alas, y luego una cascada de perlas y de flores, y en seguida una lluvia de estrellas. Era la palabra luminosa, la frase alada de José Martí, el orador poeta, que vertía en elocuentes períodos las ideas generosas y los cordiales sentimientos que por la patria dominicana, por la patria antillana, por la patria americana, se agitan en su cerebro de pensador y se exhalan de su corazón de apóstol de una causa excelsa.

D. M. J. Galván fué intérprete, con galana frase de aliento y de cariño, de la perdurable, gratísima impresión que el inspirado verbo del huésped ilustre había causado en sus oyentes. Y otra vez se cernió, con vuelo de auditorio, la superior elocuencia del orador cubano.

Eco de los esfuerzos é ideales generosos de

cuantos aquí sienten las ansias todas de la libertad y profesan el culto austero del deber—caldeado en viril estrofa del poeta Rodríguez Objío —fué el breve discurso que á su turno pronunció el Dr. F. Henríquez y Carvajal. Y otra vez la cascada de rosas y los esplendores del iris, y el concierto alado y la lluvia de estrellas y el relámpago y la expresión de lo sublime... que así fué la última oración, de nobles ideas y sentimientos nobilísimos, de esculturales formas y belleza peregrina, de admirable síntesis efectiva, maravilla del verbo humano, oída con emoción profunda y colmada con unísonos aplausos por el auditorio, José Martí reinaba, por su elocuente verbo y su alma virtuosa, en todas las almas. Se le había acogido como huésped amigo, é iba á despedírsele como hermano. Cordiales brazos y manos fieles estrecharon los vínculos de las americanas ideas y de los sentimientos antillanos. Cuarenta horas, no más, habían bastado al peregrino para hacerse de su segunda patria.

—"Hasta la vista"—y velera nave lo condujo desde el Ozama á Barahona. Iba á ver el histórico lago de Enriquillo. Esa ha sido su postrera impresión objetiva al salir del territorio dominicano.

No entró en Haití sin antes volverse hacia el Oriente, *como bueno, de cara al sol,* para saludar la patria nueva. Si el orador insigne se dió, como decía el Sr. Galván, con abundancia de corazón, he ahí que el hombre bueno se da á sus *amigos queridos* con toda el alma. Su alma generosa se vació, como ánfora de perfumes, en esta carta suya cariñosísima:

"Barahona, 21 de Septiembre.—Señor Federico Henríquez y Carvajal.—Muy noble amigo:

¿Qué le diré de este pueblo que me es todo amistad, como para redimirse de su nombre de traición, que no le parezca rebuscamiento ó lisonja? Voy lleno de la más tierna gratitud y

del afán de pelear con quien me diga que no están en esta tierra todas las semillas del porvenir, y la cordialidad, que hace fuerte y amable la vida. ¿Dónde más pensamiento, ni más elocuencia, ni más virtud? Démele la capacidad de amar y ya está un pueblo salvo. Y en usted, que de la riqueza de su mérito puede dar mucho sin quedarse corto, veo y admiro el carácter seductor de un pueblo en quien ví siempre el alma dadivosa del mío propio, y quiero ahora con cariño de las entrañas. Otros ven la corteza y son siervos de ella; yo miro al corazón.

Déjeme decirle, al pie del estribo, el discurso que acaso ustedes esperaban de mí, compuesto y voluminoso, y que no pude darles, porque me tenían encogido á la vez el hondo agradecimiento y la pasión de la verdad, que manda callarla antes que decirla á medias; pero si el orador los dejó de seguro desencantados, confío en que el hombre se les habrá revelado entero en su silencio.

El hombre tiene ya dos patrias, y en la nueva á nadie recordaré con más viveza que á aquel que reune la virtud ejemplar, la devoción americana y la casa amorosa al vehemente talento.

Esta es América, la tierra de los rebeldes y de los creadores, y aquí se siente íntegro, sangrando de lo que ella sangra y amando sus amores, quien nunca abusa de las palabras solemnes, y al abrazar en usted á tanto mérito sobresaliente, á tanto corazón generoso, se firma su hermano,

José Martí.''

¡Vaya en paz el buen antillano ilustre, el generoso amigo!

F. Henríquez y Carvajal.

JOSE MARTI

El Universal, de México, de 22 de Julio de 1894.

JOSE MARTI

DE "EL UNIVERSAL", DE MEXICO

Ha pasado por México rápidamente—tal vez á la hora en que estas líneas aparezcan habrá ya partido—un gran artista, un excelso tribuno, un poeta centelleante, un magno espíritu: José Martí. Aquí dejó, hace diecisiete años, robustas amistades y altas admiraciones que han crecido. Esta es su tierra, porque él no es de Cuba nada más; él es de América. ¡Alzate y ve de gente en gente, enardeciéndolas!—le dijo Dios; y ha ido, profeta, apóstol, misionero, sacerdote y conquistador, de pueblo en pueblo. ¡Oh, errante caballero de la libertad... buen caballero! ¡Cómo te ha azotado la ventisca y requemado el Sol y sacudido el Océano! Los jóvenes poetas, prontos á partir en góndolas de cerezo bien oliente, forradas de raso y con cojines amoldados á voluptuosos cuerpos de mujer, le decían, al son de las alegres mandolinas: ¡Vente con nosotros!

En el calado balconaje del palacio asomaban á verle damas muy hermosas, con los brazos desnudos para sentir mejor la ondulante caricia de la vida, y la gentil garganta requiriendo cien collares de besos; por entre los dedos se les resbalaban y caían, como de frescas epidermis despegados, fragantes pétalos de rosa, y de entre el mohín provocativo de los labios brotaba este saludo, este perfume de salud divina: ¡Sube! ¡Amanos! ¿Por qué, trovador, no hechizas á los nocturnos ruiseñores con tus cantos? Entornada

está la celosía... el señor está lejos guerreando, y todos los sueños de amor están despiertos en los dormidos ojos negros que te espían. ¿Por qué, mozo apuesto, disfrazado de viejo peregrino, no te acercas al ruedo y te desentumes junto á las brazas crepitantes del fogón, y cuentas á los ojazos zarcos asombrados de mujeres, niños, los milagros y peripecias de tus viajes? ¿Por qué, paje, no saltas del escabel de plata repujada á las rodillas de la reina que te mima?

Pudo poner la planta en el muelle cojín y la mano en el hombro de la patricia veneciana; pudo pisar la gradería color de rosa del palacio ó subir por la escala de áurea seda; pudo sentarse en el sitial de cuero junto al doméstico fogón... y "puso el pie en la nube que partía" y allá va entre ventiscos y relámpagos, con la vista clavada en una estrella. ¡Oh, errante caballero de la libertad, tu bandera dice: EXCELSIOR!

JOSE MARTI

POR JOSE MANUEL GUTIERREZ ZAMORA

Diario del Hogar, de México, de Mayo 21 de 1896.

A JOSE MARTI

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU GLORIOSA MUERTE

IN MEMORIAM! IN EXCELSIS! PRO PATRIA!

A la Sra. Carmen Zayas Bazán, Vda. de Martí

HOMENAJE

¡Cerebro-Sol que iluminó el profundo
Abismo de dolor de Cuba esclava,
Y á la índica deidad del Nuevo Mundo
Trocó en volcán de inextinguible lava!

¡Oído-buzo que bajó hasta el fondo
Del noble corazón de los valientes,
A escuchar de sus fibras en lo hondo
La protesta de ser independientes!

¡Tribuno-Cicerón que en la asamblea
De los pueblos del mundo americano
Preparó de su patria la pelea,
Y *¿quosque tandem?* le gritó al tirano!

¡Palabra-catapulta disparada
Contra el duro peñón! ¡Cristo-doctrina
Que á Lázaro, á Cuba arrodillada,
Le dijo ayer: *¡Levántate y camina!*

¡Luz boreal de un mañana cuya aurora
Se tiñe con la sangre de mil venas,
Para encender la fragua abrasadora
Y fundir de los siervos las cadenas!

¡Clarín de bronce que lanzando al aire
Del cubano palmar, épicas notas,

Hizo que Cuba desnudara en Baire
El machete que esgrimen sus patriotas!

¡Aguila audaz que en liza temeraria
Tendió al éter su vuelo soberano,
Yendo á bajar la Estrella Solitaria
Para encenderla en el pendón cubano!

David adolescente, que aun sin bozo,
Al gigante con ímpetu acomete,
Y, galeote inmortal, su calabozo
Torna en templo, y en flores su grillete!

¡Corazón que de Cuba fué incensario!
¡Dejad que su perfume al cielo suba!
¡Hombre-Verbo! ¡Sublime visionario
De visiones de gloria para Cuba!

¡Soñador cuyo sueño se realiza
Haciendo patria la heredad cubana,
Que, fénix de la mar, de la ceniza
Surgirá independiente y soberana!

¡Idea y acción! ¡Estímulo y ejemplo
Que al débil despertó de su desmayo!
¡Cerebro y brazo, y sacerdote y templo,
Y apóstol y creador, y nube y rayo!

¡Y al estallar... con la explosión fulmínea
El adalid cayó bajo la palma!...
Y por la herida abierta ¡flor carmínea!
Dejó escapar con el aroma el alma!

¡Feliz tú, que peleando sucumbiste
De cara al opresor, fiero y altivo!
¡In-Excelsis! ¡Tu nombre ya esculpiste
En la Historia inmortal, ¡oh, muerto-vivo!

Flotas triunfante ya bajo la esfera
De nuestro americano firmamento,

Donde Cuba tremola su bandera
Y el Sol enciende su rubí sangriento!

¡El mismo que alumbró con sus fulgores
Las pampas argentinas del gaúcho,
La redención del Grito de Dolores!
Los triunfos de Junín y de Ayacucho!

¡De Paita y Carabobo los senderos,
De Popayán los viejos arcabuces,
De Granaditas los asaltos fieros
Y la gloria del Monte de las Cruces!

¡El Sol de libertad de un nuevo día
Que en Cuba, en el Zanjón, pareció extinto!
¡El mismo Sol que ayer no se ponía
Bajo el cetro imperial de Carlos Quinto!

¡El Sol que desde el Niágara rugiente
A la Tierra del Fuego centelleante,
Quiere mirar que un libre continente
En defensa de Cuba se levante!

¡El que secó en la tierra americana
De vil esclavitud amargo acíbar,
Aureolando con lumbre soberana
A Washington, y á Sucre, y á Bolívar!

¡El que vibra su rayo luminoso
Sobre Cuba viril, desde los cielos,
Y unge la frente de Martí glorioso,
Como ungió las de Hidalgo y de Morelos!

¡Como besó las de los mil campeones
De la santa patriótica insurgencia,
Que de América libre los pendones
Levantaron, gritando: "¡Independencia!"

¡Como alumbró la del coloso Juárez,
A quien la Fama cánticos entona,

Por arrojar de nuestros patrios lares
El cadáver de un césar sin corona!

¡Como ha de iluminar en día cercano
Todos los semidioses de tu historia
Y tu heroico luchar, ¡pueblo cubano!
Y á tu Martí, de fulgurante gloria!

¡Al que murió arropado en tu estandarte,
Y al dirigirte su postrer plegaria,
Voló á buscar, para de allí adorarte,
El cielo de tu Estrella Solitaria!

José Manuel Gutiérrez Zamora.

México, Mayo 19 de 1896.

MARTI

Por Justo de Lara

Diario de la Marina, de la Habana, de Octubre 25 de 1908.

MARTI

José Martí estaba convencido—idea presente en casi todas sus obras—de que el amor es más fuerte que el odio. Dedicó su vida á combatir por la independencia de Cuba sin odiar á los españoles, y tratando, por otra parte, de unir á los cubanos. Quiso, noblemente, acabar con las rivalidades, envidias y antipatías, que han hecho y continúan haciendo, para muchos, un tormento la vida en este país. Quiso educar al cubano á sentir afecto natural y consideración por sus compatriotas. "Que se marque al que no ame", escribió, "para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal á Santa Teresa, que fué quien dijo que el diablo era el que no sabía amar." *

Sus páginas más tiernas, tal vez, fueron dedicadas á su padre, español y oficial de artillería, y á algunos españoles de ideas liberales en América. Para los cubanos nunca tuvo sino elogios: voluntariamente fué ciego ante sus faltas. Bastaba ser cubano, ó simpatizador de la causa de la independencia de Cuba, para tener en él un amigo, en toda la extensión de esta dulce palabra. Predicó así, con el ejemplo. La fuerza de su crítica, que era mucha, la dirigió solamente contra los errores del gobierno español. Quiso la independencia, como un deseo de los cubanos que estimaba justo, y el triunfo de la revolución por los

(*) *Martí. "Hombres", vol. VI, Habana, 1908, pg. 169.* Este volumen y los cinco anteriores de obras de Martí han sido publicados por el Sr. Gonzalo de Quesada, atendiendo á la impresión en Cuba el Dr. Gonzalo Aróstegui.

más puros, leales y honrados de los procedimientos. A diario se recuerdan las palabras elocuentes con que anunció, próximo á desembarcar en la isla, "la república cordial para todos," reverso admirable del célebre manifiesto de Bolívar amenazando con la muerte á españoles y canarios, aunque fueran amigos. Y nunca se podrá olvidar la generosa é hidalga indignación con que rechazó, cuando más recursos necesitaba para sus planes, el dinero que le enviaron desde la provincia de la Habana, producto de un crimen cometido por una partida de bandoleros. Jamás justificó Martí medios bastardos para fines patrióticos. Toda su vida política—cosa extraña en el mundo, y más en Cuba, donde las incertidumbres de ochenta años de azares han empujado á los hombres en tantos vaivenes,—pasó sin una sola mancha.

Cuba puede con justicia enorgullecerse de haber producido un hombre de alma tan sublime. Persiguió una sola idea, tenaz y heroicamente, en línea recta. Teniendo en cuenta lo que hizo y lo que después de su muerte ha pasado, parécemе que la bala española que le privó de la existencia en Dos Ríos, el 19 de Mayo de 1895, fué piadosa. Murió á tiempo para no haber visto á los cubanos, que supo unir en la emigración por el mágico influjo de su palabra y de su conducta, divididos y odiándose en el suelo de la patria. Murió á tiempo para no haber visto de su obra sino el aspecto más bello: el sacrificio, la abnegación, el patriotismo desinteresado en absoluto. A hombres como él, más vale vivir unos cuantos años menos sobre la tierra, que sufrir más tarde á los críticos—impotentes para crear y hábiles para destruir, como él mismo decía,—analizando con lentes de miope sus actos más generosos. Murió con el alma llena de fe en su pueblo y rebosando de ilusiones. Murió acallando la envidia, que, rastrera y cobarde, porque no había podido

él participar en la guerra de los diez años, murmuraba en secreto que le faltaban condiciones de militar. Murió, como lo había soñado, con la gloria del héroe que cae frente al enemigo, el pecho abierto, serena la mirada. ¡Cuánta mejor esa muerte, después de cumplida la misión revolucionaria que se impuso, que el triste fin de Céspedes, depuesto de la presidencia y abandonado á sus perseguidores; que la trágica agonía de Aguilera, consumido por un cáncer y viendo el derrumbe de su obra y la ingratitud de los suyos; ó que la amarga decepción de Bolívar, maldiciendo los frutos de su propio heroísmo!

Mi primer recuerdo de Martí data del año 1887, en New York, un día que lo trajo al cuarto que yo ocupaba, en una casa de huéspedes de la Quinta Avenida, esquina á la calle 13, mi amigo Manuel Antón Recio de Morales. Trabajaba él entonces como traductor de los editores Appleton, que algunos años después vinieron á ocupar esa misma casa. Nos unían ciertos afectos comunes. El había sido discípulo, con Fermín Valdés Domínguez y otros que le siguieron en su propaganda, de Rafael María de Mendive, á quien amaba entrañablemente. Y mi padre y Mendive eran íntimos amigos, amistad que yo también tuve hasta su muerte al ilustre poeta cubano. En este mismo tomo de las obras de Martí, que acaba de publicar el señor Quesada, hay un artículo sobre Mendive, en que se recuerda un dramático episodio de la vida de mi padre. Por estas razones, para hablar de Mendive, y porque siempre trataba de avivar esa clase de recuerdos y aunar voluntades de cubanos, vino á verme aquel día, deleitándome con un rato de su sabrosa conversación. Había traducido al castellano la novela famosa de Conway titulada "Called Back," y tuvo que cambiarle el nombre, obviando una grave dificultad de traducción, por el de "Misterio." Recuerdo que me habló del mucho trabajo que le

había costado hallar este título, y, con tal motivo, fué poco á poco extendiéndose sobre la importancia, originalidad y arte de la literatura contemporánea en los Estados Unidos, tan desconocida, é injustamente menospreciada, en los países hispanoamericanos.

Su erudición literaria era portentosa y su dominio de las dos lenguas verdaderamente notable. Hablamos luego de literatura española, á la que yo comenzaba entonces á demostrar aficiones juveniles, y que él conocía á fondo. Si recuerdo en este lugar esa visita suya y aquella conversación, es porque tengo muy fijo en la memoria que me habló de Gracián, y Baltasar Gracián fué, para mí,—como explicaré más adelante—el modelo en que formó el extraño y original estilo con que hubo de arrastrar á los cubanos, en la prensa y la tribuna, al colosal empeño de la revolución de 1895.

No volví á verle sino cuatro años más tarde, en 1891, cuando ya creía muy cerca el triunfo de su proyecto. Fué un mediodía del mes de Diciembre, y desde las doce hasta las seis de la tarde estuve pendiente de sus labios. Diego Vicente Tejera escribió, muy acertadamente, que "el que no oyó á Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana." Era algo, en verdad, extraordinario, la influencia que lograba ejercer en su conversación. Deslizábanse las horas sin sentirlas, y aun cuando no se aceptaran muchas de sus afirmaciones, era imposible sustraerse al influjo de tanta persuasión, y tan lógico raciocinio, salpicado de citas siempre oportunas y vestido de una amenidad encantadora. Yo acababa de salir entonces de la Habana, donde la idea de un movimiento revolucionario se consideraba generalmente como una locura y el partido autonomista, cualesquiera que fuesen las simpatías ocultas de algunos de sus prohombres, se hallaba en el apogeo de su fuerza y rechazaba toda tentativa de organizar un movimiento armado. Para mí era indudable que el país rechazaba la revolución, y, sin embargo, Martí, que veía las cosas desde fuera, y recibía informes de obscuros y modestos agentes, me aseguraba que el sentimiento revolucionario era general en toda la isla, y que en la Habana vivíamos sin saberlo, sobre un volcán. Sus últimas palabras, que jamás olvidaré, tuvieron un acento de sombría convicción y profético presentimiento...

Esa seductora sencillez de su conversación privada era la misma que pueden gozar los que lean sus correctas, elegantes y castizas traducciones. Su otro estilo, el que le hace aparecer como un tipo tan extraño en la literatura, fué el que adoptó, principalmente, para su propaganda política. Es un grave error considerar á Martí, como se ha hecho, un escritor de tendencias decadentistas á la moderna, y de corte francés. Su castellano, aunque sembrado de neologismos, tiene un sabor arcaico, que denuncia constantemente la lectura de los grandes prosistas españoles del siglo XVII. Las entrañas de su pensamiento también eran españolas. Por esto creo que el autor que más influyó en su mentalidad fué Gracián, y quien lea "El Héroe," "El Discreto" y "El Criticón," y recorra luego las páginas de Martí, verá cómo éste, lejos de ser un decadentista á la francesa, fué más bien un culterano de nuestro siglo de oro.

Pero de Gracián no tuvo ni el desengaño de los hombres, ni la desconsoladora filosofía. Le animaba, por el contrario, una profunda fe en sus compatriotas, un gran amor á la libertad y á la vida alta y pura que ella produce, un optimismo ardiente, digno de su alma caballeresca. Y como su vida toda fué dedicada á un solo fin, adoptó en su lenguaje la forma que más podía ayudarle, dirigiéndose á un pueblo de mentalidad y

educación latinas: la frase sentenciosa, el período rítmico, la idea brillante, la obscuridad, á veces, del concepto en favor de la música del párrafo. Escribiendo como Stendahl, ó como Renán, no se propaga el fuego de una rebelión en Cuba. Martí necesitaba escribir como Víctor Hugo, revolucionario, como Napoleón, militar, como Bolívar, dictador, con la sentencia vibrante, y las frases escalonadas y cargando como escuadrones de caballería. El no se dedicó á llenar con un nombre más la historia literaria del siglo XIX, sino á crear una nación más, haciendo la independencia de Cuba. Su genio, pues, no ha de medirse en su estilo, ni en sus obras, sino en su obra. Su grandeza, sin superior en los cubanos pasados y presentes, está en su carácter.

JUSTO DE LARA.

Octubre 24, 1908.

DISCURSO

pronunciado en la velada artísticoliteraria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de Diciembre de 1889, á la que asistieron los delegados á la Conferencia Internacional Americana. (*)

(*) Este discurso se publicó en el primer volumen de las obras del Maestro, hoy agotado.

DISCURSO

pronunciado en la velada artísticoliteraria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana.

Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, á la vez trémulo y desbordado, á poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve á ver á su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan á volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y sólo halla estrofas inacor-

des y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente, —para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, á los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar á nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro á sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, ó nuestros afectos, ó nuestros hábitos, ó nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían á ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos á paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía á nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; á otros, la leyenda; á otros, el comercio; á otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre

todavía, la última estrofa del poema de 1810; á otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener á mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados á punta de lanza, ó de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes á la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la "Flor de Mayo." Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante é integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe á nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de

rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, ó un fanático que quema á las brujas, ó un gobernador que no quiere oir hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, á la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio ó en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir á ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, á oir iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban á elegir sus jueces, ó á residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban á quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los "hombres libres." Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído ó un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fué el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo á la puerta. El pueblo que luego había de negarse á ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta é injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho á adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer á pesar de ellos, los orígenes confusos y manchados de sangre de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel á quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla ó rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante,

criada con el vino crudo y el odio á los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada á los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran á saco en los templos de oro. Cortés atrae á Moctezuma al palacio que debe á su generosidad ó á su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida á su fiesta á Ovando, á que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y traxcaltecas llega Cortés á la canoa de Cuauhtemoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú; en el pecho del último indio valeroso clavan, á la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, ó el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; ó á quemar en el brasero el estandarte del rey; ó á cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, ó celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos á la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo á galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden á leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. "Quimeras despreciables" les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; ó para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; ó para ir á la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los domínicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas á los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, á la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio á su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; ó compra, cuerpo á cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; ó muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; ó al desfallecer al pie del Chimborazo, "exhorta á las razas á que afiancen su dignidad." El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fué un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el

luto de su padre, se viste de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere. ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se pára á oir, á maravillarse, á venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América á la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles á sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, á escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve á San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos á ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba á los

herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas é inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el buho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida á la juventud del mundo á que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron á fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz é infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia á nuestro corazón y á nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expensiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fué á nuestras re-

públicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno—¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, á pujo de brazo, á nuestra América de hoy, heroica y trabajadora á la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo á la fortuna de su hogar á las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría á su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría á este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, ó desintegrarse en vez de unirse más, ó por celos de vecindad mentir á lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, ó andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, ó salir por el mundo de limosnera, á que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista con las propias manos! No conoce á nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le

lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto á su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir á que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡á mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, á la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos á nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es á estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, he-

mos de ser traidores á los que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva á las playas que acaso nunca volvamos á ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, á la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: "¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!"

DISCURSO

pronunciado en la velada en honor de México de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891.

DISCURSO

pronunciado en la velada en honor de México de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891.

Señoras y señores:

Este júbilo es justo, porque hoy nos reunimos á tributar honor á la nación ceñida de palmeros y azahares que alza, como un florón de gloria, al cielo azul, las cumbres libres donde el silbato del ferrocarril despierta, coronada de rosas como ayer, con la salud del trabajo en la mejilla, el alma indómita que chispeaba al rescoldo en las cenizas de Cuauhtemoc, nunca apagadas. ¡Saludamos á un pueblo que funde, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! ¡Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América!

Fué México primero, antes de la llegada de los arcabuces, tierra como de oro y plumas, donde el emperador, pontífice y general, salía de su palacio suntuoso, camino de la torre mística, en hombros de los caballeros naturales, de adarga de junco y cota de algodón, por entre el pueblo de mantos largos y negro cabello, que henchía el mercado, comprando y vendiendo; ó aplaudía la comedia al aire libre, con los niños vestidos de pájaros y mariposas; ó abría campos á los magnates de vuelta del banquete, con sus bailarines y bufones; ó saludaba al paso del teculi ilustre que mostró en sus pruebas de caballería el poder de domarse á sí propio; ó bullía por las calles de

las tiendas, probándose al dedo anillos tallados, y á los hombros mantones de pieles; ó danzaba, con paso que era aire, el coro de la oda; ó se agolpaba á ver venir á los guerreros de escudo de águila, que volvían en triunfo, con su ofrenda de víctimas, á las fiestas del monarca conquistador. Por entre el odio de las repúblicas vencidas al azteca, inseguro en el trono militar, se entró, del brazo de la crédula Malinche, el alcalde astuto de Santiago de Cuba. Los templos de las pirámides rodaron despedazados por las gradas; sobre el cascajo de las ruinas indias alzó sus conventos húmedos, sus audiencias rebeldes y vanidosas, sus casucones de reja y aldaba, el español; todo era sotana y manteo en la ciudad de México, y soldadesca y truhanería, y fulleros é hidalguetes, y balcón y guitarra. El indio moría desnudo, al pie de los altares.

Trescientos años después, un cura, ayudado de una mujer y de unos cuantos locos, citó su aldea á guerra contra los padres que negaban la vida de alma á sus propios hijos; era la hora del Sol, cuando clareaban por entre las moreras las chozas de adobe de la pobre indiada; ¡y nunca, aunque velado cien veces por la sangre, ha dejado desde entonces el sol de Hidalgo de lucir! Colgaron en jaulas de hierro las cabezas de los héroes; mordieron los héroes el polvo, de un balazo en el corazón; pero el 16 de Septiembre de cada año, á la hora de la madrugada, el Presidente de la República de México vitorea, ante el pueblo, la patria libre, ondeando la bandera de Dolores.

Toda la jauría de la conquista salió al paso de la bandera nueva: el emperador criollo, el clero inmoderado, la muchedumbre fanática, el militar usurpador, la división que aprovechó el vecino rapaz y convidó al imperio austriaco. Pero los que en la fatiga de gobiernos inseguros y en la fuga triunfante habían salvado, con las manos ensangrentadas en el esfuerzo, el arca santa de

la libertad, la escondieron, inmaculados, "mientras duraba la vergüenza," en un rincón donde el pan era tan escaso como abundante el honor; la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca, ante el imperio de polvo y locura, que huye á su vista y se deshace.

Hoy campea segura la libertad, por modos suyos y crecidos con el país, en la república serena y majestuosa, donde la hermosura de la Naturaleza prepara á las artes; donde la mirada de la mujer mueve á la vez á la piedad y al lujo; donde la prueba franca de la guerra ha afirmado la paz; donde templa el trato amigo las diferencias de la condición y la pena de vivir; donde el vivir no es pena. Hoy descansa, en reposo vigilante, aquel pueblo que, cuando pelea, pelea como si vaciara en sus hijos la lava de sus volcanes; y cuando ama, ama como ha de amar el clavel á la llamarada de la aurora. Ya no es Tenoxtitlán, la ciudad de guerreros y de sacerdotes, la que pasea en las plazas de México, y entra á orar en sus teocalis, y boga cantando, al son del remo, en las chalupas; es París quien pasea, refinado y airoso, por aquellas alamedas de follaje opulento que, al rumor de las fuentes, cala sobre las sendas una luna más clara que ninguna otra luna. Los perseguidos y hambrientos de ayer son hoy estatuas en el Paseo de la Reforma. El palacio de la República va sumiso por la calle de la riqueza y el trabajo, como buscando el alma del país, al palacio indio de los emperadores. Rey parece cada lépero de la ciudad, por el alma independiente y levantisca. La noche alumbra el portón donde, á la sombra de un zarape, conversan de amor los novios pobres; ó el teatro que corona al poeta nacional, con las flores que se arrancan del talle las mujeres; ó el salón donde la esposa del Presidente trata con sus amigas del alivio de las ma-

dres desamparadas; ó el baile donde compiten en vano con la mujer de México la palma y la magnolia. Al asomar el día bajan de sus canoas, como en cestas de flor, las indias de vestido azul: trae el canal, de las islas flotantes, la hortaliza y la jardinería; bulle, como avispero despierto, la industria popular; se abre á los jóvenes ávidos la muchedumbre de escuelas y de bibliotecas; pasan de brazo los poetas con los obreros y los estudiantes; vierten en las plazas su carga de trabajadores los tranvías; silban, proclamando á la nación, las chimeneas de los ferrocarriles. Resucita, al abono de la propia sangre, aquel alma imperial que huyó, en el horror de la conquista, á lo profundo de la tierra, y hoy sazona, con la virtud indispensable de lo nativo, el alma importada. Como de la raíz de la tierra le viene al mexicano aquel carácter suyo, sagaz y señoril, pegado al país que adora, donde por la obra doble de la magnífica Naturaleza, y el dejo brillante de la leyenda y la epopeya, se juntan en su rara medida el orden de lo real y el sentimiento romántico.

¿Y ante quién tributaremos el entusiasmo que nos inspira la obra firme y creciente de la República que viene á ser en América como la levadura de la libertad, sino ante el que, con el mérito y brío de su persona, más que con su cargo oficial de Cónsul, representa á México en Nueva York, ante uno de los luchadores gloriosos que han puesto la libertad de la tierra mexicana, la libertad de pensar y de vivir por sí, donde no parece que haya poder que la derrumbe, ante aquel cuya barba blanca ennoblece el rostro donde se revela la juventud del corazón, como aquellos festones de delicado gris, canas del bosque, que realzan el verde perpetuo de las colinas que vieron vivir á Moctezuma, y morir, al pie de su bandera, á los cadetes heroicos de Chapultepec? Señor: como los guerreros de manto y penacho de

diversos climas se juntaban al pie del ahuehuete, á jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!

IGNACIO ALTAMIRANO

IGNACIO ALTAMIRANO

Patria, 24 de Marzo de 1893.

IGNACIO ALTAMIRANO

Cuando la guerra; cuando se tuvo y desperdició el primer cariño de América por los héroes cubanos; cuando en una fiesta de circo las mexicanas, como cubanas, regalaban sus joyas para ayudar á la independencia de Cuba; cuando la América sagaz veía ya en la independencia de Cuba la de nuestro continente, inseguro sin ella, ó con ella, por lo menos, mucho más seguro,—un mexicano de raza india nos amó y nos proclamó; un mexicano que ha muerto. El gesto imperante de Ignacio Altamirano parecía decretar, faz á faz de la historia, la suerte de una familia de pueblos libres.

Hoy, entre los lauros de París y la pena de los americanos, acaba de caer el indio precoz á quien declaró "ente de razón," antes de los años de ley, la autoridad de su tiempo; el orador tonante de la Constitución, el guerrillero que picó las espaldas al imperio de Maximiliano, el magistrado diserto, el amigo de los estudiantes, el crítico fino y laborioso, el que puso á los versos que envió al puertorriqueño Betances, en memoria del 14 de Julio, su firma de "indio, americano y demócrata;" el que ha mandado que quemasen su cuerpo para que sus cenizas vuelvan á la tierra donde habló por la libertad y peleó por la patria.

EL DIA DE JUAREZ

Patria, 14 de Julio de 1894.

EL DIA DE JUAREZ

México no yerra; y se afianza y agrega, mientras se encona y descompone el vecino del Norte. Las dos magnas dificultades de la vida americana ha tenido—en la brevedad de medio siglo—que vencer, que fueron las grandes distancias, que permitían el fomento impune de los caudillajes ambiciosos, y el poder del clero revolucionario, que con las masas fanáticas mantenía, á guerras azuzadas, el gobierno de los privilegios señoriales. A los hombres de hoy tocó resolver, con los ferrocarriles que el dinero inglés tendió por México, el problema de las distancias, que traía á la zaga el de las rebeliones, grave en tiempo y comarca en que el clero desposeído andaba siempre á la busca de rebeldes que le fuesen dóciles. Juárez, el indio descalzo que aprendió latín de un compasivo cura, echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad en el nuevo continente. Él, el tabaquero de New Orleans, el amigo pobre del fiel cubano Santacilia, el padre desvalido de la familia que atendía en Oaxaca la pobre tendera; él, con los treinta inmaculados, sin más que comer maíz durante tres años por los ranchos del Norte, venció, en la hora inevitable del descrédito, al imperio que le trajeron los nobles del país. Por cierto que es poco conocida una anécdota auténtica de un cacique indio por aquellos días. En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus caballos son águilas y sus ojos son flechas. Caen

como una avalancha, lancean el aire y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del ginete, echado sobre el potro, y la línea del monte. El general Escobedo, que luego había de prender en Querétaro á Maximiliano, andaba en apuros por la frontera, y fué á tratar con el cacique libre y á pedirle su ayuda contra el emperador. "¿Y por qué, cacique de dos colores,—le respondió el indio—me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron á ese blanco barbón; peléenla tus blancos. Tú te sometiste; echa á tu amo tú. Yo no me sometí; yo no tengo amo."

Y esa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza; ésa es la luz que se ve brillar en los rostros, de blancos y de mestizos y de indígenas; ésa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos á cubrir de flores y á honrar virilmente, con la pasión indómita de su independencia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada á los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América—hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten. Cada año es más entusiasta en México el día 18 de Julio. Y es que la tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte á tiempo, salvó la libertad, y la América acaso; porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo—con su derecho creciente de república trabajadora y natural—su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó á los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.

El 18 de Julio estará colgada de banderas la ciudad de las estatuas de bronce y de las casas de azulejos. Los niños de las escuelas marcharán como soldados. Las niñas, vestidas de blanco, llevarán al mausoleo del indio ramos de flores. El pensamiento y la riqueza de la ciudad irán á pie á la tumba, detrás del Presidente, que prepara el país híbrido para la república real y sensata. Las mujeres hermosas de Puebla y de Guadalajara, de Monterrey y de Veracruz, aplaudirán á los marciales "cuerudos," á los soldados fieles á la libertad. El sol republicano caerá del cielo azul. Y brillará, como si fuera de luz, el monumento que, con sus manos flacas de ético, labraba, al sol de la mañana, el mexicano Islas, de barba rubia. La mano sudorosa podía apenas blandir el cincel; y él, pálido de la muerte, golpeaba, de pie ante el mármol, mientras duraba el primer sol. "Me durará la vida hasta que le acabe la figura á mi salvador." Y le duró.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA EN "EL AMERICANO"

Patria, 26 de Enero de 1895.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA EN "EL AMERICANO"

No podía el ameno semanario *El Americano* estrenar la página literaria que en el último número inaugura, con obra más graciosa y sentida que la "Duquesita", de ojos verdes, la niña leve é imperiosa, la hija fina y mimada del *Duque Job*. Por su imparcial y vasto corazón es aún más notable Manuel Gutiérrez Nájera que por el marfil y oro de su verso; va por el mundo como fuera de él, no porque á la hora de la fatiga no le conozca las prácticas y bastidores, y pueda en él lucir y guiar, sino porque tiene en sí y en su recuerdo vívido de las obras de beldad excelsa, como suprema y preferible compañía. Las dos aristocracias tiene: la de la indulgencia y la de la admiración. Quien no sabe excusar ni admirar es ínfimo. De Nájera no podría decir Goethe, como en el libro de los proverbios del Diván, que á la poesía la echa del mundo el poeta. Su alma es elegante y altiva.

"FLEURS DES MORNES"

19 de Enero de 1895.

"FLEURS DES MORNES"

Haití tiene más de un poeta, y muchos y buenos en verdad, así como sendos libros de singular pericia en política y hacienda, y mucho hombre con quien se puede hablar, muy mano á mano, de Guyau y de Darmesteter. De los poetas, por abundoso, y á veces gigantesco, por pujante y nómade, tiene fama europea y americana Oswald Durand, que escribió á Cuba una verdadera oda, y es á la vez meseniano como Delavigne y coplero como Gringoire; taza de bronce, resonante y bruñido, es la estrofa patriótica de Tertulien Guilband, y como flor de maravilla sus recuerdos de niñez, y los de amor fina media de seda, muy leve y calada; Edmond Héraux es como un novio de la Naturaleza, que sólo en su isla hermosa la ve plena y lozana, y no gusta de ir á ella sin Julieta y Leonor, ni de hablarle sino en lengua bataneada, sincera y florida; es como quien sale al campo de sombrero de pelo y bastón de puño de oro. La pasión, melancólica y ardiente, caldea é ilumina la lengua elegante de "Fleurs des Mornes," el libro artístico que *Patria* recibe hoy de Edmond Héraux. Él desdeña la originalidad violenta y vacía, y sólo cree durable la forma sobria de la emoción real. Él llora sobre la patria; pasea, renovado, á través de los campos; invita á Cecilia á hacer un ramo de las escasas rosas de la vida; se pára á oir la historia de una hoja abandonada; no irá ya más con Julieta, "tocada de Dios," á soñar y á andar despacio por la llanura; le ve al ángel hipócrita de Eleonora el demonio

frío é infiel; canta otra vez á la patria "comprada con nuestra sangre roja." Es libro el de Héraux que se vuelve á leer y se acaricia, libro de pena suave, filial patriotismo y fe en la beldad útil y reparadora del mundo. En él, como en todos los poetas haitianos, los versos sobre la patria adorada, la patria que del cepo nació á la academia, la patria que lleva en la frente el bonete de doctor y en los tobillos aún la marca del hierro, tienen el temple y la luz de una espada encendida.

LA "REVISTA LITERARIA DOMINICENSE"

26 de Enero de 1895.

LA "REVISTA LITERARIA DOMINICENSE"

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, á lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior á lo ajeno y más fino ó virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena ó gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero é inexpugnable concepto de la patria. Levantando á la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo; y no es manera de alzar el conjunto el negarse á alzar una de las partes. Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda á monarquías inútiles, religiones ventrudas ó políticas descaradas y hambronas, ni porque á estos pecados se dé á menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre á cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz y del Sol no se sale. Patria es eso. Quien la olvida vive flojo y muere mal, sin apoyo ni estima de sí, y sin que los demás lo estimen; quien cumple, goza, y en sus años viejos siente y transmite la fuerza de la juventud; no hay más viejos que los egoístas; el egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde. En Santiago de Cuba vive ahora, en inseguro refugio, el dominicano Manuel de Jesús Peña, á quien llama un diario santiaguero, con razón, "maestro celosísimo, abnegado perio-

dista, fundador afortunado, diputado integérrimo y ministro sin tacha,'' lo cual quiere decir que es hombre de veras, porque ha amado y sacó la honra salva de la tentación del mundo. Pudiera el anciano Peña, allá en la ''medianeza comedida'' en que vive, descansar en infructuoso silencio de su vida de idea y de batalla; pero él sabe que es ladrón, y no menos, quien siente en sí fuerzas con que servir al hombre y no le sirve. Estos cómodos son ladrones; son desertores, son míseros, que en el corazón del combate huyen y dejan por tierra las armas. El anciano Peña quiere que le conozca mejor el país en que nació y en que los cubanos se ven como en casa propia, porque ambas sangres han corrido juntas contra el mismo tirano; y á ese fin publicará en Santiago la *Revista Literaria Dominicense*, que ya todos encomian y saludan. A esa literatura se ha de ir: á la que ensancha y revela, á la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, á la que robustece y levanta el corazón de América. Lo demás es podre hervida y dedadas de verano.

DISCURSO

pronunciado en la velada en honor de Centro América de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en Junio de 1891.

DISCURSO

pronunciado en la velada en honor de Centro América de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en Junio de 1891.

Señoras, señores:

Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas é hipomeas, la tierra de esmeralda y plumas, donde, al espejo de sus lagos y al incensario de sus volcanes, crecen en el combate y en la fatiga, según lo manda la naturaleza, las cinco repúblicas de Centro América, como un solo hogar. Por aquellos ríos han apagado la sed, en la cuenca de una hoja, muchos viadores de la libertad; de aquellos arriates ha tomado mucha flor para el pasajero doloroso la niña de la casa; para la vida y la poesía ha sacado fuerzas mucho peregrino de aquel aire purificado por el fuego; de debajo de un apaga-velas salen, desperezándose y tundiéndose, cinco países cuyo parentesco será más poderoso que la pócima de ira con que les alborotó las venas el conquistador; ¡aquí venimos, en nombre de todos los agradecidos, á ceñir con una guirnalda de corazones las banderas que no se han manchado con más sangre que aquella que es ley que se derrame, por la ferocidad inevitable de la vida, en los bautizos de la libertad!

Por entre las ruinas de los gigantes desaparecidos surgieron, bellos y pintados como los pájaros, los pueblos de indios nuevos que tejían y tañían, y levantaban con gracia heroica sus atalayas de carrizos, y narraban bajo la sombra de los árboles la leyenda del mundo, cuando cente-

llearon en la creación los espíritus celestes, y á la voz de ¡tierra! surgió el Universo de la nada, con el hombre que fué primero arcilla, y luego tronco duro, y luego árbol ramoso; con la mujer de caña, y luego los cuatro hombres de carne y pensamiento, á cuya cabeza se sentaron las cuatro mujeres, coronadas de plumas de garza. Hoy era el mercado, de tejidos y diademas, y pórfidos y oros, y birretes y tobilleras del plumón más fino, y pitos y atabales; la boda era mañana, con danzas y convites, y las casas blancas festoneadas de orquídeas olorosas; ó era que el rey pasaba, con su manto de pluma azul y la corona refulgente, cargado á hombros de nobles, en su silla de oro y pedrería; ó vitoreaba la multitud á los caballeros del torneo que á punta de flecha mantenían por el aire la mazorca de maíz; ó volvían á sus hogares aterrados, porque venía el zutujil á sangre y fuego, el cazador que traía al cinto como un iris la pluma del quetzal, el atjije canoso, abrazado á los manuscritos de las leyendas, el coro de la escuela desbandada. El zutujil prendía á la tierra fuego, para que no anduviesen sobre ella los invasores. Vino el rubio de España, con el trueno en las manos; cayó con su aliado el cachiquel sobre las ciudades que el quiché alzó contra el chuzo y la flecha; y cuando pasó la nube de humo, resplandecía el Sol indiferente en la caña y la pluma de las hecatombes.

Se bebió entonces, al sol de Pacaya, el vino de Valladolid, entre barajas y votos; y apuró el cacao de Soconusco, en los casucones levantados sobre indios, el dean que ensartaba con la tizona al alguacil que lo venía á prender. La calle era del oidor, de gorra y garnacha, ó del encomendero desdentado, de casco y gamuza, ó del presidente que echaba á desvergüenzas al buen obispo que le venía á pedir la ley para la indiada, sin más coraza que su lanilla de domínico, ni más miedo que el de no ser bastante brioso. A flechazos re-

cibían aquellos cristianos á los obispos que no les firmaban los crímenes con la religión; tuteaban al rey, en cuanto les tocasen las encomiendas aquellos vasallos; y monseñor se gastaba la renta de la Catedral en festejos á los que salían á matar lacandones. San Francisco peleaba con Santo Domingo; el cabildo se le empinaba á la Audiencia; los encomenderos cansaban el mar con sus quejas al emperador; un Hernando cosía á puñaladas al obispo y con la daga ensangrentada escribía en el aire su proclamación de príncipe. Hasta que los competidores se avinieron en el mando y no hubo ya más Casas ni más Marroquines, sino que vivía en los palacios, con el nombre de la familia escrito en el zaguán con huesos, la prole de los conquistadores y las doce damas; y era la vida candil y procesiones, como aquella del certamen de la Universidad, sobre la "Contienda Amorosa de Italia, Francia y España", cuando iban delante los atabaleros, y luego en mulas los estudiantes é hidalgos, y los doctores y la clerecía, y luego un señorón de portaestandarte, con el tema muy floreado entre pinturas, y luego criados de librea, y luego soldados—á tiempo que entraba en la ciudad la hilera de indios, con la frente ya hecha al mecapal de la bestia de carga, y el ministril se llevaba preso á un criollo, porque leía el Quijote.

Se movió el mundo; vivió Carlos III; entró en la Capitanía la Enciclopedia, bajo una capa española; y de la mesa de un canónigo andaluz salió la juventud del señorío á ganar á la independencia la voluntad del general español; ¡y aun hoy es día de gala en Centro América, de gozo puro y sublime, aquel día de Septiembre! Pudo más que la corazonada del primer cariño el interés de las localidades apartadas por la policía astuta de la colonia; pudo más lo real del país, hecho al gobierno familiar, que lo ideal que le querían poner, con más ardor que pericia, los in-

novadores desconcertados; pudieron unos idear canales y garantías, mientras mandaban otros cerrar las costas y espantaban de un bufido al buen sevillano que quiso enseñar álgebra; pudieron las Repúblicas, unidas por un artificio generoso, volver á la localidad de que no supo sacarlas la conquista, que sólo hubiera podido hallar excusa en el cumplimiento de esa ley histórica; pueden aún, con la mira en el Sol, padecer en la faena de ir acomodando á un pueblo novicio, criado en dos conquistas, las leyes acabadas de la libertad, ó sacar de su misma composición, de modo que se la asegure, la ley aborigen que lo aquiete y levante; puede ser como levadura, por lo fervorosa, una de las Repúblicas,—y otra como un jardín, por el cultivo de la tierra y de las mentes, —y otra como academia de política y trabajo,—y otra como una casa de familia, con el retrato del abuelo orlado de ópalos,—y otra como universidad entre plantíos, que pone á reposar sobre el arado el tirso y el capelo; pero de la majestad y rebelión de su naturaleza de volcanes, del hábito de crítica aguzado en la larga esclavitud y de la lección aprendida en la prueba franca y dolorosa de hombres y sistemas, viene á aquellas Repúblicas un señorío mental, más verdadero que visible y más eficaz que ostentoso, por el que todas se reconocen y unen, y en donde entra por parte tan viva lo más fecundo de la fantasía, que pudiera un avezado á imágenes comparar aquella serena mente de Centro América á una casa solar, de portón de alto escudo, por cuyos balcones colgasen, pintorescas y amables, las enredaderas.

Allí por cuestas floridas, con el pecho lleno de un gozo de creación, se sube, como coronado, á los volcanes, desde donde se ve caer la tierra en declives cambiantes sobre la playa de la mar; allí, en cráteres orlados del jardín silvestre, chispean, sigilosas, las lagunas; allí, en la boca deshecha del Volcán de Fuego, revolotea la mariposa azul; y corren por las faldas, entre guijas de colores y anémonas y tréboles que lucen como lapislázuli y coral, ríos de un agua tan clara como la prosa de Marure, y con tal música en su curso, que parecen estrofas de los hermanos Diéguez. Así, en el goce continuo de aquel mundo ordenado y hermoso, nace, á despecho de las turbulencias de la vida, la felicidad que hace al hombre bueno, y es, como la desgracia, una fuerza decisiva en la literatura. Así, entre sus jazmines del Cabo y su clavel de olor, sueltas las trenzas y el corazón prendado, crece sensata y fiel la esposa del país, con un juicio risueño que impera sin descoco, y unos cariños como plumón de ave. Así, ayudada por su misma dilación, que la salva de los tanteos decadentes y místicos del pensamiento nuevo que asoma ya sobre los hombres, va Centro América disponiéndose á acomodarse á su hora, con la fuerza venida del estudio de lo natural, á la época de mayor religión y literatura verdadera que por la tierra toda levanta, con potencia de himno, el conocimiento racional y amoroso de la Naturaleza. Por la enseñanza que de ellos recibe América, en virtud de su apego saludable á lo original y propio; por el valor con que han encarado sus problemas y la frecuencia con que los han abonado con su sangre; por la largueza con que dan agua y pan al peregrino, permitidme, vosotros que os gloriáis con la representación de aquellos nobles países, que los salude en nombre de la América, cuya fe indígena proclaman y mantienen,—en nombre de la libertad, cuyo estandarte acribillado alzan por sobre sus cabezas,—en nombre de los peregrinos agradecidos!

BIBLIOTECA CENTRAL

DOMINGO ESTRADA

Patria, Junio 18 de 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL

DOMINGO ESTRADA

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la Isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana. Otros crecen, y tenemos que crecer nosotros. En los viveros de los pescadores se ve cómo el pez recio y hambrón, cuando se le encaran juntos los peces pequeños, bate el agua con la cola furibunda y deja en paz á los peces pequeños. Es cubano todo americano de nuestra América.

Y lo es más si nació en un pueblo donde el cubano tuvo siempre consuelo y abrigo; donde la juventud abrió los brazos al maestro errante, al insurrecto herido, al poeta de las serenatas tejidas con hilo de oro; donde el agricultor trató de hermano y dió casa y empleo al que llamó á sus puertas, sin más caudal que la pobreza y el dolor; donde las señoras de abolengo adornaban con sus manos, como para hijas, el tocador de sus humildes huéspedas cubanas; donde nunca faltó cariño y pan para los cubanos agradecidos. Es cubano todo guatemalteco.

Muy del alma es el saludo con que *Patria* recibe hoy, de paso para su hermosa tierra, á un hombre de raro y alto mérito que, con tener el genio fino y caballeroso y una poesía toda de plata y oro, vale aun menos por esto, y por su crítica

cordial y sagaz, y por su ciencia notable del mundo, que por su alma enamorada de la hermosura, que sólo rinde tributo en la tierra á la belleza ideal ó á la virtud insigne. Es como un griego de los de la Antología Domingo Estrada, por cierto desmayo del alma ansiosa de la perfección, que se enoja de ver cuánto tarda en madurar el mundo; por su verso elegante y ceñido, que es como la cabellera rubia de Psyché, con la guirnalda de hipomeas; por su juicioso desamor de la pompa necesaria al necio, y por aquel culto de la amistad que fué, acaso, la mayor belleza griega: el mundo es fuerte y bello por los amigos. Cuando Domingo Estrada, en sus paseos de poeta, descubra la cabeza, según solía en su primera juventud, ante aquel coro de montes florecidos que rodea, como defendiéndola, á la ciudad de las casas blancas y los árboles, como una cesta de esmeraldas y perlas, dígale que sus favores á los hijos de Cuba no fueron en vano; que desean independencia y paz á la noble Guatemala los cubanos agradecidos.

BIBLIOTECA CENTRAL

MARCO AURELIO SOTO

Patria, Agosto 20 de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL

MARCO AURELIO SOTO

Cuando entramos en el descanso necesario, allá por 1878, el mundo se puso obscuro para mucho hombre valiente, y mucho peleador salió á la mar sin más ropa que la que llevaba de limosna, ni más baúl que su amargura; ¿dónde asilar la mujer que con sus manos de amor curó tantos heridos y en el silencio del bosque oyó sin miedo el fuego de donde podía volverle muerto el esposo? ¿dónde, en las tierras extrañas, hallar trabajo con que dar pan á los hijos, á los hijos nacidos en campaña del amor imperecedero de los hombres que sabían morir, y de las mujeres que sabían amarlos? A veces, en aquellos sombríos días, un anciano ilustre cargaba al hombro, porque no tenía con qué pagar al cargador, agua para su familia; y su niño, un ángel de los combates, nacido con la vehemente luz de las criaturas que vienen al mundo en la hora desinteresada y conmovida del alma de sus padres, le decía, juntando hacia la tierra sus dos manecitas: "¡ay, papá, cómo te ha puesto la pobre Cuba!" Así andaban los héroes por la tierra, y un hombre amigo abrió, muy anchos, sus brazos de presidente, y acogió en ellos á los americanos infortunados. Fué Marco Aurelio Soto, que presidía entonces á Honduras. Ahora, de paso á París, pasa Soto por New York, para ver al hijo á quien tiene, estudiando realidades, en el colegio de Estrada Palma; y viene lleno de los cariños que con justicia acaba de tributarle Centro América, que no quita los ojos de él y lo ve crecer en su

retiro. No tiene Soto, sin embargo, afecto más seguro en su propia tierra, ni familia más leal, que la que, rico ó pobre, presidente ó no, le guardan, creciendo con el tiempo, los cubanos agradecidos. Y luego, ¿no hemos de ser mañana, en liga amplia y prudente, una nación majestuosa en que se una la laboriosidad que fomenta y disciplina las repúblicas al sentimiento que las conserva? Del orín de los coseletes y quijotes y de entre los indios que resucitarán empieza á salir en América el alfabeto de luz.

BIBLIOTECA CENTRAL

HONDURAS Y LOS EXTRANJEROS

Patria, Diciembre 15 de 1894.

BIBLIOTECA CENTRAL

HONDURAS Y LOS EXTRANJEROS

En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa, y los pueblos que pasan por menores—y lo son en territorio ó habitantes más que en propósito y juicio—van salvándose á timón seguro de la mala sangre de la colonia de ayer y de la dependencia y servidumbre á que los empezaba á llevar, por equivocado amor á formas ajenas y superficiales de república, un concepto falso y criminal de americanismo. Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios á la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad á ningún otro pueblo—que es puerta por donde los demás entrarán á dañarle la suya,—ni permitir que con la cubierta del negocio ó cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz é irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida ó igual, é igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino,

de menos á más, y sudemos nuestras enfermedades. La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellas y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas. El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y de mujer que en ella se produce.

De tiempo atrás venía apenando á los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió á la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte á obtener allí, á todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean ó se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría ó caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como á un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo y la simpatía del americanismo, no han de venir á sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.

BIBLIOTECA CENTRAL

MARTI Y COSTA RICA

1893.

BIBLIOTECA CENTRAL

MARTI Y COSTA RICA

Sr. Don Pío Víquez.

Mi amigo querido:

Yo no puedo decir con las palabras, vestidura tantas veces del interés y la lisonja, el tierno agradecimiento con que recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, el amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener á esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo. Yo no sé decir, en la pena del adiós, el orgullo y fe de americano con que he visto, como por su raíz de trabajo directo y el vigor de su carácter individual, por la altivez y holgura de su pueblo, criado en la fatiga de sangre y de luz, del alma contemporánea, no será Costa Rica, entre las naciones de América, la que llegue á la cita de los mundos, harto próxima para no disponerse á ella, sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensables para medirse en salvo con el progreso invasor. Ya han caído los muros y el hombre ha echado á andar. Quien no se junte á la cohorte le servirá de alfombra.

Pero yo tengo con Vd. una deuda del alma. Una justa esperanza me la alienta, esperanza de americano previsor, y Vd. me le dió una hora de júbilo y de sostén. Yo llegué ayer, insignifican-

te é ignorado, á esta tierra que siempre defendí y amé, por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva; y Vd. salió á recibirme, con largueza de poeta, y me sentó á la mesa de la bienvenida entre los hombres cordiales de su patria. Me ví tratado como hermano por los que acaso apenas conocían mi nombre. Brillaron allí á mi alrededor el talento enérgico, la palabra discreta, la lisonjera amistad de quienes no la hubiesen acordado de seguro á quien no trajese el sagrado de su hogar, el respeto del huésped y el corazón limpio. Ví en torno mío á hombres plenos y buenos de la América. Y gocé, porque honran y sirven á su pueblo los que, aun fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad á sus ideales. Sólo de un modo puedo responder á esta merced grande: y es pedir á Vd. y á mis amigos de Costa Rica que me permitan servirla como hijo.

Nunca olvidará á su amigo Víquez su

José Martí.

Patria, Agosto 6 de 1902.

POESIAS Y ARTICULOS DE ARSENIO EZGUERRA

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

POESIAS Y ARTICULOS DE ARSENIO EZGUERRA

Los que en New York hablamos castellano queremos muy bien, de tiempo atrás, al distinguido colombiano Nicolás Ezguerra, que se ha dado todo á su país y fuera de él vive enamorado de sus libertades. De él es el patriotismo ardiente, el juicio que lo doma y encamina, y aquel amor americano por donde vino á ser presidente natural y justo de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de New York, cuya responsabilidad fuera en verdad grave, en estos años de eco universal, si no los aprovechase en enseñar nuestra América ante ésta otra con el poder y originalidad indispensables para asegurar, en la ocasión solemne, el respeto de un país como el del Norte, propio y fuerte, que ha de tener en menos, con razón, á los pueblos limosneros y arrimadizos. De la transfusión de la sangre mueren los enfermos, cuando no es sangre afín. Y Ezguerra no es de los que se quitan del ojo la luz natural y se ponen de chispa un botón de Edison.

Ni era así Arsenio Ezguerra, el hermano muerto de Don Nicolás, sino un poeta de estilo directo y sano corazón, cuya ingenua fe católica no tuvo tiempo de ensancharse y compararse con las demás varias formas de la fe del mundo, y en cuya literatura luce aquel limpio natural del ingenio de Colombia, que sabe poner el fuego de las costas en la serenidad de las montañas.

Patria debe al proscripto Don Nicolás el tomo de versos de Arsenio Ezguerra, el cual prologa una buena carta literaria de Medardo Rivas,

donde se muestra con el ejemplo, como mostró el poeta malogrado, que para ser elocuente y nuevo en español no es necesario beber los rufianismos del siglo de oro en la copa retorcida de los neo-castizos castellanos, ni ponerse á la ubre seca de París, á sorber, á pura mueca, la última sangre.

De lo genuino del carácter del poeta da prueba su gusto por el Génesis y los Evangelios, donde es ciego quien no halle mucha joya de literatura, y de que él sacó bellas paráfrasis. Su ancho corazón se ve en sus simpatías por Heine como por Florian, y por Lamartine como por Schiller, donde quiera que halló naturalidad y hermosura. Y es lástima, en verdad, que muriese joven un artista que halló en la sencillez y orden del mundo la poesía verdadera y la puso en estrofas sonoras y naturales.

BIBLIOTECA CENTRAL

FEDERICO PROAÑO, PERIODISTA

Patria, Septiembre 8 de 1894

BIBLIOTECA CENTRAL

FEDERICO PROAÑO, PERIODISTA

"Anoche dejó de existir nuestro queridísimo amigo Federico Proaño; tengo el alma desgarrada; ¡usted sabe que lo queríamos tanto!" Así anunció José Joaquín Palma, el poeta cubano que sólo ama á los justos, la muerte del incisivo periodista ecuatoriano á Joaquín Méndez, luchador de los buenos por la América criolla y definitiva. Y así era Proaño, que salvó el fresco ingenio de la fatiga y vergüenza del periodismo de oficio en las repúblicas rudimentarias. Es América la taza enorme, hervidero nuevo de las fuerzas del mundo, que llevan á las espaldas unos cuantos héroes y unos cuantos apóstoles, comidos, como de jauría, de todos los egoístas cuyo reposo turba la marcha de la santa legión; la pelea eterna del vientre contra el ala. A veces el censor tacha, como pudo tacharse á Proaño, que el natural de Guayaquil, á quien echó un déspota á andar descalzo sobre breñas y torrentes por el destierro hasta el Perú, halle mal lo que la tiranía trama en el Perú ó el Salvador, y diga su censura, con ira y con fuego, en la tierra extranjera; pero en América, á mirarlo bien, el único extranjero—imperante aún por la fuerza de su ordenación y terquedad de agonía de la teocracia que lo fomenta—es el espíritu de amo, ridículo y aborrecible y deshonroso espíritu, que aun nos queda de los tiempos viejos. El descendiente de un presidiario de Palos, de un matón de Flandes, de un mercenario de Nápoles, de un machetero de Aviñón, se cree, por rara heráldica y ma-

BIBLIOTECA CENTRAL

ravilla del blanco pigmento, superior al inca y al chibcha, al criollo quemado por su sol nativo, al hijo del pueblo robado y asesinado, á su propio hijo. Las autoridades se buscan y se ayudan; los de alma de amo se juntan; la iglesia, que bebe málaga y se echa sobrinos, mantiene á los volterianos redomados que en público fungen de carmelitas y domínicos, para que con el consejo á las almas le ayude el clero, en premio del respeto y la paga de la oligarquía agradecida, á poder y mandar sobre las clases inferiores,—que ya serán iguales y felices en la claridad del cielo!

Con estas desvergüenzas se ha estado gobernando á la América. Es necesario cambiar. Venérese á los hombres de religión, sean católicos ó tarahumaras; todo el mundo, lacio ó lanudo, tiene derecho á su plena conciencia; tirano es el católico que se pone sobre un hindú, y el metodista que silba á un católico. Hállenos de escudo suyo el criollo á quien se impida negar, y el católico á quien se impida afirmar. El hombre sincero tiene derecho al error. El gobierno es la equidad perfecta y la serenidad; y á quien merme facultad alguna de las que puso en el hombre la naturaleza, ¡guerra como la de Proaño, guerra de día y de noche, guerra hasta que quede limpio el camino! Cuando se va á un oficio útil, como el de poner á los hombres amistosos en el goce de la tierra trabajada,—y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo,—si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño á un lado, ó se le abre en dos, y se pasa; y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino. El hombre no tiene derecho á oponerse al bien del hombre. Esto es lo mismo en Lima que en Quito, y en Guatemala que en San José; quien ve al hombre mermado, pelee por volverlo á sí, como Proaño peleó. Eso sí: si ha de ofender por la paga, ó porque le manda el anfitrión ofender, rompa la pluma pura sobre la

mesa vil; se puede defender la libertad, pero de la defensa de ella no se ha de sacar pretexto para vivir de tábano ó de turiferario. Sin embargo, la pelea es tremenda; Proaño tendría á veces, con tal de que no le faltase pan ó cátedra, que defender, con la pasión de los pueblos primerizos, á amigos lerdos ó culpables. Es culpable el que ofende á la libertad en la persona sagrada de nuestros adversarios, y más si los ofende en nombre de la libertad. Pero no hubo mucha pluma, por lo castiza é intencionada, por lo liberal y fecunda, por lo magistral y fresca, por lo aguda y revoloteadora, como la de Federico Proaño.

El hombre anduvo por la América Occidental, con la pluma á cuestas. Caía en un país, Perú ó Costa Rica ó Salvador ó Guatemala, y ya, Fígaro y Veuillot, iba la pluma ampollando. No podía él vivir sin la letra impresa. Todo, hasta el pecado, por el pensamiento libre. Corona á la idea, no coronilla. Quien desame la mala religión, la despótica é intrusa, hasta el derecho tendrá de pagarle la pluma; ¡esos son los servicios de la guerra! Proaño, en *La Nueva Era,* azota á García Moreno, que lo destierra por el desierto, gran maestro de literatura, y lo echa á padecer, que es cátedra magna. En Bogotá publica su *Times,* tamaño como un colibrí, y lo ama Adriano Páez, que fué alma de mieles, y escribe en su pro Montalvo, que fué gigantesco mestizo, con el número de Cervantes y la maza de Lutero. En Costa Rica creyó que había que barrer, y publicó *La Escoba,* y *El Otro Diario* y *El Maestro.* Por los Altos vivió en Guatemala, donde Palma lo quiso, y publicó, siempre ameno y picante, *El Diario de Occidente.* Reía, no sin amargura; y en verdad su risa era como la vaina de los sables, toda lustre por fuera, y plata ú oro donde juega el sol, y dentro rugosa sombra. Risa es crítica. Pero Proaño no podía ver pájaro preso sin darle libertad; ni castigar á una bestia sin tundir á quien

la castigase; ni merma alguna del hombre, sin que se le encrespase la pluma, como al quetzal, de ojo de oro, cuando se ve la esclavitud encima. El bravo Eloy Alfaro, que es de los pocos americanos de creación, lo nombró, cuando triunfó con él en el Ecuador la libertad, Ministro de Hacienda. De diputado á Guayaquil no quiso ir, porque "aquello iba á ser un concilio." Para los enemigos del albedrío del hombre, y de su franco empleo en América, no tenía más que uña y diente. Y su pluma, fina y fuerte, esbozaba de un rasgo, iluminaba de un revuelo, clavaba de un picotazo, se abría, como en dos alas, ante las majestades del hombre y de la Naturaleza. Duerma el ecuatoriano en suelo guatemalteco, donde lo amó un poeta cubano. Es una la América.

CECILIO ACOSTA

Revista Venezolana, 15 de Julio de 1881.

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

CECILIO ACOSTA

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto á la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes é imitarlas es el único homenaje grato á las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo ver morir, en lo más recio de la faena, á tan gran trabajador!

Sus manos, hechas á manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fué casa; su patria, aposento; la Historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores cosas de familia que le piden llanto. Él lo dió á mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla á los que no la poseen; y se le tenía á mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir á agasajos." Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da á los hombres es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza á poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra. Negó muchas veces su defensa á los poderosos; no á los tristes.

A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

Él no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda y lo dejan que vuele, para hacer lugar á otro, como si no hubiese á la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes veíanse en su torno; ni se veían, ni las tenía. Allá en un rincón de su alcoba húmeda se enseñaban, como auxiliadores de memoria, voluminosos diccionarios; mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y á la mano la página precisa; por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que, no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, á modo de caudaloso río de ciencia, virtiese con asombro del concurso límpidas é inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado á pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno, como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor á los hombres y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos. Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan y como los soldados de la inteligencia; y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan y como los legisladores de la mente. Él desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscara el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor á las leyes generales y su perspicacia asombrosa para asirlas no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar á legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae y nada le ciega. La antigüedad le enamora y él se da á ella como á madre; y como padre de familia nueva, al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo; sino que, para hacer mejor el vino, lo echa á bullir con la substancia de la vieja cepa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie—¡singular energía, á muy pocos dada! —ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. "La antigüedad es un monumento, no una regla; estudia mal quien no estudia el porvenir." Suyo es el arte, en que á ninguno cede, de las concreciones rigurosas. Él exprime un reinado en una frase, y es su esencia; él resume una época en palabras, y es su epitafio; él

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una sola frase: "en pueblos como los nuestros, que todavía, más que dan, reciben los impulsos ajenos." Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. Él conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es á la par historiador y apóstol, con lo que templa el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, á lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclina á dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aníano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindasvinto le fué tan familiar como Cambaceres; en su mente andaban á la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suavia y el proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortalezas; y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda é hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amorosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía á ellos con ahinco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años y ya había comentado en numerosos cuadernillos una obra en boga entonces: *Los Eruditos á la violeta*. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de Métrica. Se aplicaba á las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física y logra un título de agrimensor. La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual á grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas ó peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para la vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se obscurezca; y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quién lo dijera, que lo vió vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dió, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura á los pueblos y refrena á los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fué la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos: mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El

BIBLIOTECA CENTRAL

Teatro de la Elocuencia de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él, encogido de carácter, y como él, terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no le dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura y en lo profundo y vario de su ciencia. Lee ávido á Mariana, enardecido á Hernán Pérez, respetuoso á Hurtado de Mendoza. Ante Calderón se postra. No halla rival para Gallegos y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydon, y Acates; él supo la manera con que Horacio llama á Telephus, ó celebra á Lydia, ó invita á Leuconoe á beber de su mejor vino y á encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propercio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebataba y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado; no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas. Huele á mirra y á leche aquel lenguaje, y á tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, ó las *Obras y Díaz*, ó el *Sí de las niñas*, era para hojear á Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlo Magno á Thibadiau, de Papiniano á Heineccio, de Nágera á las Indias.

Las edades llegaron á estar de pie y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro; así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras,—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso á las épocas y fallan en justicia. Él ve á los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres; él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente; él estudia á Alejandro y Aristóteles, á Pericles y á Sócrates, á Vespasiano y á Plinio, á Vercingétorix y á Velleda, á Augusto y á Horacio, á Julio II y á Buonarrotti, á Elizabeth y á Bacón, á Luis XI y á Frollo, á Felipe y á Quevedo, al Rey Sol y á Lebrun, á Luis XVI y á Nécker, á Washington y á Franklin, á Hayes y á Eddison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un montepío; deja las Capitulares de Carlo-Magno, hace un epitafio en latín á su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente á la memoria de Ochoa, á Campoamor y á Cueto, y antes de que cierre la noche—que él no consagró nunca á lecturas—echa las bases de un banco, ó busca el modo de dar rieles á un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y obscuros labriegos; y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo la mies rica y la ofrecen en bandejas de libros á los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fué un abarcador y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, á alguno de

entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, á dar juicio; mas ¡ay! que á estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel á quien encargaron de su beneficio y dejaron atrás en el camino les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera á los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa; ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, á la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva: en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, "lo práctico y tangible": las reglas internacionales, que son la paz, "la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos"; la Economía Política, que tiende á abaratar frutos de afuera y á enviar afuera, en buenas condiciones, los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno; "el progreso es una ley individual, no ley de los Gobiernos"; "la vida es obra". Cerrarse á la ola nueva por espíritu de raza, ó soberbia de tradición, ó hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar á la tierra, amarse, he aquí la faena: "el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja". Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: "la conciencia humana es

tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina". Simplifica, por eso ahonda: "la historia es el ser interior representado". Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia; él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo; él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha á sí mismo: "los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, á humedecer todos los campos". "La luz que aprovecha más á una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde". Quiere á los americanos enteros: "la República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud". Mas no quiere que se hable con aspereza á los que sufren: "hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura". De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "el cristianismo es grande, porque es una preparación para la muerte". Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: "y si han de sobrevenir decires, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan á uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión".

Más que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

regir. Filangieri le agrada; con Rœder medita. Lee en latín á Leibnitz, en alemán á Seesbohm, en inglés á Wheaton, en francés á Chevalier; á Carnazza Amari en italiano, á Pinheiro Ferreyra en portugués. Asiste á las lecciones de Blüntschlí en Heidelberg, y en Basilea á las de Feichman. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello acendra su juicio; con todos suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. Él pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra, y el Comité de Amigos de la paz, donde habla Stürm. Él piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada á darnos fuerza para ir descubriéndonos á nosotros mismos,—lo que urge, y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los congresos anuales de Lorimer, ó el superior de Hegel, ó el Areópago de Blüntschlí. En 1873 escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fiera al hombre; ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos y en sus menores detalles con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancias, de propiedad privada: de tanto sabe y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste á los congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten; y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente, con el Instituto de Derecho Internacional, nacido á

quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía; que, luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira ó atildar un serventesio, abre á Lastarria, relee á Bello, estudia á Arosemena. La belleza es su premio y su reposo; mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón á expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquélla, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas ó de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Esquilo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitre; ya lloraba con Shakespeare y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehová al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña; aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviese confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no le hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes, y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba á su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles,—fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecía bál-

BIBLIOTECA CENTRAL

samo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa á lo absoluto y forma visible á lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen; ó como escritos en las nubes, porque es fuerza subir á ellas para entenderlos; y allí están claros. Y es que, quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar; hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, á una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya á menos tratar los publicistas! Otros van por la vida á caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba á pie, como llevado de alas, defendiendo á indígenas, amparando á pobres, arropado en su virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no le vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa; no es mucho decir que fué de virgen su decoro y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: "Lo que yo digo, perdura". "Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe". Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle; no se veían manchas de lodo. Descuidaba

el traje externo, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia á costa de su fortuna; si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra; deseaba la holgura, mas por cauces claros; se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines ó intereses sórdidos, que espantan el alma, sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! El era "hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonrosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro". Cuando imaginador, ¡qué vario y fácil! como que no abusaba de las imaginaciones y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado, ¡qué expresivo! su enojo es dantesco; sano, pero fiero; no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor; que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo. Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. En su estilo se ve cómo desnuda la armazón de los sucesos, y á los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no

BIBLIOTECA CENTRAL

contadas en los diccionarios de la Academia, que envió á ésta como en cumplimiento de sus deberes y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas *La Danza de la Muerte,* y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, ó el entremés de los olivos. Nunca premio fué más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de académico con que se agasajó á Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero; y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que á la Península debemos y aún nos roen, y hacer enormes, para agradarla, beneficios efímeros; sino que, sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, á quien nada parece bien para su dama. ¡Cuán justo fué aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente, del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡y aquella madrecita llena toda de lágrimas, que salió á los umbrales á abrazarle, y le dijo con voces jubilosas: "Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura!" Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática ó estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes,

hablaba de altas cosas, á la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, á este lado y aquél de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe y empleo de la noble señora, á cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta á otras conmovedoras que le escribió, en son de pésame, Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se encelaba del ajeno mérito, antes se daba prisa á enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual á su generosidad; era él un padre de la Iglesia, por lo que entrañaba á ella, sabía de sus leyes y aconsejaba á sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda un anciano arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde! sus palabras, que—con ser tantas, que se rompían unas contra otras, como aguas de torrente, — eran menos abundantes que sus ideas, daban á su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso, y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun, visto de lejos, ¡era tan imponente! su desenvoltura y donaire cautivaban y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza; seducía el oído su lenguaje; ¡qué fortuna ser niño siendo viejo! esa es la corona y la sanidad de la vejez. Él tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fué justo con

los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen ésta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que, sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. Él era querido en todas partes, que es más que conocido y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, le veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos; Perú, cuya desventura le movió á cólera santa, le leyó ansiosamente; de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos á estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia; el premio de Francia le venía ya por los mares; en Italia era presidente de la Sociedad Filelénica, que llamó estupenda á su carta última; el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre; "acongojado hasta la muerte" le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males; luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó ó cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita obscura, desnuda de muebles como él de

vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba á la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoroso, gala del valle, de la Naturaleza y de su casta vida. Lo vió todo en sí, de grande que era!

Este fué el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró á lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió á la Tierra y amó al Cielo. Quiso á los hombres, y á su honra. Se hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida á su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron á su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

ELOY ESCOBAR

El Economista Americano, Febrero 1888.

BIBLIOTECA CENTRAL

ELOY ESCOBAR

Cansado, acaso, de hacer bien, ha muerto en Venezuela Eloy Escobar, poeta y prosador eximio y tipo perfecto del caballero americano. Hasta el modo de andar revelaba en él benevolencia é hidalguía, porque iba como quien no quiere ser visto, ni tropezar con nadie, y por junto al poderoso pasaba como si no lo viese, no junto al infeliz, para quien salía á pedir prestado. Se entraba en sus paseos de mañana por las casas amigas, llevando á todas rosas con su palabra, que parecía ramillete de ellas, y luz con su alma ingenua, que acendró en la desdicha su perfume; era como una limpia vela latina, que al fulgor del Sol, cuando parece el Cielo acero azul, va recalando en las ensenadas de la costa. Aunque hombre de muchos años, tuvo razón para poner cierto afán en esconderlos, porque en realidad no los tenía. Era esbelto y enjuto, de pies y manos finas y vestir siempre humilde; los espejuelos de oro no deslucían la mirada amorosa y profunda de sus ojos pequeños; ostentaba su rostro aquella superior nobleza y espiritual beldad de quien no empaña la inteligencia con el olvido de la virtud, que se venga de quienes la desdeñan negando al rostro la luz que en vano envidia la inteligencia puesta al servicio del poder impuro. Era pálido, como su alma: "Musa mía de mi alma—que en mi alma vives,—tú sabes que yo te amo—porque eres triste;—porque tu lira—tiene todas las cuerdas—de la elegía". Le caía sobre el pecho en bosque la barba.

BIBLIOTECA CENTRAL

Fué de aquellos hombres excelsos á quienes el nacer en condición favorecida no estorba á conocer el derecho del humilde; ni la mente postiza que la cultura rudimentaria y falsa de las universidades y los dejos de la historia echan en los pueblos de Hispano América sobre la mente natural, pudo entibiar nunca en aquel hijo de una casa ilustre el sano amor á la Naturaleza, que le revelaba el secreto del heroísmo americano, sin buscarlo en Gonzalos ó en Cides, y le guió á estudiar de preferencia aquellos griegos que, más que los latinos, la conocieron y cantaron, y aquel Luis de León, que, por lo ingenuo del sentido y la forma, le parecía maestro cabal, de quien los que ven poco tienen á Escobar por mero imitador, cuando lo que quería él, enamorado de la poesía nueva de América como de la gracia libre antigua, era "promover una feliz y concertada unión entre la literatura erudita española y la nuestra, tan desmayada de aquel vigor olímpico, y escasa también de los giros de una sintaxis más flexible y fuerte, y de tantos nobles vocablos que ya damos por seniles inconsultamente, y modos y frases adverbiales, y partículas que, como blanco aljófar, esmaltan la elocución poética de los príncipes del parnaso español, y tantas bellezas, en fin, y figuras y galas retóricas preciosas. "Así es como pudo decir, celebrando en la lira de Fray Luis la novela india *Anaida,* de José Ramón Yepes:

"Y vuelva á la memoria
De la presente edad, el ultrajado
Inca de infausta historia,
El cacique esforzado
Y el dolor de aquel pueblo aun no llorado."

La gracia, el infortunio y la virtud eran sus musas; y su don especial el de ver la elegancia del dolor, acaso porque llevaba el suyo como lleva el caballero de raza el guante blanco. De las flores, la violeta y la adelfa; del día, el crepúsculo; de las fiestas, la mañana de Pascuas; de los sucesos del mundo, jamás canta al amigo encumbrado, sino al que muere, ni al que llega, sino al que se despide; va por las calles siguiendo con el alma ansiosa la nube que se deshace ó el ave que dsaparece, y encuentra siempre modo nuevo, y como fragante, de comparar la pena humana á la de la Naturaleza, y sacar de ella el consuelo. Anticuaba sus giros de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas, ó contra ese pampanoso estilo de la prosa heroica y altisonante que en nuestras tierras, so pretexto de odas y de silvas, ha llegado á reemplazar aquel candor, esencia y música, breves por su misma excelsitud, que son las dotes de la legítima poesía. Él quería labrar ánforas de oro para guardar el aroma del amor, veteado de sangre como los jacintos, y la gota de rocío, y la de llanto. No rehuía la pompa; pero había de ser esa que trae como ornamento propio la grandeza, y se trabaja años para que pueda durar siglos. Es su poesía como mesa de roble, de aquellas macizas y sonoras de la vieja hechura, donde se hubiesen reunido, por capricho del azar, una espada de 1810, un abanico de concha y oro con el país de seda y un vaso de flores.

No era de los que, deslumbrados por la apariencia multiforme de la sabiduría moderna, acaparan sin orden y de prisa conocimientos de mucha copa y escasa raíz, con lo que por su peso excesivo se vienen á tierra, como esos árboles de pega que suelen clavar en las calles de los pueblos los días de fiestas públicas, para que parezca alameda lo que no tiene álamos; antes era Escobar de los dichosos que entienden que sabe más del mundo el que percibe su belleza y armonía moral que el que conoce el modo de aparecer, li-

diar y sobrevivir de las criaturas que lo habitan. Ni era de esos literatos de índice y revista, muy capaces de refreir en sartenes lustrosos materiales ajenos, pero menos conocedores de la belleza verdadera, y menos dispuestos para gozarla que los que, como Escobar, estudiaron la literatura con maestros depurados en el griego y el latín, no para copiar, como los que calcan un dibujo, sus imágenes, órdenes y giros, sino para aprender, como con lo griego se aprende, que sólo en la verdad, directamente observada y sentida, halla médula el escritor é inspiración el poeta.

Así se iba él, recordando y soñando, por aquel valle real, más bello que los de Claudio de Lorena, en que levanta, á la falda del Avila azulado, su pintoresco caserío Caracas; ó "de codos en el puente," como Milanés, pasaba horas mirando á las hondas barrancas del Anauco juguetón, que corretea por entre la ciudad, vestido de flores, como un pastor travieso; ó engañaba los domingos en paseos amables por las cercanías, recordando, del brazo de un amigo, las hazañas de Páez, ó los discursos de aquel otro llañero Sotillo, que no sabía hablar al pueblo sino á caballo y con la lanza, ó los días de oro en que su amiga Elena Hahn, como aquella maga que sacaba flor con su mirada al ramo seco, reunía á sus pies el ingenio, el valor y la poesía, de cuyas fiestas y certámenes hablaba Escobar con la ternura con que el amante respetuoso alza del fondo del cofre de sándalo el ramo de violetas secas. Y fué lo singular que en aquella alma fina, tan mansa en la ternura como magnífica en la indignación, residían por igual, como en todo hombre verdaderamente superior, la poesía y el juicio, y la misma florida imaginación que compuso cuadros magistrales en la "Elegía á Vargas," ó en la "Lira" al caballeresco Carlos Madriz, adivinaba con tal viveza los móviles de los hombres y el poder del interés en sus actos, que en el oficio de

corredor á que lo llevó la fortuna no había quien combinase una proposición de remate de la deuda con más habilidad, ni comprador más cauto ó consejero más feliz que este insigne poeta.

Pero lo que ganaba en este oficio, ¿llegaría á manos de aquellas hijas que eran la corona de su vejez, ó se quedaría al paso en las manos de un amigo? En las del amigo solía quedarse, aun cuando no fuese menos la necesidad en la casa propia, donde, sin recordar lo que había dado, se preparaba, dando paseos y recitando versos, á salir vencedor sobre los negociantes de oficio en el remate de la tarde. Y era de ver cómo, cuando sentía el alma á sus anchas, padecía hasta llorar por las desdichas de sus amigos: "¡Que en esto se vean estas almas de príncipe!" "¡Que este hombre, que es la misma virtud, tenga que empeñar en su tierra el reloj para comer!" "¿Qué somos, sino sombras, los que no hemos tenido miedo á ser honrados?" "¡Me habría muerto ya de la tristeza que veo, si no fuera yo como los árboles, que tienen el corazón en el tronco!" "¡Busco, sí, busco, en emociones locas y ligeras, la satisfacción del anhelo mortal de la hermosura y el olvido de la pena pública!" "¿A tal? Sí, conozco á Tal; es como aquellas malezas que son por de fuera todo fragancia y verdor, y bajo cuya mentida lozanía, replegándose para saltar sobre el viadante con más fuerza, se esconde la serpiente." "Cuando entré en las bóvedas á ver á Heraclio Guardia, me parecía que se pegaban á la frente dos alas de buho." "¡Vengan, hijas mías, vengan á decir adiós á este huésped que se nos va de nuestra tierra; y denle para que se lleve lo mejor que tengamos!" Y la hija mayor entró en la sala conmovida, trayendo en las manos una caja de nácar. ¡Así eran, ¡oh Carmen! los versos de tu padre! ¡así, pura en la adversidad, fué su alma egregia!

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL

DISCURSO

pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela, en 1892.

BIBLIOTECA CENTRAL

DISCURSO

pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela, en 1892.

Señoras, señores:

No con la voz penosa de quien vive aún en la fatiga de los primeros días de América, puesto que sólo se han de contar en un pueblo los días que nacen de aquel en que se sacudió de la frente la corona extraña; no con la voz caída de quien, hasta por el cuerpo ruin, padece de envidia de aquellos cíclopes que escalaron el cielo y se trajeron de él la banda azul que abrió en dos, para siempre, el antiguo pabellón; no con la voz desmayada de la enfermedad tenaz, sino con acentos que fueran á la vez como fragor de rayo y como música de seda, quisiera yo sacar del relicario de mi pecho aquella tierna reliquia de la pasión que guardo en él para el pueblo que á la hora de la libertad puso en sus hombres la fuerza de los ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu y el fuego y el estrépito con que arrancaron de los senos de la tierra sus montañas; para el pueblo que pone en sus mujeres al alma nacarada y aromosa de su flor de café.

Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la Naturaleza;

de venerar como hijo á la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero á nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo á la república donde las almas, á modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente á frente, para quien les pellizca la dignidad ó les rebana la tierra del país, y para el que de afuera va á pedirles techo y pan son todas puño de oro.

Duermen tal vez otros pueblos,—que es cosa que no se ha de hacer, porque hay siempre pueblos que acechan y vigilan,—duermen otros pueblos tal vez, entretenidos en comadrear por las ventanas ó en descascarar el maíz, sobre una gloria que sólo tiene derecho á recordar quien la cultiva y continúa; y suele uno que otro americano,—por el anhelo codicioso de las pompas y bienes del mundo, ó por aturdimiento fácil ante las maravillas ajenas, acaso más viciadas que seguras, ó por el horror natural de los trastornos y la sangre, ó por impaciencia mal aconsejada de progresos superficiales é inmaturos,—proclamar más pesada de la cuenta, ó abandonar á la lluvia y el polvo del camino, la patria que sus padres sublimes les confiaron, para obtenerle del Universo indiferente la paz del respeto, y librarla del desdén peligroso con que miran á las almas entecas los creadores y fuertes de este mundo; ¡pero á Venezuela, como á toda nuestra América, á nuestra América desinteresada, la hemos de querer y de admirar sin límites, porque la sangre que dió por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla! ¡Proclamemos, contra lacayos y pedantes, la gloria de los que en la gran labor de América se van poniendo de quicio y abono para la paz libre y decorosa del continente y la felicidad é independencia de las generaciones futuras!

Fué un día en que de la tierra, como la Naturaleza de los llanos después de las lluvias, surgieron, á medio vestir, los héroes que descansaron de la cabalgata en el alumbramiento de Ayacucho; ¡y allí las margariteñas fueron de más valor que las perlas de la Margarita, que á cestos vaciaban, sin fatigárseles las manos, en el tesoro de la libertad, siempre mendiga en sus primeras horas; y allí, con sus manos blancas y afiladas, como la fragante reina de la noche de su jardín, á su hermano imberbe armaban caballero, de la caballería que no vuelve la espalda sino como en las Queseras, aquellas magníficas barcelonesas, torres de alabastro; y con las valencianas de hospital y reserva, daban el frente á los demonios montados de Boves los espectros de lanza y cinturón que defendían á Valencia invencible; y "con los escarpines de raso" y el incendio de la patria asolada en las mejillas, salieron de sus flores y naranjos á la tiniebla de la emigración, como el jacinto teñido de sangre, las finas caraqueñas! Y allí se abrazaban los hombres á la pólvora, y el sol ante su luz palidecía de celos; y volvió á ser que los hombres á pie firme anduviesen y triunfasen sobre las aguas de la mar; y le cortaron á Ribas la cabeza del gorro frigio y la mano inmortal con que señala su camino á América!

Luego fué el día—porque el drama de la sangre tiene siempre más de un acto—en que, con el calor de la libertad novel en las regiones apartadas de propósito por la malicia colonial, ó enemistadas por los celos de predominio ó las diferencias de cultura, las armas criadas en la pelea contra el opresor se emplearon en acomodar, con la prisa pródiga de la juventud, las entidades que la distancia y la emulación no han podido dividir tanto como las ha juntado al cabo el patriotismo. Y con los métodos violentos que eran de naturaleza en un país sanguíneo y brillante, venido al gobierno propio sin el conocimiento ni

BIBLIOTECA CENTRAL

costumbre de las prácticas despaciosas y rutinarias de la libertad, precipitó Venezuela generosa, á saltos armados, la amalgama indispensable para la fundación de un pueblo,—por la ley de los árboles nuevos, que tienen el corazón muy cerca aún de la corteza, y no por la impotencia inherente que los débiles ó los ignorantes creen reconocer en esto que no es más que el cumplimiento útil é inevitable de un simple trance histórico. ¡Héroes tuvo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del Sol, en la pelea sobrenatural de la independencia! ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes é inconmovibles de una verdadera república!

¡Y entonces fué la miriada de los méritos: de los llaneros que se amoldaban á la presidencia; de los maestros canosos que hacían del pecho trinchera del civismo; de los magistrados que volvían del sitial de la nación á la silla de la cátedra; de los coroneles á quienes no les salía el discurso á la multitud sino cuando estaban á caballo, con la lanza en su bota; de los patricios que, en el continuo choque de la mezcla urbana y postiza de la civilización de Roma y las de Francia y los Estados del Norte, con la civilización burda y real que caía de las regiones naturales del país, hallaron tiempo para exponer los cánones del mundo nuevo y de la literatura constante en aquella lengua que crece con los años, como el aroma del vino generoso; para cantar la Naturaleza y los afectos en una poesía que mantuvo siempre,—aun en la época en que el fuego patriótico parecía tener su forma propia en las importaciones románticas, aun en los días en que el afán de la emancipación definitiva llevaba á tomar los modelos franceses de sus mismos imitadores españoles,—aquel orden ameno y encendida moderación por donde en las letras de América tiene aire como de rosa entre flores la literatura venezolana. Entonces fué cuando, con los vaivenes de la fortuna en aquellos años de subir y de caer, se enseñó en sus quilates mayores el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro, y en las quintas del valle hace olvidar, con su gracia elocuente é ingenua, los tornasoles y hermosuras que de todas partes reclaman los ojos en aquella soberbia naturaleza, y en los paseos de la plaza florida viene y va como la misma flor, con su elegancia y su finura, á quien el jardinero ha dado asueto para travesear por los jardines.

Y hoy es el día de la grandeza más difícil, en que los que reciben de sus padres, en el carácter ya hecho á la realidad y á la disciplina, el país más compacto y adulto, han de ordenar, como están ordenando, las fuerzas nacionales, descascaradas en la larga trilla, y han de evitar, como están evitando, la suerte que en el mundo que avanza ha de caber á los pueblos que no se deciden á avanzar con el mundo; hoy es el día de trabajar y de juntar, en que una juventud que pide al empleo directo y al estudio de los problemas propios la paz dichosa que jamás vendría de ideas de afuera ni de amistades artificiales, ni de la creencia impropia y enervante en la irremediable superioridad ajena, entiende acaso que entró ya la América en aquella hora de alma eficaz y común en que se cumplirá por fin el angustioso anhelo, el deseo profético y mortal, de aquel cuyo nombre no se ha de decir, porque con evocarlo sólo ya las almas se subliman y elevan; del que por las astas tomó á la Naturaleza, cuando la Naturaleza se le oponía, y la volcó en tierra; del que cuando pensó en "poner una piedra fundamental para la libertad" en América, no

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

la pidió para la libertad de Venezuela, sino para la libertad sudamericana; del que murió del afán devorador de alzar á tiempo, con un siglo de tiempo, las energías que al cabo de él habría de necesitar para su salvación, en la batalla esencial y evitable, el continente que se sacó de las entrañas.

Ni de soberbia, ni de ambición, ni de despecho murió el hombre increíble que acaso pecó por todas ellas; sino del desacuerdo entre su espíritu previsor, turbado por aquella misma viveza de la fuerza personal que lo movía á las maravillas, y la época de distancias enemigas y de civilizaciones hostiles, ó incompletas y ajenas, ó aborígenes y degradadas, que juntó él mismo á vivir; del desacuerdo murió entre su concepto impaciente y original de los métodos de creación de un país á ningún otro semejante, y los conceptos, más influyentes á veces que sinceros, de los que en la misma libertad prefieren el seguro de la canongía á las emociones costosas y saludables de las labores de raíz; murió de la lucha, por entonces inútil, entre su idea continental con las ideas locales, y de la fatiga de conciencia de haber traído al mundo histórico una familia de pueblos que se le negaba á acumular, desde la cuna, las fuerzas unidas con que podía, un siglo más tarde, refrenar sin conflicto y contener para el bien del mundo las excrecencias del vigor foráneo, ó las codicias que por artes brutales ó sutiles pudiesen caer, arrollando ó serpeando, sobre los pueblos de América, cuando levantasen por su riqueza un apetito mayor que el respeto que hubiera levantado por su odio y auxilio. ¡Y su cubrió el grande hombre el rostro, y murió frente al mar!

Me lleno de júbilo y de orgullo al ver cómo, en la casa de la nieve, hemos tallado el altar donde se comulga en la amistad discreta y entrañable de los pueblos de nuestro continente. Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen á poner las almas, atónitas aún de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, á los que, de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

PAEZ

El Porvenir, 11 de Junio de 1890.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

PAEZ

Con homenaje digno de él despidieron los Estados Unidos, hace poco, los restos del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó á Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró diecieséis años. En parada solemne fué escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regimiento de Milicias al muelle de donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe á Venezuela. Abría la parada la policía á caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída á un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria: la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban el séquito con sus pañuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga

de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva iba Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches, con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorkinos é hispanoamericanos. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en las dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando á sus compatriotas que, "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas." En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7º Regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos. "Cerca, mi Dios, de ti!" tocaba la banda á un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro á la lancha, en hombros de ocho marinos. En fila la caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón, de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos.

Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en New York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero. Sus amigos de entonces son hoy magnates de la banca, columnas de la religión, cabezas de la milicia, candidatos á la Presidencia de la República. "Aun lo recordamos," dicen, "cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de las damas y del baile, sin que lo de general y presidente se le viera más que en algún gesto de imperio de la mano ó en alguna centella de los ojos." ¡Aun recuerdan al prócer arrogante que en las noches de invierno les contó las guerras increíbles de aquellos hombres que cargaban, como Sánchez, un cañón á cuestas; de aquellas mujeres, que decían á sus esposos, como la de Olmedilla: "prefiero verte revolcar en tu sangre antes que humillado y prisionero;" de aquellos ginetes que amansaban al amanecer al potro salvaje con que á la tarde iban dando caza, asta contra anca, al enemigo. Así quisieron sus amigos de antes despedir con majestad al que tantas veces les apareció con ella. Así honró á aquella lanza insaciable el pueblo que se opuso, por razones de conveniencia, á que coronara su obra.

* * *

Nadie comenzó su vida en mayor humildad, ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que aparecen, con el misterio de la vida, venir á los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Vió la luz á la orilla del agua el que había de librar en ella batallas de caballería, como en la tierra firme. Le enseñaron con sangre, en la escuela de la señora Gregoria, la doctrina cristiana y los palotes de Palomares; cartuchos de pulpería y panes de azúcar fueron sus primeras armas, cuando sirvió á su tío el pulpero de mancebo, y por la tarde le ayudaba á sembrar el cacaotal; pasó la mocedad de peón de hato, trayendo y llevando camazos de agua caliente, para que se lavase los pies el capataz de pelo lanoso que no veía con gusto su cabello rubio; á lomo pelado, sin más riendas que las crines, salió á la doma del potro salvaje, rebotando,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

mugiendo, salvando quebradas, echado al cielo, volando; escarmenaba cerdas para los cabestros ó echaba correas á la montura, en los pocos ocios que le permitía Manuelote, sentado en un cráneo de caballo ó en la cabeza de un caimán, que eran allí los únicos asientos; "yo no le pregunto si sabe nadar," le decía Manuelote; "lo que le mando es que se tire al río y guíe el ganado;" su comida era un trozo de la res recién muerta, asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza; cantó á la puerta de su novia, en los domingos y las fiestas, aquella poesía selvática y profunda que suele interrumpir el rival celoso con otra poesía, y luego con la muerte; y de pronto, así como los llanos chamuscados y sedientos, albergue sólo del cocodrilo moribundo y de la víbora enroscada, surgen á las primeras lluvias cubiertos de lozanía, fragancia y verdor, y el potro relincha, y el toro renovado se encela, y cantan los pájaros, esmeraldas aladas, y todo entona con estallidos y chispazos el venturoso concierto de la vida, así el alumno de la señora Gregoria, el criado de la pulpería, el que traía y llevaba los camazos, pone el oído en tierra, oye á lo lejos, convocando al triunfo, los cascos del caballo de Bolívar, monta, arenga, recluta, arremete, resplandece, lleva caballo blanco y dolmán rojo, y cuando se le ve de cuerpo entero, allí está, en las Queseras del Medio, con sus ciento cincuenta héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como á ganado perezoso, á las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río; se les va encima; los llama á pelear; les pica el belfo de los caballos; finge que huye; se trae á las ancas toda la caballería. "¡Vuelvan caras!" dice, y con poco más de cien, á la luz del Sol, que volvió á parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva á seis mil mercenarios, revueltos con el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza! Así venció en su primer pelea formal, en la Mata de la Miel; así en la última, trece años después, cuando aseguró la independencia del continente en Carabobo. "¡A vengar mi caballo!" dijo en la Mata, y se trajo sin ginetes, porque á lanzazos los sacó de las sillas, todos los caballos de López! "¡A vengar á mi negro Camejo!" dijo en Carabobo; carga con sus seiscientos, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas "las lanzas coloradas" y es libre la América.

* * *

Tres años sirvió de soldado durante la primera guerra, y cuando en sus filas no había llegado más que á sargento, en las del enemigo, triunfante en 1813, lo querían para capitán de caballería. ¿No era él quien desmontaba en un encuentro treinta ginetes? ¿el "tío," el "compadre," el "mayordomo" de los llaneros? ¿el que por generoso los deslumbraba, y por astuto, y por fuerte? ¿el que veía de una legua, clavaba de un saetazo al puerco montés, domaba al potro con mirarlo fijo, volcaba al toro de un tirón de cola? Pero él se escurre por un lado del monte, á ser capitán de los patriotas, que á poco se le cansan, y ya no son más que veinte, y luego dos, y luego él solo. Le quitarán la espada con engaño; ¡porque frente á frente, ni el pueblo entero de Canaguá se la quitaría! Lo cargarán de grillos en Barinas: "¡á mí los más pesados!" Lo habrían matado de noche, como á todos los presos, á lanzazos, si con sus ruegos y los de un amigo no ablandase el corazón del carcelero, que le quitó los hierros. ¿A dónde irá ahora Páez? ¡A buscar su caballo y sus armas, para venir, él solo, á rescatar á sus compañeros! "¡Quién vive!" le

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

grita la guardia. "¡El demonio, que pronto vendrá á cargar con ustedes!" Vuelve riendas. "¡Adelante!" grita á un batallón invisible. La guardia se echa por tierra. De un planazo se concilia al alcalde dudoso. Saca libres á ciento quince presos. Abre otra cárcel, llena de mujeres.

Y sin más compañero que un gallardo español que no le conoce, y á quien dará después su bolsa, como para castigarse por haber pensado en cobrar en él toda la ofensa de que viene lleno, sale otra vez, sin aceptar el sacrificio cierto del pueblo de Barinas, que lo aclama por jefe, á levantar el ejército allí donde la libertad está, más segura que en las poblaciones, en los llanos. En los llanos, leales al rey; pero él levantará ejército! Sus primeros soldados son cinco realistas que le intiman rendición. Luego saldrá al camino, puesto en apuros para demostrar á los cinco reclutas cómo es verdad que tiene por lo cercano una compañía, que nunca llega; topa con una banda de indios; los aterra; los hace echar al suelo las flechas; con todas ellas y los arcos ata un haz; y se lo lleva á la espalda, y entra en el pueblo con los indios presos. Con los llaneros que desprecia García de Sena organiza en Mérida su primera compañía; con los prisioneros de su teniente en Banco Largo monta los "Bravos de Páez;" con el aguardiente y su palabra enardece de tal modo á los indios de Canabiche, temerosos de la fusilería, que los indios, transfigurados, se pican la lengua con la punta de la flecha, se embadurnan el rostro con la sangre que les sale de la herida y mueren abrazados á los cañones. Cuando no tiene más, sale á campaña con tres lanzas y un fusil; pero si quiere caballos para la gente que se le allega, ¿no van montados los realistas? si le faltan barcas con que defender el río, ¿para qué están las flecheras españolas, que huyen á cañonazos corriente arriba? por eso escogió Páez de

pinta rucia los caballos de sus mil llaneros, porque los rucios son buenos nadadores. Ni los hombres, ni las bestias, ni los elementos le habrán de hacer traición; porque él, que al empezar la pelea cae á veces sin sentido de la silla por la fuerza con que le acomete el deseo de ir á recibir los primeros golpes; él, que en cuanto se ve solo ataca, y en cuanto ataca vence; él, que cegado por el combate se va detrás del enemigo con un niño por único compañero, mientras su tropa se queda atrás entretenida con el botín; él, que arenga á sus lanzas de este modo, en La Mata de la Miel: "¡al que no me traiga un muerto lo paso por las armas!;" él no humillará jamás á un bravo, ni se ensañará contra el vencido. Al pujante Sánchez sí lo sacará de la montura en el asta de la lanza, y como que, cuando lo tiene en tierra bajo la rodilla, "prorrumpe en palabras descompuestas é impropias del momento en que se hallaba," lo rematará de otro lanzazo; pero cuando un patriota sanguinario deshonra sus armas descabezando prisioneros indefensos, "ya al caer la quinta," no puede contener la indignación que le sofoca; pára al bárbaro; acude á su superior; defiende á los prisioneros delante de la tropa. "¡No; ni la más estricta obediencia militar," escribió luego, "puede cambiar la espada del soldado en cuchilla del verdugo!"

* * *

Así iba ya, de jefe suelto, algo más libre que al principio de jefes torpes y rivales celosos, á la cabeza de su gente de lanza que le adora, que le pára el caballo para pedirle lo que quiere, que le quita de las manos la lonja de carne que se lleva á la boca. Van por los ríos de noche, voceando para ahuyentar los caimanes; por los esteros cenagosos, sacando á pujos de brazos su animal ahogado; por los llanos encendidos, entre brotes de llamas, turbiones de humareda, bocanadas de

polvo. No hay más comida que la res que matan; y los soldados, sin sombrero y vestidos de pieles, se apean, lanza en ristre, á disputarse el cuero fresco. La banda sigue al paso, afilando el chuzo de albarico, asegurando al ástil con correas de cuero la cuchilla floja. Páez va delante, "descalzo y maltratado de vestido," con unas calzas de bayeta roídas hasta media pierna. Cruzan los ríos con las armas y la montura á la cabeza; al que no sabe nadar le hacen bote de un cuero; si la carga es mucha, con tiras sin curtir recogen los bordes de una piel, echan dentro lo pesado, y al agua van, con su caballo de una mano y la cuerda en los dientes. Al salir á un yagual, descubren á un hombre encuclillado, con las manos en la maraña del cabello, con la mirada fija en tierra; tiene á los pies, mondados, los huesos de su propio hijo. De cuando en cuando se encuentran, colgada en una jaula ó clavada en una escarpia, la cabeza de un patriota frita en aceite; un día, después de vencer, desclavan la cabeza de Aldao, y sale volando un pájaro amarillo, como su bandera, que tenía allí su nido!

¿Qué es Monteverde, qué es Calzada, qué es Correa, qué es Latorre, qué es Boves, qué es Morillo? Cuando aun tienen su plan en el cerebro, ya Páez está á sus talones deshaciéndolo. Adivina todas las vueltas y ardides del español y calcula con exactitud los movimientos que deben nacer de sus defectos y virtudes. Obedece á sus presentimientos, y se salva. Al azar nada fía y lo prevé todo antes de empeñar el combate; pero ya en él, no pierde un gesto. Improvisa recursos singulares en los instantes más comprometidos. Engaña al más astuto. Siempre le ocurre lo que el enemigo no puede prever. Lleva la carne muerta de tres días, para que no lo delaten los buitres que caen sobre la matazón reciente. Cada encuentro le enseña el modo de vencerlo. Su estrategia es original, pintoresca y sencilla. Sobresale en simular un ataque, y vencer con otro; en fingir fugas de caballería, partir las fuerzas que le dan caza, y revolver con toda la gente sobre la una, y luego sobre la otra; en sacar al campo al enemigo, de modo que la infantería lo envuelva; en decidir una batalla dudosa con una inesperada acometida. ¡Qué peleas, brazo á brazo, la de la Miel, la de los Cocos, la de Mucuritas, la de las Queseras, la de Carabobo! Aquellos mil hombres parecen un solo hombre: se tienden por la llanura, galopan al mismo son, ondean como una cinta, se abren en abanico, se forman en una sola hilera, se replegan anca con anca, desbócanse en cuatro bandas, para revolver á una sobre el enemigo dividido; vuelven á escape del triunfo, sacudiendo las lanzas en alto.

No eran aún más que cien, allá por 1814, y ya Páez se iba á citar á combate con baladronadas al jefe realista. El jefe vencido se echaba al río y Páez se echaba tras él, cruzaba el río antes y lo esperaba á la otra orilla, para perdonarlo. Se les caen al suelo los potros moribundos y la pelea sigue pie á tierra. Va á venir por aquel lado el español; y lo aguardan hora sobre hora, tendidos sobre los cuellos de los caballos. Los apura el contrario numeroso y pasan la noche en el estero. Vienen á cazarlos con barcas y ellos se echan al agua, se acercan á la borda, se zabullen en cuanto luce la mecha del cañón, pican con el asta el pecho de los artilleros, toman desnudos, lanza en mano, las flecheras desiertas. Se prepara Morillo, con el favor de la noche, á echarles encima sus fuerzas mayores; y Páez, que no sabe de Aníbal ni de sus dos mil bueyes, ata cueros secos á la cola de cuatro caballos, y á la vez que echa al aire un tiroteo, lanza á los brutos desesperados sobre el campo español, que presa del pánico levanta tiendas. Si el viento va detrás del enemigo, incendia la sabana, y en medio del fuego espantoso, entre columnas de humo y lenguas

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

de llamas, carga catorce veces la caballería. A Puerto Cabello, entretenido con maniobras falsas, lo asalta de noche á caballo por el mar, y lo toma. Y cuando en 1818, horas después de abrazar por primera vez á Bolívar, quiere el héroe, impaciente, vadear el Apure, burlando las cañoneras españolas del Coplé, "yo tomaré las cañoneras," dice Páez; sus bravos se desnudan y se echan al río con los caballos en pelo y la lanza en la boca; nadan con una mano y con la otra guían á su cabalagdura; llegan á las cañoneras, saltan del agua al lomo, del lomo á la cubierta, de la cubierta á la victoria! Suyas son. Bolívar, vencedor, pasa el Apure.

Grande era Páez al resplandor de las llamas de San Fernando, incendiado por sus propios habitantes para que Morillo no pudiera hacer de él fortaleza contra los patriotas; grande en los llanos, cuando, hijar contra hijar, con luces émulas centelleándoles los ojos, iba su caballo blanco al lado del potro rucio de Bolívar; grande en las Queseras, tundiendo á los de Morales con el cuento de la lanza, cuando, de herir á los seis mil con sus ciento cincuenta, ya se le había embotado al asta el filo; grande en Carabobo, cuando, señalándose al contrario por su penacho rojo, que acude de sus infantes abatidos á su caballería desordenada, ve venir al "primero" de sus bravos, al negro Camejo, cuyo caballo, muerto como su amo, cae de rodillas á sus plantas; de un vuelo del brazo cita á los ginetes que le quedan, y cuando un realista compasivo lo levanta del síncope que lo ha echado por tierra, del poder de España en la América no quedan más que los cascos, rojos por la sangre que empapa la llanura, de los caballos de Valencey y de Barbastro! Pero el llanero criado en el mando de su horda omnipotente jamás fué tan grande como el día en que de un pueblo lejano mandó llamar al cura, para que le tomase, ante la tropa, el juramento

de ser fiel á Bolívar; ni aquel guerrero, saludado durante dieciséis años á la entrada de los caminos por las cabezas de sus tenientes en la picota ó la jaula, venció nunca tanto como el día en que, roto con honor el último acero de España en Puerto Cabello, ni la humilló, ni se vengó, ni le colgó en jaulas la cabeza, ni la clavó en picas, sino que le dió salida libre del castillo, á tambor batiente y bandera desplegada.

¿Podrá un cubano, á quien estos recuerdos estremecen, olvidar que, cuando tras dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, á una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta á cruzar el mar con el batallón de "Junín," "que va magnífico," para caer en un puerto cubano, dar libres á los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde Junín tuvo que volver á marchas prontas, y la protesta del Gobierno de Washington, que "no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba?" Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso á la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, á la isla que parece salir, en nombre de ella, á contar su hermosura y brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez sí lo deseaba, que al oir, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en la isla, ¡volvió á pedir su caballo y su lanza! ¡Oh, llanero famoso! tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan á sus héroes desinteresados; tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

en la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste, para mantener un falso engrandecimiento, el carácter de tus conciudadanos! ¡Dondequiera que estés, duerme! Mientras haya americanos, tendrás templos; mientras haya cubanos, tendrás hijos!

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

PAEZ Y UN CUBANO

Patria, 14 de Julio de 1894.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

PAEZ Y UN CUBANO

Mucho recuerdo hay en que andan juntos el general Páez y los cubanos, y á no ser por los vecinos del Norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador. Cubanos lo rodeaban siempre en su destierro; Luis Felipe Mantilla fué muy su amigo, y como el secretario de su literatura; á los cubanos, cuando ya apenas podía tenerla, ofreció de buena voluntad su lanza; los cubanos lloraron largamente al héroe, más grande que los errores políticos con que sus interesados consejeros estuvieron á punto de manchar su gloria.

Días atrás, hablando de él y del cariño que tienen por Cuba los venezolanos nuevos, recordaba un cubano de años cómo y cuándo acompañó á Páez en días difíciles. Y el cuento es de interés, porque pinta al hombre—y á los hombres. Fué cuando en aquellas luchas en que la gente solariega de su país, que Páez, por su sencillo origen, miraba con supersticiosa é inmerecida consideración, quiso valerse de su espada y engolosinarlo con un mando ficticio, para oprimir la libertad naciente, so capa de defender la autoridad social. Entró Páez en Caracas, derrotado, de vuelta de Petare, sin sombrero, rojo como la sangre, con tal empuje, que subió á caballo los siete ú ocho peldaños de la escalinata. El pueblo lo aclama, pide que salga al balcón, sale Páez, y echa entre la gente la vaina de su sable. "Mi espada no se envainará—les dijo—hasta que el pueblo no me devuelva la vaina, después de que

lo lleve á la victoria.'' Y calmó la exaltación desesperada. Pero no era aquella vez la de vencer, porque ya no defendía á América, caballero lanceador á la cabecera de la cuna, como en las Queseras y en Carabobo; ya deslucía la insigne gloria, poniéndola al servicio de la oligarquía que en la independencia sólo vió el modo de despojar á los españoles del poder, para sentarse, sobre el lomo de la patria recién nacida, en los sitiales de cordobán vacíos. No era la de vencer, sino la de huir. La noche antes de la salida escribió su hija al cubano del relato que su padre quería verlo. ''Llame—decía la esquela—aunque encuentre la puerta cerrada.'' Estaban solos, solos, aquellos alrededores, tan cortejados veinticuatro horas antes. ''¡Ah, amigo cubano: quiero que me acompañe esta noche á casa del ministro inglés.'' Y salieron de noche, Páez y el amigo de Cuba; ''y el negro Carmelita y otro oficial negro guardándole la espalda.'' Todos los que hallaban al paso: ''Buenas noches señor Don Domingo.'' Nadie saludaba á Páez.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JUAN J. PEOLI

Patria, 22 de Julio de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

JUAN J. PEOLI

Sin dolor, como el justo que fué,—"tranquilamente, sin sufrimiento ninguno," como dice con orgullo y ternura su hija,—ha muerto, lejos de la más virtuosa de las compañeras, lejos del más puro de los hogares, el hombre sin mancha y sincero artista que se llamó en vida Juan J. Peoli. Le tenía la cabeza, al morir, el hijo á quien en medio de la riqueza crió para el trabajo, su hijo Juan. Murió en el campo, silencioso y solemne, que prefería él á la ciudad fea y vana. Murió en Cuba, la tierra que amó él tanto, la tierra que le premió el mérito, y le dió mujer noble, hijos buenos, ilustres amigos. Murió como las tardes del Hudson, que se sentaba él á ver caer, desde el banco rústico de su manzano solariego, en las colinas de tiniebla y oro por donde baja majestuoso el río.

De New York fué hijo por el casual nacimiento; de Venezuela por la familia; de Cuba por su corazón y por su fama. Era alumno en la Habana de la Academia de San Alejandro, y un retrato atrevido de sí propio le dió el primer premio y la pensión del Municipio en Roma. Allí Minard, de fino color y soñador pincel, lo tuvo "de discípulo favorito" y le celebró el dibujo correcto, las carnes suaves y luminosas y la quietud y hondura de la atmósfera en que envolvía sus creaciones. Perdida la fe religiosa y menospreciando la luz ambiente por la exuberancia que allí la hace común, el arte italiano, anheloso de idealidad, vestía aún los esbozos confusos de

su fantasía nueva con el color artificial y opaco de los templos. La pintura, como la época, era transitoria. La novedad, no condensada todavía en lo real, se desordenaba en lo fantástico é imaginativo. Los románticos han pecado sólo por su caballeroso exceso de fidelidad á aquella época de renovación sublime. Como en todo, la aspiración satisfecha, la libertad del arte, les pareció inferior á la aspiración por satisfacer. Y ahí está todo el arte de Peoli: leal en el dibujo, sabio en los matices, huraño y melancólico en el color, indefinido en las creaciones, y aun etéreo. Frente al modelo vivo, á un buen modelo cargado de idea, al pulcro Domingo Delmonte, al incisivo Saco, á la infanta enamorada de un estudiante habanero, al héroe de Carabobo descansando en la gloria de su vejez, su pincel, bien bosqueje ó acabe, corre fácil y justo, anacarando un tanto, pero fiel á la línea expresiva y á la característica del alma. Sorprende la luz del ojo, el amor de la boca entreabierta, la corbata deshecha del amigo moribundo, el pliegue rebelde de la capa romántica. Bastarían al renombre de Peoli los retratos de sus protectores cubanos; los de la familia real de España, que pudo él tratar sin deshonor, porque la trató en días de libertad; los de los cubanos notables de la mitad del siglo, que lo celebraron y mimaron; el de José Antonio Páez, el más pujante y original acaso de los héroes de la independencia de América. Y en los retratos todos se nota una finura singular, y como ciencia plena, que venía al artista del conocimiento de todas las artes secundarias de la representación, de la litografía y el grabado, de la fotografía y el agua fuerte. La facultad de sorprender en el sujeto la cualidad típica le dió, por su extremo natural, la de exagerar en la caricatura, siempre templada por su alma bondadosa, el defecto dominante ó especialidad del amigo caricaturado. La sociedad entera de la Habana, en aquel tiempo en que supo aspirar y querer, la de los prohombres abnegados y la juventud ardiente, está toda, en hábil retrato ó sátira inofensiva, en los cartones inéditos de Peoli. De su mano cariñosa son los retratos de cubanos ilustres que adornaron las revistas de su tiempo, y él fué quien ilustró, con composición que por el candor conmueve y por la naturalidad encanta, el "Negro Guardiero," del generoso Anselmo Suárez, el buen taita Alejandro del ingenio de Mendive. La suave litografía tiene toda la triste mansedumbre, y aun la cruda sencillez de aquella desgarradora ancianidad. Galones y charreteras no hay en los retratos de Peoli, á no ser los ganados, como en Páez, peleando por dar á la libertad el mundo nuevo de América. De los que iluminaban las sendas nuevas desde la tribuna, de los que peleaban en el periódico y en el verso, de los que pagaban de su bolsa las batallas de la libertad naciente, de los que murieron luego con la hopa del cadalso, ó á campo abierto, con la mano sobre la herida, son—no de bribones enriquecidos ni de canijos literarios—los retratos que por cariño y admiración pintó Juan Peoli. En España su amigo fué Prim; sus amigos de Cuba fueron los Gener y los Guiteras, padres de Matanzas; Delmonte, el más real y útil de los cubanos de su tiempo; Saco, que no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país; y José de la Luz, que le dijo así una vez: "Yo no hago libros, hijo, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres." La buena juventud criolla era su círculo natural: la elegancia de Mendive, la piedad de Zambrana, la sabiduría de Valle, el ingenio de Poey, la hidalguía de Palma, la pasión de Güell y Renté, la ternura de Anselmo Suárez y Romero. Pero Peoli tuvo hijos, y no quiso que creciesen donde la vida acaba en el martirio ó se corrompe en la hipocresía. A la opulencia habanera y la vana-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

gloria de una sociedad espantada y servil, prefirió él, con aplauso de la ejemplar criatura que le ayudó y embelleció la vida, de Antonia Alfonso y Madan, la humildad del ciudadano extranjero en una tierra libre. Para siempre mudó su casa á New York. No fué de esos cobardes, pegados á la comodidad indecorosa, que á todo se rebajan, con tal de que no les falte el cuchicheo adulador, y el mármol de debajo de los pies; ¡raza villana, y á menudo soberbia; raza mediocre é indecisa, que osa desear con la inteligencia lo que no sabe realizar con el carácter; raza de siervos y de cómplices!

De recuerdos y hogar vivió hasta su muerte, amando á los propios y á las artes y distinguiéndose entre los extraños, el artista que, leal á la libertad y á la juventud, abandonó por mezquino el pincel cuando Garibaldi citaba á pelea contra el mundo viejo, y peleó con Garibaldi. Su estudio era su vida, y su teatro, y su palacio. Por presentes, se daba el plantar de árboles su casa campesina, ó el ver ponerse la tempestad y deshacerse sobre la cumbre de impasibles montes. Otro goce tenía, y era el de acumular, en las reproducciones originales, cuanto ha dado el arte de gracia y poder. Su caballete tuvo siempre un lienzo, ya un león flaco, rodeado de cadáveres, solo en la sombra; ya la Dama del Lago, envuelta en vagos velos, como luz en bruma espesa; ya las artes mayores, con símbolos nuevos, en aire rojizo la una, otra en rosas y tules, todas propias y vivas; ya sus seis cuadros de amor, desde la desnudez inmaculada hasta la hermosura desierta; ya la enorme ciudad, á la luz azul del cometa misterioso, lleno de aire, sobre los hombres dormidos, de visiones de seno tentador y alevosa cabellera. Con su blusa de terciopelo, retocando y cambiando, buscando á media luz el tono propio para sus criaturas espirituales, vivía Peoli feliz entre sus bocetos de los maestros, la maravilla de

sus grabados y aguas fuertes, sus bronces de Roma y barros de Tanagra. Dejaba á veces entrar el pleno sol, á que se vieran bien los cuadros de naturaleza, que pintó siempre al aire libre. El era miembro de Academias y socio de honor del Museo Metropolitano de New York, y dueño, muy visitado por los envidiosos, de la mejor colección de blanco y negro y acuarelas históricas, que ande acaso en manos privadas; porque conocía él al dedillo la cuna y vicisitudes de cada hoja notable, y siempre la pagó á precio mayor. Pero el silencio del taller era su gusto, y el estudio sincero de aquel color ideal que entrevén, sin lograr nunca asirlo, los que por la verdad y pureza de su vida, y por mirar con ojos limpios é intensos en lo natural, llegan en este mundo mismo, como los físicos creadores, á los linderos de la claridad impenetrable. Otros ven sólo el pincel caído, cuando lo que ha de verse es el esfuerzo. En los cuadros fantásticos de Peoli, tan puro en el retrato y escrupuloso en el paisaje, hay sombras oleosas, como de tiniebla puesta á hervir, y rojos cenicientos, de lava que se apaga, y luces que vienen á ser en el color lo que en la idea la visión de Swedenborg, que vió ya el alma etérea y abrasarse los cuerpos amorosos, y boquear, como mina encendida, la iniquidad humana. Y es que el hombre, dichoso por la virtud, cree lo que ve, y ve en sí y fuera un mundo claro y mejor. La Naturaleza, sin los velos ni avalorios que le pone la pasión de la vida, recobra las tintas creadoras; imperan en ese arte innovador la sombra matriz, el fuego genésico y la perla del alba; la mano del hombre, impotente para representar un estado superior á él, traduce con gloriosa torpeza la vaga aurora que calma é inunda su espíritu purificado; no sabe de esta inefable realidad el hombre egoísta ó inmodesto.

Y esto no se dice aquí en vano, sino porque es la enseñanza útil y la belleza mayor de la vida

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

de Juan J. Peoli. El arte, con haberle dado días de gloria y ser su empleo principal, fué lo menos de él. Amó la beldad ardientemente; la respetó, y le enojaba que no la respetasen; reconocía en sí, y en todo, una realidad visible, de fácil copia, y otra espiritual, á que con callada pasión buscó color y símbolo; la fuerza, para él, residía en la gracia, y vió en el Universo, aun á pleno sol, como un color nocturno; su pincel, jamás mercenario, desdeñó la fama fácil del retrato, en que sobresalía, y de sus magistrales escenas de la Naturaleza, para fijar en las luces aéreas el alma solemne que se alza de la vida, y cuajar en cuerpos leves y ondulantes la beldad creatriz que flota sobre el mundo. Dibujó bien; copió felizmente, y alguna vez con majestad, el paisaje grandioso y el carácter humano; enseñó el arte reposado y fino que escoge de lo natural, como realidad superior, la belleza típica, y peca sólo acaso por dar formas terrenas á lo que por esencia ó ascenso está fuera de ellas, y envolver las cosas de la tierra, la humanidad marcial y robusta, en los efluvios del universo adivinado. Pero de su arte mismo fué lo más bello el carácter manso y puro con que, por el amor y fuerza de él, y por la luz y dicha de su alma, pasó en salvo Peoli por las tentaciones de este mundo. Lo conoció y ahondó, puso de lado toda la impedimenta de él, con que el vulgo humano, en que entra mucho de lo que no quiere pasar por vulgo, se deshonra y aflige; y cultivó en la vida lo que tiene de sustancia y ventura, que es el decoro propio, en el trabajo continuo y la amistad sincera, el alivio del dolor del hombre, el rincón de la casa y la ciencia y fe que vienen del conocimiento y amor de la creación. El hombre, que lleva lo permanente en sí, ha de cultivar lo permanente; ó se degrada y vuelve atrás en lo que no lo cultive. A lo transitorio se esclavizan y venden los que no saben descubrir en sí lo superior y perdurable; los que

en la lealtad de los afectos íntimos, en el empleo libre y laborioso de sus fuerzas, en la persistencia y triunfo de las obras de belleza y virtud y en el deleite de penetrar la composición y juego de la Naturaleza lo descubren, esos, como Peoli, con una santa de la mano, darán en caridades ocultas lo que tienen, criarán en la riqueza humilde á sus hijos, poblarán su hogar de la compañía segura y ennoblecedora de las maravillas del arte humano, y á la sombra del árbol plantado con sus manos propias verán serenos al río de los siglos correr por entre las colinas de oro y sombra, y desvanecerse por la mar la claridad del Sol.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

UN POEMA CUBANO

"LOS ARABESCOS DE EDUINO"

POR JOSE ANTONIO CALCAÑO

Patria, 12 de Agosto de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

UN POEMA CUBANO

"LOS ARABESCOS DE EDUINO"

POR JOSE ANTONIO CALCAÑO

De Venezuela, donde nació América; donde un cura liberal, de un rayo de la palabra, abrió en dos y echó al mar la corona española; donde Bolívar, que engendró un mundo, pensó en redondearlo con la libertad de las Antillas, peligro y rémora del continente y de la paz universal mientras continúen esclavas; donde peleó Páez, el más épico y original de los héroes americanos, que quiso remozar su vejez en la batalla por la independencia de Cuba; donde la madre desolada guarda aún la carta que del campo cubano le escribió el hijo querido, que de la riqueza de Caracas se fué á morir por Cuba infeliz; de Venezuela, y de uno de sus mejores hijos, le viene ahora á Cuba un valioso regalo. Cubano es el poema; y ¿por qué no hemos de decir, con esta ciudadanía en que ardemos todos, que es cubano el autor? ¿no sangra él, como la madre de su poema, por los dolores de la tierra mísera, la tierra que ya se alza sobre el codo, se aprieta la cintura y vuelve á ver el cielo? ¿no es el autor hermano glorioso de aquel Eduardo Calcaño, que con las estrofas de su prosa vehemente, calzadas como las lanzas de acero bruñido, y con su discurso de oro encendido, avivó el valor y flageló la cobardía, en tiempo de Zambrana, de Piñeyro y de Sanguily, de los cubanos de la primera guerra? ¿No es honor de América, por la médula de

su verso y la ternura de su corazón, José Antonio Calcaño, el poeta piadoso de "Los Arabescos de Eduino?"

De alma muy fina y de heroísmo doméstico es el poema de José Antonio Calcaño, que halla á la lengua castellana en América empleo más digno que el de servir de colchón y calzapollo á sus dominadores; ¡hay hombres hechos, por su ruin natural, para que se acuesten sobre ellos, Cavas perpetuas de felices Rodrigos, y otros para ponérseles delante, con la luz de su virtud y el orgullo de su libertad, y echarlos, tapándose el bochorno, por las entrañas de la tierra! ¡hay quien le lleve al señor todos los días, para que se bañe al despertar, la palangana servil, llena de la sangre de su tierra! Y hay también, aunque no sea de cuna cubana, quien recuerde lealmente, en poesía amiga y delicada, el sacrificio que suelen negar hoy, en los demás por fatiga ó aberración, los mismos que fueron héroes de él.

Cuenta el poeta la historia triste de Eduino en romance dramático, realzado por ideas de honda belleza, y de hermano ó de padre, como rubíes ó zafiros en filigrana de oro.

En New Brighton, cerca de Liverpool, vivían, cuando la guerra, los padres de Eduino, y el niño acababa de nacer; vivían tranquilos—cuanto por climas extraños—cabe á las aves sin nido. De fuego de sol era la madre bella, y lo que cantaba "siempre" eran "canciones de Cuba": "mas tal al cantar lloraba,—que dudo si al tiempo mismo—que consolaba su ausencia—no doblaba su martirio." Y un día se quedó la casa sola; el padre halló á unos cubanos que le hablaron de la ocasión de ir á la guerra y del *Virginius* que salía; les dió promesa de ir: "¡oh, Cuba, adorada Cuba!" la mujer, acobardada un instante, le echa, antes que la que le puso pronto la muerte, la corona de sus brazos; el vapor se va, con el cubano fiel; pasa el vapor, humeando, por frente á la casa viuda; no se ve ni se oye nada; "un pañuelo blanco á bordo—y en los balcones un grito:"—"Cuba, Cuba, tú no sabes—los dolores de tus hijos."

No volvió el padre: cayó en el *Virginius*.

Entonces no es, sino diez años más tarde, cuando se ve el dolor del poema; cuando la madre, "desierto el mundo", pobre el vestido y la casa, sólo para el muerto y para Eduino vive, y, exacerbada ó hundida,

> ya son de muerte sus ayes,
> ya son de rayo sus ímpetus.

Y él, de diez años, "festivo y angélico," todo lo borda con la pluma artística; á besos echa la angustia de la frente de su madre; acaso su risa alegre hiere y extraña el desolado corazón; baja él con la madre al mísero jardín, ó la acompaña, por las tardes de verano, á respirar el aire de la mar, de la mar que se llevó al padre que no ha vuelto; y la casa, llénala de dibujos, ya clavados con orgullo á las paredes de su cuarto, ya en los márgenes de diarios y revistas, ya en cuanto hueco halla á mano, que por todas partes se ven "los arabescos de Eduino," hasta que un día, cuando la madre retorna "exasperada,"

> con la dureza del hombre,
> con el rigor del destino,

cuando vuelve, quizás de extender la mano en balde, á la casa menesterosa, halla abierto sobre la mesa, como infausto cumplimiento, el libro de rezos que el esposo al partir le dejó por memoria, y donde el pobre niño ha floreado, con lazo de más pétalos y cintas que todos los suyos, las iniciales de sus padres, la madre, airada de que otra

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

mano desfigurase el recuerdo último, lanza el libro su niño sonriente, que herido por el canto de bronce, se va al cuarto sangrando!

Y por toda la escalera
La llevó el sangriento hilo,
Como una mano de hierro,
Hasta la alcoba del niño.
Lo que sintió al ver sus manos
Y su rostro en sangre tintos,
Sólo alcanzarlo pudiera
La santa madre de Cristo;
Que con ser tal su desdicha
Que aun la lamentan los siglos,
No fué la de hacer su mano
Correr la sangre del hijo!

Después, ¿á qué los cuidados? ¿á qué besarle con lágrimas las manecitas, que señalan á la pared, pidiéndole que rompa todos los dibujos? ¿á qué celebrarle arrepentida "los dibujos lindos," y aquel "obsequio de él," y llamarse vil? ¿á qué echarle, en las manos para siempre caídas, pinturas en montón, y papeles y lápices? Eduino

Estaba siempre en silencio,
A su regazo acogido,
Como se echa bajo un olmo
Con su dardo el cervatillo.

Y se desvanecía, con la cabecita vendada. Y una noche

Tomó la mano á su madre
Y dió el último suspiro...

Y el poema acaba, y la madre:

¡Cómo vivir ya esa madre
Desolada en tal recinto,
Sordo el cielo, el hijo muerto

Y el remordimiento vivo!...
Pero el más pronto descanso
Lo da el más grande martirio:
Sucumbió, la hallaron muerta,
Ya el cuerpo rígido y frío,
De rodilla, contra el lecho
Y los labios sobre el libro
En la página en que estaban
Los arabescos de Eduino.

De lauros está cubierta la mesa donde escribe sus versos, en el reposo de la justa fama, el poeta más castizo de Venezuela. En "Los Arabescos," como en todo lo suyo, luce la lengua su música y color; realza con el ritmo esmerado, y el súbito chispazo de poesía, la narración corriente, y une á estos méritos el de la viveza dramática á que en América no puede dar vuelo el verdadero artista, por no hallarle campo natural sino en la época embrionaria, de indios y conquistadores, poco vulgar aún para que interese y mueva su grandioso drama, ó en el teatro, aun no bien desbrozado, de la guerra de independencia, manantial futuro de creaciones, ó en la vida social contemporánea, todavía en nuestra América vacilante é informe, que en la escena se habría de expresar con la indecisión é hibridismo que quitan beldad y permanencia á la obra de arte. Drama visible parece, más que poema, el romance de Calcaño. Pero su movimiento y realidad, con ser muchos, no es lo que más debe celebrarle un cubano, ni el señorío sobre la lengua, que él guía y revuelve como ginete generoso un caballo de rico jaez; sino la ternura, de hermano ó de padre, con que recuerda los sacrificios callados de Cuba, los sacrificios de que Cuba no se ha cansado aún, y aquella voz del alma con que grita, para castigo de olvidadizos y consuelo de héroes ignorados:

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

¡Cuba, Cuba, tú no sabes
Los dolores de tus hijos!

En la portada lleva el libro, en lazo estrecho, una pluma y una espada, y alrededor una corona de laurel.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LA FIESTA DE BOLIVAR

Patria, Octubre 31 de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LA FIESTA DE BOLIVAR

EN LA SOCIEDAD LITERARIA HISPANOAMERICANA

La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fué Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía; venía hirviendo de siglos; chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron á bambolear las montañas, á asomarse los ejércitos por las cuchillas, á coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo á su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro, de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía á menudo á un general para que herrase los caballos de este modo ó de aquel y les bañara los cascos con cocuiza; y á otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del

Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones; con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole ó poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico; y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto mal humorada, de las causas por que cayó la primer república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate; andar, hasta vencer; el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes ú hostiles, y en fundirlos á tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia; su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural; mas para ver estas cosas hay que ir á lo hondo y obligar á la gente á pensar, que es trabajo que suele agradar menos á los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios á la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *cholo* del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo; pasando los torrentes y el páramo para ir á redimir á Nueva Granada; envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones á los realistas de Carabobo; hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; abrazándose en Guayaquil con San Martín entristecido; presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca; entrando de lujo al Potosí, á la cabeza de su ejército conversador, mientras los pueblos y montes le saludan y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que

ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar; ¡los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar á Cuba!

La "Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York" convidó el 28 de Octubre á una fiesta en honor de Bolívar, y fué la ocasión digna del héroe. Henchido estaba el salón histórico de la Sociedad. Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos, de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fué, cargada de flores, á la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló, tal vez, mejor que nunca, cuando anunció la libertad á "las hijas del Sol." Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo, y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene, que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo é inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fué sobrio y majestuoso tributo al creador americano; era como rosa de oro cada luciente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el descendiente de un hombre que astilló mucha lanza española cuando Bolívar, el general Domingo Monagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído á la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera propia

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realzada por conceptos felices de la obra del Libertador, fué la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo, calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Calcaño, aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de "¡Fuego!" La cercanía de *Patria* á José Martí prohibe decir más ahora que la ternura visible con que, de sus labios de cubano, oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América; de él sólo recuerda *Patria* estas palabras: "Quien tenga patria, que la honre; y quien no tenga patria, que la conquiste; esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar." ¡Y eso, y no palabras, es lo que bulle en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche! ésta es hora de andar, más que de decir; el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló las flores de Bolívar.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

DISCURSO

pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de Octubre de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

DISCURSO

Pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de Octubre de 1893.

SEÑORAS, SEÑORES:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, á aquel que fué como el saman de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del condor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse á su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, pára el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte á que, más que la nieve, sirve el encapotado ginete de

corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van á rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, ó entre relámpagos y rayos, ó con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada á los pies! Ni á la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que á su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria;" mujer fué la colombiana, de saya y cotón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó á pelear á veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que á quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo

riega de metralla la puerta del fuerte: "jamás lograréis de mí que le aconseje faltar á sus deberes;" mujer aquella soberana Pola, que armó á su novio para que se fuese á pelear, y cayó en el patíbulo junto á él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, á quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba á la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando á pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención á Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado á quien quería, y manda que todo cese á su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife á Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y á tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer á los hombres, á los ríos hinchados, á los volca-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

nes, á los siglos, á la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene á sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de condores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados ó sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el Sol llega á creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el Cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas; y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito ú osadía lo anhelan para sí, ó estéril triunfo de un bando sobre otro, ó fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio ó la virtud en los instantes de suma angustia ó pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea ó desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el

cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas á los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía!

América hervía, á principios del siglo, y él fué como su horno. Aun cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norte América el libro revolucionario, á avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende á horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba á la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando;—¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, ó por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! Él vió, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre inca pasa,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

muerta á los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban á su patria; sin casa á donde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno,—aunque de miedo á sus comuneros lo dejó el verdugo vivo—porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; ¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló ó enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fué regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, á las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió á tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El Cielo mismo parece haber

sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, ó huían despavoridos por el Cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse á ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, ó crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del Universo por la boca del volcán descabezado; ¡y á la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola á flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa á andar, vienen costilla á costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego ó la tormenta, de espada á cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado á echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, ó el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo,

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

suspenso como la Naturaleza, á ver á Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lancero, y á vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas á la vez, el Sol en el acero alegre y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va á nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fué en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

....Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "José! José! vámonos, que de aquí nos echan; ¿á dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, ó dar por nulas ó menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía á la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vió que la unidad de espíritu, indispensable á la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó

que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto á sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, á las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder á nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca ó ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, las mueve á arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron á la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme á sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del Cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! "José, José! vámonos, que de aquí nos echan; ¿á dónde iremos?"...

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y á la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada á aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una co-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

rona ó una flor á la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes ó personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dió Bolívar á las ideas madre de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, á las panzas aldeanas y los cómo dos harpagones, para que, á la hoguera que fué aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿A dónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados á la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros á anunciar al héroe,—y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LA VELADA DE SUCRE

Patria, 26 de Enero de 1895.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LA VELADA DE SUCRE

En la sala hermosa y con toda la pompa del cariño, va á recordar al espléndido Sucre la Sociedad Literaria Hispanoamericana de New York, en la ocasión de su primer centenario. Aquél fué hombre solar y no se piensa en él sin vida y resplandor. Sus victorias eran puras; su amistad, viril; su corazón, de alas; su muerte, súbita y sombría como la puesta de la luz. Por él parecen reales, aun á quien lleva los ojos sin vendas, las peleas de los dioses y aquellos escudos de oro que bajaban del Cielo á defender á los héroes. Amó la América y la gloria, pero no más que la libertad. La prosa que lo cante ha de ser apretada y movible, como sus batallones cuando daba en ellos el Sol; y su oda, como el eco que va, de monte en monte, por las crestas blancas de los Andes. Y así serán, y como de hijos reverentes, los tributos que ofrendará al glorioso americano la leal sociedad literaria de New York.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

JULIO SARRIA

Patria, Enero 6 de 1894.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

JULIO SARRIA

Fué como un jardín que brotase de súbito en la nieve, como mágico viaje á la tierra florida de Caracas, como encantadora mutación de escena, la fiesta de amigos con que el general venezolano Julio Sarría, mutilado en el servicio de su patria, abrió, del brazo de su esposa, su casa al año nuevo. Aquella grata sencillez con que desde los primeros instantes fué como familia la reunión toda; la rara distinción y hermosura notable de las afamadas caraqueñas, y su conversación chispeante y culta; el mérito é historia de los hombres allí congregados, que á la hora de la cena exquisita tuvieron, entre ramilletes para la dueña de la casa y recuerdos del alma para Venezuela, palabras tiernas y viriles para la hermana retardada, la dolorosa Cuba, se quedarán en el corazón, como cuando en noche obscura se ve asomar la estrella del destierro. Aquel hombre tan valiente, que del montón de muertos se irguió ensangrentado, con espanto del enemigo, y renovó en las peleas de organización de la república las hazañas de sus fundadores, era, en las palmas y sedas de su casa, el más llano señor y fino amigo. Y cuando la señora entró en el salón, ó cuando, con la cabeza de oro de su hijo dormido en la falda, recibía la congratulación cordial de sus huéspedes, se pintaba en los semblantes un cariño orgulloso, de que el valor de América sea tan cortés como Julio Sarría, de que la mujer de América sea de tan noble porte y corazón como la que lleva con lealtad y amor su nombre.

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

LA SOCIEDAD HISPANOAMERICANA

BAJO LA DOMINACION ESPAÑOLA

(Libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada, Ministro argentino en España)

Patria, Febrero 14 de 1893.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LA SOCIEDAD HISPANOAMERICANA

BAJO LA DOMINACION ESPAÑOLA

Tienen unos por ciencia en América, y por literatura científica y principal, el estudio minucioso de los pueblos de que les apartan origen y costumbres, y el desconocimiento punible y sistemático del país en que han de vivir. Y es cierto que sin el examen profundo de los diversos ensayos políticos, más valederos mientras más se asemejan los pueblos estudiados al de nuestra naturaleza, ni se logra la pericia útil al adelanto de la tierra propia, ni la robustez moral que viene de la certidumbre de la obra ordenada y triunfante de los hombres; pero este desdén de lo criollo, singular en quienes en lo suyo intentan influir, aunque suele ser signo por donde anuncia su aspiración descontentadiza un espíritu potente, es más á menudo prueba cierta de entendimiento segundón, que al gozo de cavar por sí en lo nuevo prefiere llevar á cuestas lo que cavó otro; ó prurito rural del hijastro que en la brava honra solariega suspira avinagrado por su fantástica progenie de galanes y damas palatinas, y en su inútil corazón niega á su padre. Por la verdad filial, patente en la llaneza misma del estilo; por el análisis primerizo y franco de los orígenes y cruzamientos de nuestra América; por el revés con que despide á los americanos que desconocen en su pueblo propio la capacidad que conceden de prisa y oídas al ajeno, es notable el libro cuyo bosquejo ha publicado en Madrid el argentino Vicente G. de Quesada, sobre "La Socie-

dad Hispanoamericana bajo la dominación española."

Durante los años de prueba y tanteo en que nuestra América buscó acomodo entre sus vicios heredados y su libertad súbita, entre la hostil pereza é inepto señorío, y la dificultad de la república inculta y briosa, fueron las letras tribuna desecha de las ideas combatientes, ó exánime remedo de las novedades literarias. Pero ya América, saneada en lo real de sus guerras y lo vano de sus imitaciones, conoce por fin sus elementos vivos, más nuevos por la mezcla forzosa de la condición diversa de sus moradores que por peculiaridades inamovibles de hábito ó de razas; y con acuerdo profético brota de todas partes á la vez, en prosa y en poesía, en el teatro y el periódico, en la tribuna y el libro, una literatura altivamente americana, de observación fiel y directa, cuya beldad y nervio vienen de la honradez con que la expresión sobria contiene la idea nativa y lúcida. Del peso de la idea se quiebran las frases; antes quebradas al peso de flores traperas y llanto de cristalería. De traidores está América cansada, que sólo le hablen de su muerte fatal y de su ineptitud; y está dando creadores. Los incapaces merodean aún, que en su nulidad florida creen ver la de su tierra, y visten la idea desalentada de pompa resonante. Pero América produce obras de análisis y conjunto donde, como quien tala antes de sembrar, se desenredan y sacan al limpio las capacidades y rémoras de nuestros pueblos, á fin de poner á aquéllas leyes viables criollas, por donde el país se rija según la realidad y estado de sus componentes, y de mudar en agencias las fuerzas toscas ó estancadas.

El libro de Quesada es de esos estudios sinceros y totales sobre América. Él, prohombre encanecido en las fatigas de la creación de la república, que le vió á Urquiza el castillo feudal allí donde

en la estancia modelo ordena ahora el político pecador su plétora de ideas y métodos extraños; él, hombre agudo y positivo, que ve al mundo sin cáscara, por donde corre á ojos la sangre y el pus, y en cortes y en repúblicas estudió largamente la desnudez humana; él, cuya pluma de hechos castiga desdeñosa, como vicio oculto que es, la complacencia enervante en todo lo propio, por ser del estiércol de nuestro jardín, y el desvío risible de cuanto no nació plátano ó palma; él, ministro hoy en la corte de sus amos de ayer, que ve ya fuerte y bella la patria que conoció, como los vascos que la pasearon, de boina por la cabeza y á horcajadas en la mula; él "cree fácil demostrar con hechos históricos la viril energía y capacidad de nuestra raza para el gobierno libre." "Los hispanoamericanos tienen la capacidad y el vigor necesarios para vencer las dificultades de los pueblos nuevos, y para gobernarse y prosperar." "Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte América y el comparativamente lento y trabajoso de las naciones hispanas tienen por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña." "El objeto de mis estudios es investigar y referir los antecedentes de las instituciones y las de las razas indígenas del grupo de las naciones hispanoamericanas, para deducir por ese estudio las condiciones que autorizan, á mi juicio, á tener completa y profunda fe en sus destinos desenvolviendo con prudencia las cualidades heredadas y mejorándolas por el medio ambiente." "He vivido muchos años en los Estados Unidos; he desempeñado allí una prolongada misión diplomática; he tenido oportunidad de estudiar atentamente y de cerca sus instituciones políticas y su sociedad; he admirado su poder y su riqueza; pero esa admiración no me lleva hasta el

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

servilismo de pensar que el éxito, debido á circunstancias naturales é inevitables, sea originado por superioridad de raza, ni por antecedentes de las instituciones de la época de la colonia."

Y en esto parece que el tema viril saca un tanto de lo seguro al historiador, que sin ver en la desviación radical de España la causa suficiente y única de la capacidad de nuestra América, mayor en los pueblos que se le han desviado más, la busca en instituciones que no pudieron ser antaño, cuando el inquisidor y los dos indios del estribo, más eficaces y emancipadoras que los son hoy á nuestros ojos, en pleno mundo nuevo, cuando reducen y sofocan al criollo aborrecido, en vez de disponerlo á la libertad, y sostienen y encubren, con fraude insolente, la más venenosa y mercenaria tiranía. Por el descaro con que se burlaban fueron siempre más célebres sus leyes de España en Indias, que por lo que del derecho mantuviesen ó levantaran el carácter. La raza española que, por quijotes y rodelas, pudo su poco más que flechas y algodones, parécele á Quesada superior á los artífices y arquitectos indios; á quienes Draper tuvo por primeros. Donde necesitó de sus rencillas para mandar el número invencible del odio de la llaneza al señorío, del rencor de los cacicazgos al imperio, dejó España con vida al indio que, más que el inglés, exterminó en Cuba, en Jamaica, en Haití, en el cerro uruguayo, rojo aún de la sangre épica de los charrúas.

Por la justicia no se asimiló el español las razas conquistadas, sino por el sexo ineludible, la conveniencia de casar con india señora, y el sutil influjo de la raza natural, sorprendida por una milicia superior cuando aún no estaba en su proceso de amalgama tan adelante que pudiera olvidar sus rencillas en la función nacional de la defensa contra el enemigo común. A Carlos III tuvo que esperar España, al buen tiempo de un

virrey criollo, para ver que la media América del Perú era muy vasta para un solo virreinato. Mucho de despechos y poco de derechos se hablaba en los ayuntamientos, que eran más para disputas que para libertades, y por donde se alzó el criollo imbuído de ideas francesas, por cuanto estaba América ahita,—que por la primer boca—había de echarse; pero las distancias grandes y las muchas cabezas repartidas por el país pudieron más para el federalismo, por ser el equilibrio de ellas, que los ayuntamientos, fiscales antes que políticos. Ni la ley, por pura que fuese, podía contra la explotación é iniquidad de las costumbres.

Desmaya tal vez el lenguaje de Quesada, por su sinceridad misma, en la enumeración de aquellas formas de gobierno, que han de estudiarse menos que la condición real y la sustancia del pueblo descrito; pero donde le salta al estilo la sangre y adquiere viveza, es en la pintura, ya al cerrar el bosquejo, de las causas finales de la revolución; cuando cuenta la quimera "del centralismo mercantil;" y trae lo de Vergara el colombiano, cuando habla de las linazas prohibidas, de los telares prohibidos, prohibidos los viñedos, y las fábricas y las empresas útiles. Se ve en los buenos paisajes hervir el rencor. A los tres siglos vino España á permitir el habla á las colonias entre sí. "Intolerables eran los diques del comercio," que "originaron un contrabando escandaloso." Lucha abierta era la vida, imposible la vida común de "los peninsulares, partidarios del monopolio, y los criollos, partidarios del libre comercio." "La lucha entre los partidarios del comercio libre y todos aquellos comerciantes que lucraban á favor del privilegio aparece promoviendo la agitación que engendraba la transformación radical para proveer por sí mismos á sus verdaderos intereses mercantiles." "Los intereses del comercio eran los precursores

necesarios de una evolución política social." "De la fermentación de estos intereses encontrados debía, lógica y necesariamente, surgir la idea de la independencia, á fin de proveer sin tratos al bienestar común."

Y surgió, tal cual lo narra el escritor argentino en páginas concisas; y Fernando se abre á Francia. El inglés lo castiga en Buenos Aires. Beresford, que quiso después un fuego la independencia, se alzó con la ciudad. Los criollos les pelearon, mejor que los españoles, los picaron, los echaron. El pueblo se alza, pidiendo asamblea. "Medrosos los peninsulares, quieren contemporizar." Liniers es jefe, por aclamación. Arrollados Cabildo y Audiencia, deponen al virrey, al trémulo Sobremonte; atacan al pueblo; complacen al pueblo. Los ingleses vuelven, con doce mil hombres; los vecinos los tunden y rechazan, los vecinos "que se tornaron en salvarlos." "Era el comienzo de la revolución, el comienzo victorioso é irresistible." Y así funda su juicio sobre la capacidad bastante de nuestra América, el argentino de pluma sincera que está hoy de ministro de su patria libre en la corte de sus antiguos amos.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

SAN MARTIN

ALBUM DE "EL PORVENIR"

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

SAN MARTIN

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fué sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: "¡Murcia!" Era el niño pobre de la aldea jesuíta de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento á los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre á su espada, fué por Maipu á redimir el Perú; se alzó protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores. Propuso reyes á la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura, visible ó dismulada, hasta que por sus yerros se vió minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, á la orilla de uno de los

ríos portentosos de América; aprendió á leer en la falda de los montes, criado en el pueblo como hijo del señor, á la sombra de las palmas y de los urundeyes. A España se lo llevaron, á aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y á los doce años, el niño "que reía poco" era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinta y cuatro años, á pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crió en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan y sistema por la independencia de América; y á las órdenes de Daoiz y frente á Napoleón aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original; contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más que la fama de su arrojo, ni pide más que "unidad y dirección," "sistema que nos salve de la anarquía," "un hombre capaz de ponerse al frente del ejército." Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. "No hay ejército sin oficiales." "El soldado, soldado de pies á cabeza." Con Alvear, patriota ambicioso de familia influyente, llegó. San Martín de España. A los ocho días le dieron á organizar el cuerpo de granaderos montados, con Alvear de sargento mayor. Deslumbra á los héroes desvalidos en las revoluciones, á los héroes incompletos que no saben poner la idea á caballo, la pericia del militar de profesión. Lo

que es oficio parece genio; y el ignorante generoso confunde la práctica con la grandeza. Un capitán es general entre reclutas. San Martín estaba sobre la silla, y no había de apearse sino en el palacio de los virreyes del Perú; tomó los oficiales de entre sus amigos, y éstos de entre la gente de casta; los prácticos, no los pasaba de tenientes; los cadetes, fueron de casas próceres; los soldados, de talla y robustos; y todos, á toda hora, "¡alta la cabeza!" "¡El soldado, con la cabeza alta!" No los llamaba por sus nombres, sino por el nombre de guerra que ponía á cada uno. Con Alvear y con el peruano Monteagudo fundó la logia secreta de Lautaro, "para trabajar con plan y sistema en la independencia de América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia;" para que, "cuando un hermano desempeñe el supremo gobierno, no pueda nombrar por sí diplomáticos y generales, ni gobernadores, ni jueces, ni altos funcionarios eclesiásticos ó militares;" "para trabajar por adquirir la opinión pública;" "para ayudarse entre sí y cumplir sus juramentos, so pena de muerte." Su escuadrón lo fué haciendo hombre á hombre. Él mismo les enseñaba á manejar el sable: "le partes la cabeza como una sandía al primer godo que se te ponga por delante." A los oficiales los reunió en cuerpo secreto; los habituó á acusarse entre sí y á acatar la sentencia de la mayoría; trazaba con ellos sobre el campo el pentágono y los bastiones; echaba del escuadrón al que mostrase miedo en alguna celada, ó pusiese la mano en una mujer; criaba en cada uno la condición saliente; daba trama y misterio de iglesia á la vida militar; tallaba á filo á sus hombres; fundía como una joya á cada soldado. Apareció con ellos en la plaza, para rebelarse con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros. Arremetió con ellos, caballero en magnífico bayo, contra el español que desembarcaba en

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

San Lorenzo la escuadrilla; cerró sobre él sus dos alas; "á lanza y sable" los fué apeando de las monturas; preso bajo su caballo mandaba y blandía; muere un granadero, con la bandera española en el puño; cae muerto á sus pies el granadero que le quita de encima el animal; huye España, dejando atrás su artillería y sus cadáveres.

Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, "que gobernaba al gobierno," pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín con los hombres políticos: "existir es lo primero, y después ver cómo existimos;" "se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos;" "hay que echar de aquí al último maturrango;" "renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos;" "háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres;" "esta revolución no parece de hombres, sino de carneros;" "soy republicano por convicción, por principios, pero sacrifico esto mismo al bien de mi suelo." Alvear fué de general contra los españoles de Montevideo, y á San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño á levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente á Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquél era su pueblo; de aquel destierro haría él su fortaleza; de aquella altura se derramaría él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército con que los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vió, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta con que ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo ú otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba, como todos ellos, por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja, y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que sólo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América, que lo llevaría á la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó á sus ojos las diferencias, útiles á la libertad, de los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía, como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza; y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo sólo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree é impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la comarca contenta se reconocía; y vino á ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo ex-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar á América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación ó reforma, es renunciar á sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella á la patria; pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía por que herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina—entre el puchero y el cigarro negro,—dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra traginada parecía un jardín; blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo; bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía; los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos á fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos tiradores, el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas á sus puertas; el que en los conflictos de justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que sólo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: "aquí no hay más obispo que yo; predíqueme que es santa la independencia de América." Al español: "¿quiere que lo tenga por bueno? pues que me lo certifiquen seis criollos." A la placera murmurona: "diez zapatos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas." Al centinela que lo echa atrás porque entra á la fábrica de mixtos con espuelas: "¡esa onza de oro!" Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que

empeñó á los españoles: "¡se las desatará el último suplicio!" A una redención de cautivos la deja sin dinero "¡para redimir á otros cautivos!" A una testamentaría le manda pagar tributo: "¡más hubiera dado el difunto para la revolución!" Derrúmbase á su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana. Venía Morillo; caía el Cuzco; Chile huía; las catedrales entonaban, de México á Santiago, el *Te-Deum* del triunfo; por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como jirones. Y en la catástrofe continental, decide San Martín alzar su ejército con el puñado de cuyanos, convida á sus oficiales á un banquete y brinda, con voz vibrante como el clarín, "¡por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!"

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando á su gobernador, que parece ceder ante el que viene á reemplazarlo; que menudea ante el Cabildo sus renuncias de palabra; que permite á las milicias ir á la plaza, sin uniforme, á pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, á quien osa venir á suceder, con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene á Cuyo; al que no puede renunciar á sí, porque en sí lleva la redención del continente; á aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria; de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio; de los chacareros, que le traían orgullosos el maíz de siembra para la chacra de la tropa; de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín á los cuyanos, y la raíz que sale al aire paga contribución; pero les mon-

tó de antes el alma en la pasión de la libertad del país y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos viejos: por acuerdo de los decuriones del Cabildo. Cuyo salvará á la América. "¡Denme á Cuyo, y con él voy á Lima!" Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el Cielo á quien le pone en el Cielo. En Cuyo, á la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos; dinero, el de los cuyanos; carne, el charqui en pasta, que dura ocho días; zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine; ropa, de cuero bataneado; cantimploras, los cuernos; los sables, á filo de barbería; música, los clarines; cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala á bala; las toma en peso; les quita el polvo; las vuelve cuidadosamente á la pila. A un fraile inventor lo pone á dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas; y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el Código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque "no hay ejército sin oficiales matemáticos." Por las mañanas, cuando el Sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el campamento abierto en el bosque, á los chispazos del sable de San Martín, los pelotones de reclutas, los granaderos de á caballo, sus negros queridos; bebe de su cantimplora; "¡á ver, que le quiero componer ese fusil!" "la mano, hermano, por ese tiro bueno;" "¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!" O al toque de los clarines, ginete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: "¡recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen sólo se hacen en el campo de instrucción!" Echa los oficiales á torear: "¡estos locos son los que necesito yo para vencer á los españoles!" Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma á seis mil hombres. Un día de sol entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Virgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue á los tambores, el pabellón azul: "Esta es, soldados, la primer bandera independiente que se bendice en América; jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!"

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en piaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de la artillería, con las dos mil balas de cañón, con los novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, á los flancos. Delante va Fray Beltrán, con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar á los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escalando, pecho á tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van á caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco, como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. A los pies, en las nubes, vuelan los condores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer á su ejército reconcentrado! San Martín se apea de su mula,

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

y duerme en el capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Soler, ganó, á son de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, lo había acorralado, colina á colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el medio día cuando, espantado el español, reculaba ante los piquetes del valle, para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba á los artilleros sobre sus cañones. Cae todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió á Chile y aseguró á América la libertad, escribió San Martín una carta á "la admirable Cuyo" y mandó á dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; á Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, "porque tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político;" coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar á Lima mientras la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los "¡pobres negros!" que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara á su amigo O'Higgins, á quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina,

desde su casa de triunfador en Santiago,—donde no quiere "bajillas de plata," ni sueldos pingües,—el poderío del virrey en el Perú; suspira, "en el disgusto que corroe su triste existencia," por "dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza;" arenga á caballo, en la puerta del arzobispo, á los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Maipu.

Del caballo de batalla salta á la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia fuerza á Buenos Aires, azuzado por la logia, á que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar á uno de la logia á buscar rey á las cortes europeas,—á tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cochrane, ausente de su pueblo "por no verlo oprimido sin misericordia" por la monarquía, —á tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido á sus demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando á O'Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cochrane le había, con sus correrías hazañosas, abierto el mar á la expedición del Perú; cuando iba por fin á caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y á asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires á rechazar la invasión española que creía ya en la mar, á defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, á apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

bandera chilena, á sacar al español del Perú, con su patria deshecha á las espaldas. "¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!;" de esta campaña "penden las esperanzas de este vasto continente;" "voy á seguir el destino que me llama"...

¿Quién es aquél, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir la banda de las damas limeñas "al patriotismo de las más sensibles;" el "emperador" de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el "rey José" de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la "Sociedad Patriótica" cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba á Europa á un dómine á ojear un príncipe austriaco, ó italiano, ó portugués, para el Perú. ¿Quién es aquél que sale, solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá, barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín, que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque "la presencia de un militar afortunado es temible á los países nuevos, y está aburrido de oir que quiere hacerse

rey;" que deja el Perú á Bolívar, "que le ganó por la mano," porque "Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra á los maturrangos." Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega á Chile, con ciento veinte onzas de oro, para oir que lo aborrecen; sale á la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, á una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la ambición.

Se vió entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vió en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven á la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía á un amigo; legó su corazón á Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. R. L.

LAS GUERRAS CIVILES EN SUD AMERICA

Patria, Septiembre 22 de 1894.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

LAS GUERRAS CIVILES EN SUD AMERICA

De nuestra América se sabe menos de lo que urge saber, aun por aquellos que fungen de opinadores en las cosas públicas y celebran á los Estados Unidos con tanta pasión como la que ponen en denigrar á los demás pueblos de América, sin conocer de éstos ni aquéllos más que la engañosa superficie. Ignórase, generalmente, que ya hay en nuestra América pueblos que, en relación á su área útil y á sus habitantes, rinden tanto fruto al comercio humano como los Estados Unidos, y pagan más por la instrucción pública que ellos; que, en relación estricta á sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden á la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos, son el procedimiento forzoso de ajuste, igual en el mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del orbe, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacientes y las reformas decisivas á que se opone, primero, la teocracia arraigada en las masas indias y el núcleo soberbio de la clase principal, y luego la vehemencia de los reformadores, inevitable ante la resistencia astuta y sorda, y el hábito, fatalmente nacido en los vaivenes de la lucha, de proveer á la vida con los frutos del gobierno. De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como ésta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos á medida que

más se apartan de los Estados Unidos. Sobre el punto principal de las guerras civiles de nuestra América publicó un artículo, ya muy celebrado, en la *North American Review,* de New York, el Ministro de la República Argentina en Washington, el Sr. Estanislao Zeballos, y *Patria* traduce, con su idea y su fin, el trabajo, categórico y altivo, como los hijos de aquel país robusto, de un americano que, como Zeballos, une á la épica sencillez con que ha escrito la trilogía india de Painé el desembarazado poder de análisis y clarividencia de estadista que distinguen en su patria á los hombres de la magnífica generación de que es él tipo brillante y acabado.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

LA CONFERENCIA MONETARIA DE LAS REPUBLICAS DE AMERICA

La Revista Ilustrada, de New York, Mayo, 1891.

BIBLIOTECA NACIONAL

LA CONFERENCIA MONETARIA

DE LAS REPUBLICAS DE AMERICA [*]

El 24 de Mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos á los pueblos de América, y al reino de Hawaii en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban á una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, "la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América."

El 7 de Abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una ó más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de Marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Washington, por la delegación de los Estados Unidos, "para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara

---

[*] En esta conferencia representó al Uruguay, como Plenipotenciario, José Martí, y fué el ponente de la Comisión. Su informe es un notabilísimo trabajo.

de Representantes sobre la acuñación libre de la plata,'' declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawaii que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos á las potencias á un Congreso Monetario Universal.

¿Qué lección se desprende para América de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y á la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es un sueño fascinador?

* * *

A lo que se ha de estar no es á la forma de las cosas, sino á su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos ú opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta ó la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe á sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado á unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal ó demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos á la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable ó no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, ó desee la unión sin conocer, ó la recomiende por mera frase y deslumbramiento, ó la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal á América. ¿En qué instantes se provocó, y se vino á reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, ó no, que la política internacional americana es, ó no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, ó no, esta lección á Hispano América los mismos Estados Unidos? ¿Conviene á Hispano América desoírla, ó aprovecharla?

* * *

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se com-

BIBLIOTECA CENTRAL UANL

pone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme á los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si á un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso á quien le estorbe. Dos condores, ó dos corderos, se unen sin tanto peligro como un condor y un cordero. Los mismos condores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, ó no acudirían á tiempo y juntos á defender, la presa que les arrebatase el condor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse á un pueblo, se ha de ver qué daños, ó qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra á los impacientes y á los incapaces no se ha producido á costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan á quienes lo admiran; sino que, aun cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza á que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; ó pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente, —porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, ó no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo ó robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el ingerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos." Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina." Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispano América están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispano América los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar á respetarla,—¿pueden los Estados Unidos convidar á Hispano América á una unión sincera y útil para Hispano América? ¿Conviene á Hispano América la unión política y económica con los Estados Unidos?

* * *

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo

que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende á un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende á más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, ó sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer á otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla á otro, compele á la alianza y al servicio á los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar á dominar á otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir á alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato ó algún bachiller, á unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía ó república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento á un país que no le ayudó nunca, ó lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan á la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una

la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare á ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar á realizar, cuanto acerque á los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque á los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras á la mayor parte de los países de él; ni convidando á los pueblos de América, adeudados á Europa, á combinar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo fin es compeler á sus acreedores de Europa, que les fía, á aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable á los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender á quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer á quien le compra poco, ó se niega á comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado á sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, ó no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba á los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo

que aumente este temor, daña á la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es despreciarla. La plata de Hispano América se levantará ó caerá con la plata universal. Si los países de Hispano América venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, ó se recibiría despreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispano América que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación á la plata de los Estados Unidos?

* * *

Pero el Congreso Panamericano, que pudo ver lo que no siempre vió; que debió librar á las repúblicas de América de compromisos futuros de que no las libró; que debió estudiar las propuestas de la convocatoria por sus antecedentes políticos y locales,—la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado,—la necesidad del partido republicano de halagar á sus mantenedores proteccionistas,—la ligereza con que un prestidigitador político, poniéndole colorines de república á una idea imperial, podía lisonjear á la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional;—el Congreso Panamericano, que demoró lo que no quiso resolver, por un espíritu imprudente de concesión innecesaria, ó no pudo

resolver, por empeños sinuosos ó escasez de tiempo,—recomendó la creación de una Unión Monetaria Internacional,—la creación de una ó más monedas internacionales,—la reunión de una Comisión que acordase el tipo y reglamentación de la moneda. Las repúblicas de América atendieron, corteses, la recomendación. Los delegados de la mayoría de ellas se reunieron en Washington. México y Nicaragua, y el Brasil y el Perú, y Chile y la Argentina, delegaron á sus ministros residentes. El ministro argentino renunció el puesto, que ocupó más tarde otro delegado. Las otras repúblicas enviaron delegados especiales. El Paraguay no envió. Ni envió Centro América, fuera de Nicaragua, y de Honduras, cuyo delegado, hijo de un almirante norteamericano, no hablaba español. Presidió la Comisión, por acuerdo unánime, el Ministro de México. Sesiones de uso, comisiones previas, reglamento; lo uniforme no era allí la moneda, sino la duda, cambiada á chispazos en los debates,—la seguridad—de que no podía llegarse á acuerdo. Uno hablaba del "comercio real." Otro se declaraba, antes de sazón, hostil "á esa idea imposible." Pidió un delegado de los Estados Unidos una larga demora, "para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata;" y un delegado, al obtener que se redujese á términos de cortesía lícita la pretensión excesiva del delegado de los Estados Unidos, estableció que "se entendiese cómo la demora era para que la delegación del país invitante pudiera completar sus estudios preparatorios, puesto que de ningún modo se habría de suponer que la opinión de la Cámara de Representantes hubiese por necesidad de alterar los opiniones formadas de la Comisión."

Cumplida la demora y desbandada la Cámara de Representantes sin haber votado la ley de plata libre, las delegaciones ocuparon de nuevo sus

puestos en la mesa de la Comisión. Acaso habían oído algunos lo que decían sin reserva gentes notables del país. Oyeron acaso que la Comisión no parecía bien á los que pasaban por amigos de la mayoría del gobierno. Que al gobierno no agradaba el interés de su minoría en mantener, por los que se tachan de artificios, la política continental. Que este alarde peligroso de la política continental, ni de una minoría era siquiera, sino de un solo hombre. Que esta Comisión hueca debía cesar, para que no sirviese de comodín político á un candidato que no se pára en medios y sabe sacar montes de las hormigas. Que la simple discusión de una moneda de plata común alarmaba y ofendía á los mantenedores del oro, que imperan en los consejos actuales del partido republicano. Que los países hispanoamericanos verían por sí, sin duda, si les quedan ojos, el peligro de abrirse, por concepto de cortesía ó por impaciencia de falso progreso, á una política que los atrae, por el avalorio de la palabra y los hilos de la intriga, á una unión fraguada por los que la proponen con un concepto distinto del de los que la aceptan. Se puso en pie un delegado de los Estados Unidos, ante la Comisión por los Estados Unidos convocada para adoptar una moneda común de plata, y propuso, al pie de una robusta exposición de verdades monetarias, donde llamaba "sueño fascinador" á la moneda internacional, que declarase la Comisión inoportuna la creación de una ó más monedas de plata comunes; que se opinase que el establecimiento del patrón doble de plata y oro, con relación universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas; que recomendase que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos gobiernos, á una Conferencia Monetaria Universal, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro

y plata. "Hay otro mundo—decía el delegado—y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata á la dignidad del oro es el obstáculo grande é insuperable que se presenta hoy para la adopción de la plata internacional." ¡Los Estados Unidos, pues, marcaban á la América complaciente el peligro que hubiera corrido en acceder con demasiada prisa á las sugestiones de los Estados Unidos!

* * *

A cinco repúblicas—á Chile, Argentina, Brasil, Colombia y Uruguay,—dió la Comisión el encargo de estudiar las proposiciones de los Estados Unidos, y la Comisión, unánime, acordó recomendar que se aceptasen las proposiciones norteamericanas. "No podía extrañar la Comisión que los delegados de los Estados Unidos reconociesen las verdades que la Comisión Internacional se hubiera visto obligada á reconocer por sí misma." "La Comisión acataba, como que es de elemental justicia, el principio de someter á todos los pueblos del universo la proposición de fijar las sustancias y proporciones de la moneda en que han de comerciar los pueblos todos." "Sueño sería, impropio de la generosidad y grandeza á que están obligadas las repúblicas, negarse directa ó indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libérrimo con los demás pueblos del globo." Pero no propuso la Comisión, como los Estados Unidos, que se convidase "á las potencias del globo," "por no correr el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, á los poderes que pudiesen ver en la convocatoria el empeño, por más que hábil y disimulado, de precipitarlos á una solución á que de

seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia, ó se lastima su puntillo con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema monetario un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido." "La plata debe irse acercando al oro." "La producción inmoderada aleja la plata del oro." "A la moneda de plata no se la puede, ni se la debe, hacer desaparecer." "Se ha de tender á la moneda uniforme, pero por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado á la economía, que fomentan rencores y provocan venganzas, y no pueden durar." "Pero el convite en conjunto no se recomienda." Y cuando á su paso por los detalles monetarios tocaba á la Comisión marcar el espíritu con que Hispano América los entendía, y entiende cuanto atañe á la vida individual é independiente de sus pueblos, lo marcó así:

"Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen los factores todos que precedieron y acompañaron el hecho de su convocatoria, sino para dar una muestra, fácil á los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres,—de su disposición á tratar con buena fe lo que se cree propuesto con buena voluntad—y del afectuoso deseo de ayudar, con los Estados Unidos como con los demás pueblos del mundo, á cuanto contribuya al bienestar y la paz de los hombres." "No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad." "El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con

factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar en paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la constitución nos mantienen abiertas sus cajas." "Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos." "Las puertas de cada nación deben estar abiertas á la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo á su naturaleza distintiva y á sus elementos propios."

* * *

Cuando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados á la mesa. Cuando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión á la puerta, diciendo que no hay qué comer, los huéspedes no lo echan de lado, ni entran en su casa á la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, ó son títeres que van y que vienen, por donde quiere que vayan ó vengan el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado hispanoamericano—entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que "á cumplir lo que se había recomendado"—apadrinó, sin ver que una reco-

mendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los delegados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieran, á ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino á crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que llamó "Columbus", sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, "residente en Washington."

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes á votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar á aceptar la moneda de plata en relación fija é igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así: "¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de Enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?" Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos, salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición á las proposiciones de los Estados Unidos? ¿A quién, sino á los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana, el pensamiento de oponerse á la clausura de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si á sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva, y los ponía á su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, ó de un político tenaz y osado de los Estados Unidos, levantaba por resortes ocultos é influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba á servir los intereses de quien los compele á ligas confusas, á ligas peligrosas, á ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios ó por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie—al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos,—una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispano América con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inclemente, ceder á los Estados Unidos más de lo que conviniese al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros á

BIBLIOTECA CENTRAL

que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aun no cuajadas lleva á sus hijos, por singular desvío de la razón, ó levadura enconada de servidumbre, á confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva á la ceguedad de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños ú hostiles al país, que ha de crecer conforme á sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norte América no creía aconsejable lo que, más que á los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, ó el temor, ó la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vió, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

BIBLIOTECA CENTRAL UNAM

EL ALMA DE MARTI

SU TESTAMENTO POLITICO

CARTA A FEDERICO HENRIQUEZ CARVAJAL

BIBLIOTECA NACIONAL

EL ALMA DE MARTI

SU TESTAMENTO POLITICO

A Federico Henríquez y Carvajal.

Santo Domingo.

Amigo y hermano: tales responsabilidades suelen caer sobre los hombros que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada é infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que no las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, ó de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va á quedar, hoy mismo acaso, abandonado. (1) Lo menos que,

(1) Alude á la salida con él del invicto general Máximo Gómez.

en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra ó en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz á pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como fuera—cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar á convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.

Donde esté mi deber mayor, adentro ó afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable ú obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir á la necesidad primaria de dar á nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y á la seguridad de la república.

La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento é imperfecto de su eficacia ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente á la naturaleza humana, en la falta de forma que á la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra.

La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno, que, sin descontentar á la inteligencia primada del país, contengan y permitan el desarrollo natural y ascendente á los elementos más numerosos é incultos, á quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara á la anarquía ó á la tiranía.

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable é inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme á mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren *como yo sabría morir*, también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama á la patria; y está el mal de los pueblos, por más que á veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos ó prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua.

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. *Para mí, ya es hora.* Pero aun puedo servir á este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y yo á rastras con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó á la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré qué acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al am-

paro de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, á sangre y á cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de usted, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama le digo en un gran grito: hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y á mis nobles é indulgentes amigos. Debo á usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este universo humano. Levante también la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

JOSÉ MARTÍ.

Montecristi, 25 de Marzo de 1895.

BIBLIOTECA CENTRAL

INDICE

Páginas

Introducción, por Gonzalo de Quesada. 5

NUESTRA AMÉRICA.

José Martí, por Tomás Estrada Palma. 9
José Martí, por Néstor Ponce de León. 13
José Martí.—Recuerdos universitarios.—Por Juvenal Anzola. 19
Adiós!—Carta de José Martí á Fausto Teodoro de Aldrey. 27
José Martí, por Heraclio Martín de la Guardia. . 33
José Martí, por Gonzalo Picón Febres. 37
José Martí, por F. Gonzalo Marín. 43
José Martí, por Numa Pompilio Llona. 47
Mis recuerdos de Martí, por Enrique José Varona. 51
José Martí, por F. Henríquez y Carvajal.—Carta de José Martí á F. Henríquez y Carvajal. . 57
José Martí. (''El Universal'', de México). . . . 63
José Martí, por José Manuel Gutiérrez Zamora. . 67
Martí, por Justo de Lara. 73
Discurso pronunciado en la velada artísticoliteraria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de Diciembre de 1889, á la que asistieron los delegados á la Conferencia Internacional Americana. 81
Discurso pronunciado en la velada en honor de México de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, en 1891. 95
Ignacio Altamirano. 103
El día de Juárez. 107
Manuel Gutiérrez Nájera en ''El Americano''. . 113
''Fleurs des Mornes''. 117
La ''Revista Literaria Dominicense''. 121
Domingo Estrada. 133
Marco Aurelio Soto. 137
Honduras y los extranjeros. 141

Páginas

Martí y Costa Rica 145
Poesías y artículos de Eugenio Ezguerra 149
Federico Proaño, periodista 153
Cecilio Acosta 159
Eloy Escobar 179
Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Venezuela, en 1892 187
Páez 197
Páez y un cubano 211
Juan J. Peoli 215
Un poema cubano.—''Los Arabescos de Eduino''. Por José Antonio Calcaño 225
La Fiesta de Bolívar 233
Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar, el 28 de Octubre de 1893 239
La velada de Sucre 251
Julio Sarría 255
La Sociedad Hispanoamericana bajo la dominación española. (Libro nuevo del Sr. Vicente G. Quesada, Ministro argentino en España) 259
San Martín 267
Las guerras civiles en Sud América 283
La conferencia monetaria de las Repúblicas de América 287
El alma de Martí. Su testamento político 305

F1408
M3
v.7
CAP.
8045
AUTOR
MARTI, José
TITULO
Nuestra América

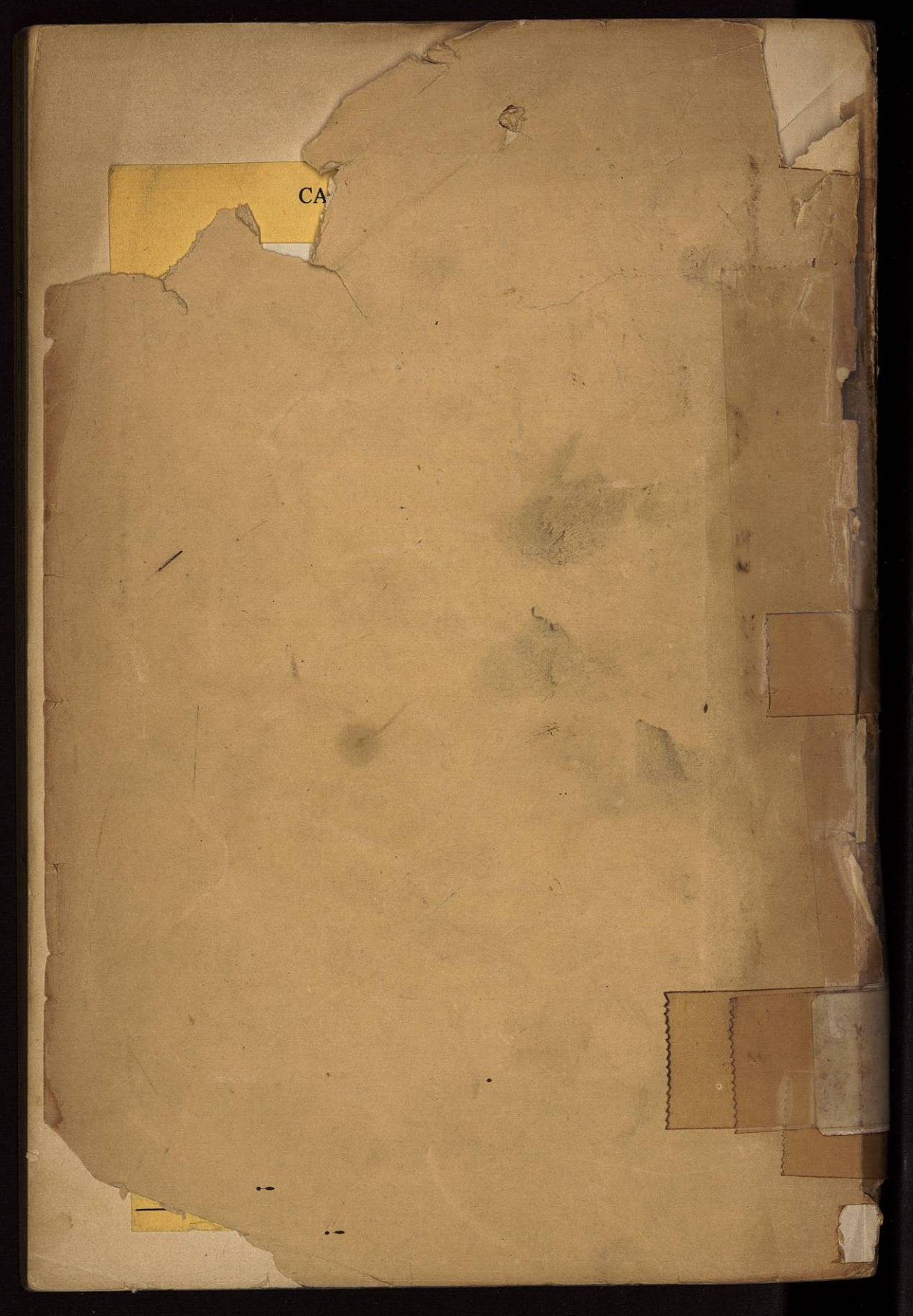
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

F1408
M3
v.7

CAP.

8045

AUTOR
MARTI, José

TITULO
Nuestra América